Le dijeron que sería
una misión sencilla
UNA
ESTRELLA
DANZANTE
una novela de A. M. IRÚN

UNA ESTRELLA DANZANTE

A. M. Irún

UNA ESTRELLA DANZANTE

© A. M. Irún, 2018

Foto de portada: Aleksandar Nakic

ISBN-13: 978-1723025280
ISBN-10: 1723025283

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular.

Si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a la autora.

A mi padre,
que me dio raíces y alas.

PREÁMBULO

El cuerpo de Jana colgaba de la polea del granero, meciéndose lentamente. La luz entraba por los listones viejos de madera y hacía brillar la paja y las motas de polvo. Olía a heno y humedad. Había estado lloviendo toda la semana. Aun caían algunas gotas de vez en cuando. Jana podía oírlas caer sobre el tejado. Tap, tap, tap.

La sangre le oprimía las sienes. Tres metros la separaban del suelo.

No sabía por qué su madre había decidido dejar abierto el ataúd de su padre durante el velatorio. Ahora no se podía quitar esa imagen de la cabeza. Al menos, el traje le tapaba la herida que lo mató. El cristal de la luna delantera atravesándole el esternón.

Adiós.

Lo intentó una vez más. Su abuelo se lo había puesto difícil.

Tiró con fuerza de la soga para ascender hasta la viga. Tenía 18 años y los brazos como troncos. Su objetivo era un travesaño que le permitiría alcanzar lo alto de la pared del fondo, donde su abuelo escondía los regalos que le hacía. Comenzó a balancearse y, cuando alcanzó la fuerza necesaria, soltó las manos y salió despedida hacia el travesaño. Una de las manos logró engancharse, pero la otra golpeó contra el tablón y su cuerpo se sacudió. El suelo no invitaba a una caída dulce. Clavó con fuerza los dedos que palidecieron del esfuerzo. Ahora, la luz filtrada disparaba haces de luz contra ella.

Tiró del otro brazo y se enganchó a dos manos. Así, avanzó por el travesaño hasta la pared del fondo. Usó las esquinas de los tableros levantadas por la humedad para trepar por la pared y llegar al rincón de los premios. Jana metió la mano en un hueco y sonrió al comprobar el tacto de algo liso. Al sacarlo, vio que se trataba de una caja fina, oscura y alargada. Se la metió entre los pantalones y escaló hacia abajo hasta que ya no tuvo más asideros. La distancia al suelo se había reducido y se dejó caer.

Impaciente, abrió la caja y rompió a llorar. Era un reloj de hombre con esfera y correa de acero. En la parte interna estaban

grabadas las palabras «JB».

Una sombra alargada entró en el granero. Jana se secó las mejillas antes de levantar la vista. La figura de su madre silueteaba el umbral.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

No respondió.

—¿De dónde has sacado eso? Es el reloj de tu padre. Lo he estado buscando.

Jana se lo colocó en la muñeca.

—Me lo ha regalado el abuelo —dijo.

—El abuelo, ¿eh? ¿Y no podía dártelo sin más? ¿Tenía que ponerte así en peligro?

—Es un juego, sin importancia, Manuela —respondió una voz a su espalda. Su suegro tenía las manos en los bolsillos y sonrió a Jana—. Sabía que lo conseguirías.

Jana se acercó a él y le enseñó cómo lucía el reloj en su muñeca.

—Te está perfecto. Como si estuviera hecho para ti.

—¡Dámelo! —le pidió su madre.

Jana escondió la mano y salió corriendo del granero.

Humillada por la alianza entre abuelo y nieta, Manuela le lanzó una mirada incendiaria a su suegro.

—Última vez que se lo pido: deje a mi hija en paz.

LAS ASALTACAMAS

Desde hacía unas semanas, Jana asociaba la noche a olor de orín y a borrachos haciendo eses al salir del bar de Paco.

Paco no era un mal tipo. Les daba de beber, les daba cacahuetes, escuchaba sus penas y sus glorias y les acompañaba a la salida cuando era hora de cerrar.

Era martes y la calle estaba a oscuras. Siempre estaba a oscuras los martes. Casualmente, era la única noche que cerraba el gastrobar de enfrente, a cuya clientela no le importaba pagar 13 euros por un gin tonic rosa. Pero Jana no creía en las casualidades.

Víctor, el dueño de ese moderno local que cerraba los martes, quería cobrar 15 euros el gin tonic rosa y, para eso, debía quitarse de en medio al sucio bar de Paco que daba mala imagen a la calle. «Drogas, garrafón, cucarachas... Me da igual lo que saques», le pidió Víctor cuando contrató sus servicios.

Así que ahí estaba Jana, esperando a que Paco echara el cierre.

Su silueta negra se camuflaba en aquella noche cerrada de luna nueva.

La puerta se abrió y Jana dio un paso atrás hacia las sombras más oscuras. Paco acompañaba a su cliente más remolón hacia la salida, donde ya no sería responsabilidad suya.

—Buenas noches —dijo y, sin esperar respuesta, se metió y bajó la persiana hasta dejarla a tres palmos del suelo. El chirrido del metal sonó a mil gatos hambrientos.

El borracho se alejó del sitio haciendo eses y sujetándose a las farolas.

A Paco le tocaba hacer caja. Luego barrería el suelo y pasaría una bayeta húmeda por la barra. Desde que Jana comenzó el seguimiento, no le constaba que hubiera cambiado ni limpiado la bayeta, lo que daba un olor a agua corrompida a todo el local.

Jana cruzó la acera y se colocó a un lado de la puerta, pegada a la pared. Miró el reloj. Paco no tardaría en salir de su local. Puede que en un momento tuviera el tipo fino y nervioso, pero ahora le

pesaba demasiado la barriga. Su cuerpo había cambiado, pero su rutina no. Asomaría primero el pie izquierdo, luego bajaría la espalda a la altura de la reja, se daría un golpe en los riñones, se cagaría en la Virgen de las Siete Espadas y sacaría el resto del cuerpo. Luego, miraría a ambos lados de la calle. Llevaba gran parte del dinero de la caja en un bolsillo interior y no quería sustos. Bajaría la persiana, echaría el cierre y caminaría calle abajo hasta donde tenía su coche aparcado.

Cuando el pie izquierdo de Paco se asomó Jana echó un vistazo a su alrededor y se acercó un poco más a su objetivo. El barman agachó la espalda y se dio en los riñones con la persiana. Sin esperar a que injuriara a la virgen, Jana le asestó un golpe seco entre el cuello y el hombro y el hombre cayó al suelo como un saco de harina.

Sin levantar la persiana, Jana se metió en el local y tiró de los pies del hombre hasta que los dos estuvieron dentro.

Hurgó tras la barra, pero no vio nada sospechoso. Tickets, albaranes y facturas desordenadas. No parecía que hubiera nada sospechoso dentro del bar, así que Jana registró los bolsillos de Paco, que roncaba profundamente en el suelo: calderilla, notas sueltas y *flyers* de clubes de alterne.

—Así que te gusta ir de putas, ¿eh?

El cuerpo del barman parecía ligero en los brazos de Jana, que lo levantó y lo dejó sentado en una banqueta. Luego, le cruzó las manos sobre la barra y colocó la cabeza sobre ellas.

—Pues te voy a concertar una cita con una buenísima.

Jana escribió en un papel el nombre de Alexandra, un lugar, un día y una hora, y lo metió en uno de los bolsillos del hombre. Luego lo dejó descansando sobre la barra. No tardaría en recuperar el conocimiento, pero para entonces Jana ya estaría de marcha, tratando de llevarse a la cama a alguna mujer.

§

Al contrario que Paco, más relajado y de andar por casa, Grosinho estaba obsesionado con tener el control de sus negocios hasta el más mínimo detalle. No en vano, era el dueño de gran parte de los *after* de la ciudad, todos ellos ilegales.

Se hacía llamar Jean Luc Grosinho pero la policía sabía que ese no era su verdadero nombre y sospechaban que realmente se llamara José Luis Gordillo o algún derivado. Su origen era incierto, pero la mayoría de las pistas lo ubicaban en algún punto de Galicia. Varias unidades de la policía llevaban años tras él. Crimen, Drogas, Fraude fiscal y hasta Asuntos Internos, pero estaba bien protegido por su banda, compuesta por matones con poco que perder. En su

comparsa también estaba su sobrino Marcus. Nombre falso, por supuesto. Tampoco era verdad que tuvieran esa relación familiar. Físicamente, Grosinho y Marcus eran muy diferentes. El tío era delgado, con el pelo moreno y graso, y la cara picada de viruela. Marcus, por su parte, resultaba más atractivo: alto, rubio y de mentón pulcramente afeitado.

Así como la nube de matones protegían físicamente a Grosinho, su sobrino lo protegía judicialmente. Pese a su nombre de origen extranjero, su conocimiento de las leyes españolas y su idiosincrasia, hacían sospechar que su procedencia estaba más al sur que al norte de los Pirineos.

Grosinho tenía la nariz pegada en el acuario de enormes dimensiones que ocupaba toda una pared del salón de su chalet. En su interior nadaba a sus anchas una larga anguila.

—Mira esto —le dijo Grosinho a Pit, su jefe de seguridad. El matón deslizó sus gafas de sol por el puente de la nariz y miró por encima de ellas.

El capo sacó su móvil y abrió una sencilla aplicación con dos botones. Uno era verde y ponía *Schedule*; en el otro, de color rojo, se podía leer *Feed*. Grosinho apretó el segundo.

De una trampilla en la parte superior del acuario cayeron al agua media docena de pequeños peces vivos que tardaron en ubicarse. La anguila se revolvió sobre sí misma y cruzó el acuario a gran velocidad hasta llegar a los peces. Atrapó en sus fauces a dos, mientras el resto salió huyendo.

—Si le doy a *Schedule*, puedo programar desde el móvil cuándo darle de comer, pero no sé si le conviene a Trini —explicó el capo.

—¿Trini? —preguntó Pit.

—Sí, la anguila se llama así por mi madre —explicó Grosinho y volvió a pegar la nariz al cristal de la pecera. Una pequeña porción de agua se había teñido de rojo—. Larga, escurridiza y asquerosa como ella.

Por el auricular de Pit sonó una voz. El segurata se lo apretó a la oreja y prestó atención.

—Recibido —dijo—. Ya nos podemos ir, jefe.

El capo se despegó del acuario y se colocó la chaqueta marrón que descansaba en uno de los sofás. Tenía algo de hombreras para hacerle parecer más corpulento de lo que era.

—¿Están las chicas? —dijo mientras se echaba un último vistazo al espejo.

Más que a pregunta, sonó a exigencia.

—Sí, están en la puerta.

Grosinho cruzó el enorme salón. La noche había devorado el paisaje, y por los ventanales sólo se veía negro.

Salió al exterior, donde el coche de lunas tintadas le estaba esperando. Inspiró profundamente y captó la esencia de pino. La mansión de líneas rectas y fachada blanca contrastaba con el entorno salvaje y agreste de las faldas de la sierra.

Dos mujeres con la melena larga y la falda muy corta posaban frente al coche, como si presentaran el premio al ganador de un concurso televisivo. Parecía que el gallego no hubiera podido decidirse por un tipo de mujer, una era rubia, de ojos azules y tez pálida, y la otra de piel morena y ojos felinos. Grosinho las agarró por la cintura y las chicas le dieron un beso en la boca.

—Nos lo vamos a pasar bien esta noche, ¿verdad?

Las chicas asintieron, siempre sonrientes, siempre complacientes.

Cuando Pit entró al coche tras comprobar que todo estaba en orden el motor rugió y las ruedas avanzaron por la gravilla del camino de entrada.

Grosinho miraba encandilado los ojos de gata reflejados en la ventanilla tintada. Su chica no sonreía, sólo miraba las siluetas del exterior mientras movía nerviosa el pie, como si esperara algo. El capo sabía perfectamente que, si no fuera con dinero o con amenazas, una chica así jamás se fijaría en un tipo como él. Hacía tiempo que había aprendido a ser amado de esa manera.

La negrura de la noche se fue clareando con las luces y destellos de la ciudad y los ojos desaparecieron del cristal.

El coche se detuvo en un callejón. Habían llegado a uno de los *after* favoritos de Grosinho. Rodeado de un séquito de seguridad y sus dos chicas a cada lado, entró por la puerta de atrás y se acomodó en un espacio VIP. El *after* era, en realidad, una cafetería. Así actuaba Grosinho. Compraba una cafetería con permiso para abrir temprano y la aclimataba para que hiciera las funciones de *after*. Su equipo tampoco se rompía mucho la cabeza. Mantenían la barra de caoba y los detalles de latón. Ni siquiera quitaban la máquina de café, aunque resultaba difícil usarla al estar soterrada bajo decenas de botellas de alcohol. Y si alguien quería pedirse un café, la idea se le iba de la cabeza en cuanto le pedían 15 euros por él. Unas luces por aquí, una mesa de DJ por allá y algunos reservados si el espacio lo permitía, y ya tenían montado el *after*.

La arquitectura de aquella cafetería permitió en su momento instalar los reservados en una galería superior. Desde ahí, Grosinho veía cómo la gente bailaba, bebía y sudaba sobre el piso pegajoso de baldosas geométricas. La venta de droga estaba permitida, pero antes de salir del local, los camellos tenían que pasar por caja a dejar la comisión pertinente.

El cóctel de drogas, alcohol y juventud explotaba noche sí y noche también en la calle. Los vecinos estaban hartos de jaleos y música a todo volumen. Las denuncias se sucedían, pero Marcus las enmarañaba en recursos y triquiñuelas hasta eternizar los procesos judiciales. Los residentes en edificios colindantes a los locales del capo montaban plataformas vecinales, pero la mayoría, sabiendo que era una batalla perdida, malvendía sus casas para trasladarse a zonas más tranquilas. Apoyado en la barandilla, Grosinho vio el hormigueo de la planta baja, se inclinó y dejó salir de su boca un largo hilo de saliva.

Como cada noche, celebró su inmunidad con champán. Se sentó en un viejo sofá de escay en medio de sus chicas. Sacó el champán y decenas de trozo de hielo saltaron de la cubitera. La morena señaló un punto en su muslo donde había caído uno de esos trozos, que ya resbalaba lentamente por su piel. El jefe se agachó y lamió el hielo de la pierna. Luego subió hasta la boca de la chica y se lo pasó con la lengua. El hielo crujió entre los dientes de la mujer.

—Eres muy mala, Yamila —dijo Grosinho señalándola con el índice—. Si tus padres te vieran...

Una sombra se cernió sobre la chica. Marcus acababa de llegar.

—Hola, tío. Señoritas... —dijo haciendo una reverencia.

Las chicas sonrieron, pero el abogado no traía buena cara.

—Marcus, tú por aquí... ¿Pasa algo? —Grosinho dio un trago largo de champán y luego dejó la copa en la mesa.

Marcus se acercó a él y se agachó a la altura de su oreja.

—Nos han cerrado el Bengala. Estaba precintado y había mucha policía.

La yugular y la mandíbula de Grosinho se tensaron. Apretó con fuerza el canto de la mesa y la volcó.

Pit ordenó a sus chicos despejar el camino de salida. El capo daba por concluida la noche.

§

Aunque tenía los ojos cerrados, Jana llevaba despierta un buen rato. A través de sus párpados entraba la luz del día haciendo destellos en la retina.

Le costaba tomar conciencia de su cuerpo. Parecía tenerlo fundido con algún elemento denso que se apoderaba de él. Sintió su piel desnuda bajo las sábanas. Estaba tiesa, con las manos en el pecho. Si no hubiera sido por su respiración profunda, que elevaba los pezones hasta el techo, hubiera pasado por un cadáver. En cierto sentido, lo era. Tenía la boca pastosa y su cerebro parecía dos veces más grande que el cráneo.

Chascó la lengua para despertar los sentidos y advirtió la

presencia de dos cuerpos a ambos lados. Notaba sus respiraciones en estéreo, tranquilas y acompasadas.

Reconstruyó la noche anterior con fogonazos de imágenes desenfocadas que iban y venían. Se acercó a la barra y pidió una copa. La primera. Un sorbo y el licor se le pegó en el paladar. A partir de ahí la nada, como si una hoguera hubiera reducido a cenizas sus recuerdos.

Abrió los ojos y se vio reflejada en el techo. Le vino una breve evocación de cuando descubrió el espejo unas horas antes, en la madrugada. Un monstruo de doce labios la comía entera. Echó la cabeza para atrás y se vio a sí misma rebotada en una lámina brillante, codificada más allá de las pestañas, incapaz de abrir los ojos en el momento del orgasmo. Jana recordó que gritó y su reflejo se empañó. O quizá era su mente la que estaba turbia. Estiró la mano para tocar el espejo, pero el monstruo no la dejó; la atrajo, le lamió la piel, la absorbió.

En el espejo, ya vespertino y brillante, vio reflejadas a sus compañeras de cama. La noche y el día. La de su izquierda era portentosa, con curvas y pechos grandes. Tenía el pelo largo, rizado y negro, como el de su coño. La de la derecha era pelirroja, flaca, de tetas minúsculas y blancas como la leche, con pezones como dos pecas rosas. En el centro ella. Ni alta, ni baja, ni guapa, ni fea, cuerpo duro, media melena, y con el labio torcido que le daba aspecto de buscar problemas.

Con mucho cuidado para no despertarlas, Jana salió de la cama.

La habitación era amplia y el jergón, enorme. El resto estaba vacío, a excepción de un armario empotrado de seis puertas, también con espejos. Parecía una habitación hecha expresamente para follar. La conocía de antes, pero no logró ubicar en su memoria de qué. Reunió sus cosas tiradas por el suelo y salió del cuarto. Se hubiera marchado, pero necesitaba asearse, quitarse la suciedad antes de pisar la calle fingiendo ser una persona normal.

Entró al baño y se metió en la ducha. Poco a poco el agua se fue templando, y la mugre de su cuerpo y su mente resbaló hasta ahogarse por el desagüe.

Desde la ducha oyó el ruido de la puerta. Era la pelirroja que entraba.

—¿Te importa si me uno?— le preguntó y, sin esperar a que Jana contestara, abrió la mampara y se metió en la ducha.

—¿Es tu casa?

—No, no lo es —La pelirroja tenía la voz rasgada de recién levantada.

—Será de la otra.

—Espero que no le importe.

La chica le dio la espalda y se afanó en mojarse. Jana se recreó en sus nalgas. Con una mano comenzó a acariciarle la cintura, con la otra arrancó la alcachofa de la ducha. Apuntó con el chorro hacia la entrepierna de la chica que dio un salto. Al notar el calor del agua acariciando sus labios, se giró y abrió las piernas. Jana se acercó a ella hasta que sus pezones se rozaron.

El agua salía a presión y hacía espuma en el vello recortado y rojizo.

La tercera chica entró como una exhalación en el baño. A lo que Jana y la pelirroja quisieron darse cuenta, ya tenía metida la cabeza en la taza del váter. Salieron de la ducha y le retiraron el pelo de la trayectoria del vómito.

—¿Tienes manzanilla por la cocina? Va muy bien para el estómago— le preguntó Jana.

La chica grande la miró extrañada. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se levantó de un salto.

—Esta no es mi casa. ¿No es de ninguna de vosotras? —preguntó.

Se miraron sin comprender. El agua hacía hilos en el cuerpo de Jana y la pelirroja, mientras un rastro de bilis brillaba en el labio de la otra chica. Apenas les dio tiempo a asimilar que habían allanado la casa de otra persona cuando escucharon unos pasos en el rellano del piso y unas llaves que se metían en la cerradura. Las tres mujeres salieron disparadas hacia la habitación y recogieron sus ropas del suelo. Saltaron semidesnudas por la ventana hacia la escalera de incendios. Al tocar suelo, se vistieron poco y mal, y huyeron corriendo en diferentes direcciones. Desde la ventana, una voz masculina las llamaba hijas de puta.

Jana logró subirse al tranvía en marcha. Estaba sudando. No, estaba mojada porque no se había secado al salir de la ducha. La poca gente que había en el tranvía a esas horas la miró con desconfianza. No les culpaba: iba descalza, no se había abrochado la chupa y llevaba el pelo mojado pegado a la cara. Se subió la cremallera de la cazadora y se calzó. Tomó un poco de aliento e hizo recuento. En el bolsillo llevaba las bragas y en la mano la camiseta, que usó para secarse el pelo. El móvil, las llaves, la cartera. Lo tenía todo. Sonrió aliviada. Una niña le devolvió la sonrisa, pero su padre la regañó con la mirada y se la llevó al otro lado del vagón. Jana pensó que aquellas no eran horas para que una niña cundiera por la ciudad y fantaseó con la idea de que su padre era un espía o un detective y estaba en una misión en la que necesitaba a su hija de tapadera. Se quedó con la mirada perdida en el hueco que había dejado la niña, sonriendo a la nada y con un regusto a ceniza en el paladar.

Al llegar a su casa, se detuvo en el rellano. Dudó. Temía que alguien estuviera dentro, alguien como ella, despertándose desorientada, sin saber muy bien cómo había llegado a aquella casa ajena. Metió la llave y la giró con fuerza, haciendo que la cerradura se quejara escandalosamente antes de ceder y abrir. Dio un portazo al entrar y esperó. Se quedó inmóvil en el recibidor. Sus orejas se movían a la espera de cualquier ruido extraño, pero no detectaron nada. Fue hasta su habitación. La cama hecha y olor a limpio. Se dejó caer sobre el colchón boca abajo, empapándose del olor a suavizante casero. El bip de su móvil le avisó de la llegada de un nuevo mensaje. Lo leyó con desinterés: Su primo le recordaba que había comida familiar ese mismo fin de semana.

Un sabor amargo le pinchó bajo la mandíbula.

§

Las bombillas del rellano desprendían una luz amarillenta y mortecina que bañaba la escalera de un tono dorado. Un dorado mugriento, pero dorado al fin y al cabo.

Jana subió los peldaños poco a poco. Sus zapatillas chirriaban al desprenderse del suelo pegajoso y sentía sobre su espalda el peso de la mochila. Escuchó descorrer un cerrojo, luego otro, y, finalmente, un tercero. Cuando llegó al descansillo, Alexandra asomaba por una rendija de la puerta con el índice en sus labios tatuados.

—Sssh, Álex está durmiendo.

Jana entró al piso. Era pequeño, de una sola habitación que compartían hijo y madre. Cuando la madre trabajaba, el niño dormía. Cuando el niño iba al colegio, la madre descansaba.

Sobre el sofá había prendas de vivos colores y escasa tela. La prostituta las retiró e invitó a Jana a acomodarse. La espía dejó la mochila a un lado y se sentó. Alexandra lo hizo en un sillón hecho jirones frente a ella.

—¿Qué tal? —preguntó Jana, que puso su mano sobre la rodilla de la mujer.

—Bien. Cansada.

En verdad, el rostro de Alexandra parecía agotado, pero Jana no sabía si era por los años, la mala vida o las preocupaciones.

—Me hago mayor. Mis casi cuarenta años pesan y cada vez tengo menos clientes.

—Eres preciosa, Álex... —dijo Jana, pero la prostituta le frenó con un movimiento de la mano.

—Mis jefes no tardarán en darme la patada, y no sé qué haré.

Las eses y las erres que salían de su boca denotaban su origen ruso.

Jana atrajo la mochila hacia sí y la abrió. Sacó un sobre.

—Ya sé que no te saca de la situación, pero esto es lo que te

debo del encargo.

Por fin, Alexandra sonrió.

—Dinero fácil.

—¿Lo fue? —preguntó Jana.

—Sí —La prostituta se levantó y se dirigió a una destartalada cómoda. Sobre la cómoda descansaba sola y descolorida una muñeca rusa. Guardó el sobre que le había dado Jana en una caja, y la caja en un cajón. De ahí mismo, sacó un papel—. El tal Paco es muy parlanchín, ¿sabes? Más risueño de lo que aparenta.

Le acercó el papel a Jana que lo desplegó intrigada. Leyó las palabras, pero no les encontró sentido.

—¿Qué significa esto?

Alexandra sonrió y se inclinó hacia ella, momento que aprovechó Jana para mirarle el escote de manera fugaz. Comenzaban a salir arrugas entre los pechos, pero Alexandra tenía más dignidad en su mirada que cualquier ministra.

—Esta es la marca del proveedor de cacahuetes, y esto es lo que lleva el aceite con el que los fríe. Luego los deja enfriar y los guarda para ofrecerlos a los clientes.

—¿MSG? —leyó Jana.

—Glutamato monosódico —dijo Alexandra con esfuerzo.

—Suena a grupo de la Movida.

—¿De dónde?

—Nada. Olvídalo. ¿Qué es eso del glutamato?

Alexandra se acomodó en el sillón y cruzó las piernas.

—Es una especie de sal. La usan las cadenas de comida rápida para sus hamburguesas.

Jana la miró fijamente solicitando más información.

—Es lo que las hace tan adictivas.

—¡Anda! —exclamó la espía con sorpresa.

Alexandra volvió a inclinarse. Otro vistazo rápido al escote. La prostituta alcanzó un paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo, que Jana rechazó.

—Eso es lo que hace Paco —dijo Alexandra mientras se encendía un cigarro—. Compra esos cacahuetes, los sala con el MSG y los sirve. Sus clientes quieren más cacahuetes y por eso piden más cerveza, o whisky o lo que sea que estén bebiendo.

—Parece muy básico —Jana se rascó la barbilla. Sospechaba que aquello no iba a satisfacer a su cliente.

—¿Para qué hacerlo más complicado si así funciona?

Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—Tu hijo iba a primero de Primaria, ¿verdad? —preguntó Jana.

Alexandra asintió.

—Esto es para él —dijo señalando la mochila que había dejado a

un lado—. Creo que hay cuadernos hasta que llegue a la universidad, un estuche con rotuladores, bolígrafos y lapiceros, cuadernos de caligrafía y sumas, y los libros de este año.

La prostituta abrió con ansia la mochila y sacó un par de libros.

—Sí, son estos —dijo con los ojos encharcados. Siguió hurgando en su interior—. Oh, dios mío, ¡Esto le va a encantar! ¡Y esto!—. Iba sacando las cosas y poniéndolas en su regazo mientras Jana la miraba con ternura. Alexandra dejó de mirar la mochila y se fijó en Jana—. ¿Pero qué he hecho yo para merecerte?

Sin tiempo para que Jana pudiera responderle, se abalanzó sobre ella y le dio un abrazo. Algunas cosas cayeron al suelo.

Cuando se separaron, siguieron unidas por las manos.

—No quiero hacer de caballero andante, pero te mereces esto y más. Ojalá pudiera hacer algo más por ti.

La prostituta sonrió con tristeza.

—Lo que necesito es precisamente un caballero andante, un hombre que me quiera a mí y a Álex, y que me saque de puta.

—¡Cuánto daño ha hecho *Pretty Woman*!

Las mujeres rieron hasta que el pequeño Álex apareció en el salón con el pelo alborotado y un peluche entre los brazos.

—Hola —saludó. Se frotaba los ojos con fuerza.

—¿Qué haces aquí, cariño? Vuelve a la cama —le ordenó su madre.

Pero el niño se fijó entonces en los dibujos de los cuadernos y no prestó atención a su madre. Se lanzó sobre ellos y sacó algunos rotuladores para pintar.

—Eh, eh, eh. Nada de eso —le frenó Alexandra—. Lo primero, da las gracias a Jana que es la que te los ha traído. ¿Te acuerdas de Jana?

El niño miró a la invitada con expresión pasmada.

—Déjalo, Alexandra, no se acordará de mí. Era muy pequeño la última vez que lo vi.

Alexandra zarandeó a su hijo y le repitió que diera las gracias.

—Gracias —dijo el niño más porque le dejara en paz su madre que por puro convencimiento.

—No hay de qué —respondió Jana, y le revolvió el pelo.

—Y ahora vuelve a la cama —le ordenó su madre.

El niño obedeció esta vez y se marchó a la habitación arrastrando pies y peluche.

Las mujeres lo miraron hasta que desapareció tras la puerta.

—Te agradezco mucho que hayas usado tu noche libre de la semana para hacer este encargo.

—De la semana, dice... Del mes —la corrigió Alexandra—. No fue la cita más romántica, pero se portó bien.

—¿No estaba un poco perdido por el hecho de que no recordara haber concertado una cita contigo?

—Al principio sí, pero luego me lo camelé y se le olvidó. Armas de mujer —dijo Alexandra, que cruzó las piernas con lentitud.

—Ya sé cuáles dices.

—Pues porque tú no quieres, si no ya sabes que nos lo pasaríamos bien.

—Yo no soy tu caballero andante. Bastante tienes con Álex como para andar preocupándote por mí también.

—La espía y la puta. Suena bien —dijo la rusa—. Hacemos buen equipo.

Alexandra acompañó a Jana a la puerta.

—¿Ves? Siempre que me despido de ti, no sé si volveré a verte —dijo Alexandra.

Jana le acarició una herida que manchaba la barbilla de la prostituta.

—Lo mismo digo.

Alexandra le cogió la mano y le besó los dedos.

—Cuídate, Álex.

Demasiadas novelas de espía le decían a Jana que la prostituta no volvía a aparecer. Y, si lo hacía, era en una morgue. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se volteó para mirar a su amiga una vez más antes de que cerrara la puerta. La prostituta le lanzó un beso y Jana le sonrió complacida.

§

Tal y como Jana sospechaba, a Víctor no le gustó el resultado de sus pesquisas. Leía sin comprender la nota que Jana había recibido de Alexandra. El papel temblaba entre sus dedos de uñas extremadamente cortas, que le daban un aspecto descuidado. No en vano, su flamante negocio iba a ser la piedra angular sobre la que se modernizaría aquel barrio calificado como deprimido por el Ayuntamiento. Notaba la presión.

—¿Pero esto no es un grupo de la Movida? —preguntó.

—No. O sea, sí, era Glutamato Ye-Yé, en realidad —aclaró Jana.

El cliente la miró por encima de sus gafas de pasta. Tenía el tipo fino y nervioso y a Jana le recordó a una versión joven del propio Paco. Estaba segura de que Víctor y su gastrobar acabarían siendo desplazados del barrio por algo más nuevo y moderno a las mínimas de cambio, como él quería barrer con el local de enfrente.

—¿Qué mierda es esta?

—Es una especie de sal que provoca adicción.

—Y el dueño del bar apestoso lo echa en los cacahuetes.

—Así es. Así consigue que los tíos que van ahí quieran más y más. Por eso, pese a que su clientela es menor, consumen más. Y gastan más, claro.

—Pues vaya mierda —se quejó Víctor.

Habían quedado en una cafetería en otro distrito. La lluvia caía a raudales y oscurecía el día. Eran las dos de la tarde, pero parecían ser las ocho de la noche.

—Lamento que no haya cumplido sus expectativas, pero hay motivos suficientes para denunciarle. En realidad, no puede manipular alimentos, mucho menos en su casa, que es donde fríe los cacahuetes. Si Sanidad se pasa por ahí, no creo que le cueste mucho encontrar argumentos para cerrarlo. O, por lo menos, ponerle una buena multa.

El cliente se rascaba con sus cortas uñas la perilla mientras seguía con la mirada clavada en el papel.

—Glutamato monosódico, ¿eh? —dijo. Se quedó un rato en silencio. Jana percibió que la piel que dejaba al aire las entradas de su pelo adquiría un tono rosado. El hombre estaba maquinando algo —. ¿Y dónde dices que se compra?

Hicieron la transacción de manera discreta, por debajo de la mesa. Jana hecho un ojo al interior del sobre y contó rápidamente los billetes.

—Está bien.

Víctor se metió el papel en el bolsillo y se despidió. Jana decidió tomarse otro café y esperar a que amainara la tormenta, pero no hizo sino que arreciar cada vez con más fuerza. Resignada, salió a la calle, se subió las solapas de su chupa y corrió hacia la parada de autobús, deteniéndose en cada zaguán y saliente que se encontraba por el camino. Para ser una tormenta de verano estaba durando más de lo habitual. Quizá porque sabía que era la última.

Bajo la marquesina sólo había una señora mayor que leía un libro de bolsillo ajena a la tormenta. La mujer había salido preparada de casa: botas altas y buen paraguas. Jana se miró sus zapatillas de loneta. Estaban empapadas y el agua comenzaba a filtrarse por los calcetines. A lo que llegara a casa sus dedos estarían arrugados como pasas. Deseó estar en su sofá con un tazón de cacao caliente en una mano y el mando de la tele en la otra.

Un coche negro y largo se detuvo en la parada. Jana levantó la mirada ligeramente pero sólo pudo ver su reflejo en el cristal tintado. Este bajó un palmo y se asomó un hombre de unos cincuenta años, pelo claro y plateado, y ojos azules.

—Sube —le dijo, y la puerta se abrió.

Jana miró a la señora por si se daba por aludida, pero seguía

abstraída en su lectura.

—Jana —insistió el hombre—, sube, por favor.

Dio un respingo al oír su nombre en boca de un desconocido. Miró a ambos lados de la calle y luego se asomó al interior del coche. El hombre se había echado a un lado y daba palmadas en el asiento para indicar a Jana que asentara sus posaderas en ese punto exacto. La espía así lo hizo y pensó que cada vez le llegaban clientes más raros.

§

El coche olía a nuevo y a Brummel. El hombre que la había invitado a entrar dio al chófer la orden de reanudar la marcha e ignoró a Jana durante un buen rato. Sólo cuando el coche llegó al puerto, el hombre se presentó.

—Me llamo Braulio —dijo. El agua caía como una manta en los cristales.

—Encantada, Braulio. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Jana con retintín.

Braulio rio. Por los resquicios del coche entraba el aroma a pescado y salitre.

—Eres igual que tu padre.

La frase golpeó a Jana en el bajo vientre. Se agarró con fuerza al asidero de la puerta. Por alguna extraña razón le dieron ganas de abrazar a aquel señor. Se rehízo y trató de mostrarse cauta.

—¿Conociste a mi padre?

El hombre asintió con calma.

—Por eso he venido a por ti. Tengo una propuesta que hacerte.

—¿De qué conoces a mi padre? Hace años que murió.

—En octubre hará quince —respondió el hombre con seguridad.

La luz de una farola se colaba en el coche lo justo para iluminar la boca de Braulio, una boca de dientes perfectos arriba y algo torcidos abajo, de barbilla cuadrada y hoyuelo justo en el medio. Jana le echó unos 55 años, la edad que tendría ahora su padre.

—Te vi en su funeral, desde la distancia. No tuve el valor de acercarme a vosotras —Braulio se rascó el ojo al recordar aquel momento de cobardía.

—¿De qué lo conocías?

—Trabajé con él —respondió Braulio. Se alisó la raya del pantalón antes de continuar hablando—. Tu padre murió de accidente de tráfico.

—Eso ya lo sé —respondió tajante Jana.

—Sí, lo que no sabes es dónde trabajaba exactamente.

—Era comercial en una fábrica dos pueblos más arriba.

El hombre chascó la lengua.

—Eso no explica sus múltiples heridas, ¿verdad? Hoy un dedo

amputado, ayer una herida en el pómulo, la semana anterior un golpe en el pie...

Conforme Braulio iba narrando los múltiples accidentes que su padre había sufrido, Jana iba perdiendo la paciencia.

—Bueno, al grano. Tengo mucha ropa que planchar.

La respuesta provocó una carcajada en su interlocutor.

—Clavadita —dijo. Levantó una rodilla y se giró hacia Jana. El cuero del asiento crujió con el movimiento—. Está bien. Al grano —Hizo una breve pausa. No dudaba de lo que iba a decir, pero sí de si Jana iba a creerle o no—. Tu padre era espía.

La farola que apenas iluminaba a Braulio, daba de lleno en el rostro de Jana, un rostro con una ceja levantada.

—¿Perdón?

—Sí, y tu abuelo también.

La incredulidad aumentó en Jana. Su labio se torció todavía más en una mueca que acabó convirtiéndose en una sonrisa cínica.

—Como broma está regular. No le encuentro la gracia. Ni el sentido, vaya —Trató de disimular el escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Cuando me conozcas más a fondo descubrirás que hay cosas con las que no bromeo.

—No tengo ninguna intención de conocerte más a fondo.

Jana hizo ademán de abrir la puerta, quería salir de ahí y correr, correr sin parar, correr sin rumbo, pero se lo pensó dos veces. Seguía lloviendo con fuerza. Empuñó el asidero y sus nudillos palidecieron.

—¿Serías tan amable de llevarme a casa, por favor?

Braulio se acomodó en su asiento.

—Por supuesto —dijo, luego golpeó el cristal que separaba la cabina del chófer de la parte de atrás—. Dani, a casa de la señorita Báñez, por favor.

Jana se acercó al cristal.

—Vivo en...

—Sabe perfectamente dónde vives —le interrumpió el hombre.

El chófer, un joven de facciones duras y nariz chafada, se llevó dos dedos a la frente a modo de saludo y arrancó.

—¿Cómo que lo sabe? —preguntó Jana.

—Sabemos dónde vives, dónde vive tu familia, tu orientación sexual, tus últimos casos, un poco cutres, por cierto, hasta tu número de pie. Lo sabemos todo de ti.

Jana le miraba con el ceño fruncido.

—Ya te lo he dicho. Somos espías. Es nuestro trabajo.

—Supongamos que te creo. ¿Qué quiere de mí?

Braulio sonrió con satisfacción.

—Tu padre era muy bueno, mucho mejor que yo, pero no tanto como tu abuelo. Claro, que los tiempos de tu abuelo fueron más convulsos—. Hizo una pausa que aprovechó para alisar de nuevo la raya del pantalón—. Tu padre murió por mi culpa. Desobedecí una orden, me metí donde no debía y él, desobedeciendo otra orden, vino a mi rescate. En la huida, hubo una persecución. Juan perdió el control del coche y tuvimos un accidente. Él murió en el acto. Yo salí ileso.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que trabajes para mi equipo. Me falta alguien como tú, como tu padre.

—¿Ah, sí? —preguntó Jana descreída—. ¿Y cómo se supone que era mi padre?

—¿Cómo lo recuerdas tú?

La pregunta dolió a Jana. Su padre murió cuando ella tenía doce años y apenas lo había conocido. Sabía que era un hombre trabajador, de los de «de sol a sol», que cuando llegaba a casa sacaba las pocas fuerzas que le quedaban para jugar con su hija. Él hacía de portero y ella de Ronaldo Nazario. La puerta del granero era la portería.

—Era muy mal portero. Le daba cosa tirarse al suelo.

Braulio rio suavemente. El coche ya había entrado en la ciudad y la lluvia había cesado. Las luces de los anuncios y las farolas se reflejaban en los charcos y se rompían al paso de los coches.

—Probablemente, estaría magullado de alguna misión —le aclaró Braulio—. Le iba el cuerpo a cuerpo. Como a ti.

A Jana se le escapó un bufido.

—El otro día dejaste inconsciente a un tío que te doblaba en tamaño.

—Atacando por la espalda.

—Usando la ventaja que te habías trabajado. A eso me refiero: eres física, pero también analítica. Conoces tu cuerpo y reconoces el entorno y a tus adversarios en poco tiempo. Dani, por ejemplo —dijo señalando al chófer—, es un bruto. Es muy bueno en la pelea, pero torpe con las personas.

Jana miró al chófer que le sonrió a través del espejo retrovisor.

—Para eso te necesito. Tenemos una misión y es perfecta para ti.

—¿Para mí? —Jana no podía ocultar que se sentía halagada. Trató de recuperar el estado de alerta—. Pero, ¿quiénes sois? ¿Para quién trabajáis?

El chófer detuvo el vehículo. Jana miró por la ventanilla. Habían llegado a su portal.

—Todo a su debido tiempo. No pretenderás que te diga quiénes somos si todavía no has aceptado nuestra oferta, ¿no?

Braulio le ofreció una tarjeta en blanco.

—Tu abuelo te enseñó a leer papeles en blanco. Te esperamos.

La puerta se abrió. Al salir, se topó con el chófer. La musculatura de Dani imponía, pero su cara no resultaba amenazante.

—Nos vemos —dijo el chico, y volvió a llevarse los dedos a la frente haciendo que su bíceps se contrajera en una enorme bola.

El coche no arrancó hasta que se metió al portal. Los siguió con la mirada a través del cristal empavonado por su propio aliento.

Jana rondaba por la casa, con una toalla a modo de turbante en la cabeza y un albornoz con la marca de un hotel bordado en el pecho. De vez en cuando, pasaba por la mesa del salón y comprobaba si la tarjeta seguía ahí. Sí, su abuelo le enseñó a leer ese tipo de mensajes. Era de primero de espionaje. Un poco de limón, una fuente de calor y, ¡bam!, la tinta invisible se hace visible.

En noches como aquella, cuando el cielo mojaba y el aire hacía golpear las ramas contra los cristales de la casa, su abuelo le contaba historias de espionaje. Jana, maravillada por la imaginación del padre de su padre, se dormía soñando que era una espía, que saltaba por los tejados, golpeaba a los malos, destapaba secretos y luchaba contra el crimen. Ahora, a sus 33 años, a lo máximo que había ascendido era a una especie de espionaje empresarial de cartón piedra, siempre a la espera de su gran misión, esa que le haría digna de protagonizar una de esas historias de su abuelo.

Se acercó a la pila de ropa que tenía por planchar y hundió su cara en ella. El jabón casero que su madre le mandaba de vez en cuando le daba un característico olor a hogar.

Ahora resultaba que las historias de espías susurradas en la oscuridad de su cuarto por miedo a que su madre se enterase e interrumpiera la sesión de muy mala uva podían ser reales, protagonizadas por su abuelo o, incluso, por su propio padre.

Aplastó la ropa con la plancha.

De las historias pasaron a las pruebas físicas. Su abuelo le escondía regalos o mensajes secretos en diferentes sitios de la casa, del pueblo, del bosque que empezaba más allá del caserón. Cada vez más difíciles, pero de las que siempre volvía con lo que su abuelo había escondido. Entonces llegaba su padre e insistía a Jana para jugar a fútbol en la puerta del granero, pese a los balonazos que se llevaba, y alejarla así de las fantasías de su abuelo.

Un golpe de viento cerró de golpe la puerta de algún vecino. La oreja de Jana se giró ligeramente hacia la fuente del ruido. Había sonado a la puerta de la señora Gloria, con sus bisagras mal

engrasadas y la madera rechapada.

Desenchufó la plancha y colocó la ropa ya plegada en su armario. Sobre la cómoda descansaba una foto de ella con su padre. Jana tenía un balón sujeto entre el brazo y la cadera. Su padre tenía el brazo escayolado y una herida en el pómulo. Cogió el marco y acarició el cristal. Demasiados accidentes para un comercial.

Sin soltar la foto, volvió a la plancha. El agua de su saliva se evaporó con el calor que todavía desprendía las base de metal. Fue hasta la mesita y cogió el papel que le había dado Braulio. Lo colocó sobre la tabla y pasó la plancha hasta que la tarjeta hizo reacción y apareció un número de teléfono. Jana lo vio al trasluz. Aquello no lo habían hecho con limón. Los números se veían nítidos. Desde luego, más que los mensajes escritos por su abuelo con un bastoncillo para los oídos.

Colocó de nuevo la plancha sobre el papel. No tardó en aparecer el humo y el olor a quemado.

§

Al viejo Citröen DS del 75 se le hacía cuesta arriba llegar hasta el pueblo. Las revoluciones del coche subían al tiempo que la montaña se empinaba.

—Vamos, pequeñín —le animó Jana, que empujaba el volante para echar una mano a su *tiburón*.

Detuvo el coche en un recodo del camino y se bajó. El coche respiró aliviado.

Apoyada en el capó se vio a sí misma con quince años menos. Metida en las aguas de la laguna, rodeada de adolescentes en bikini, descubrió que le gustaban las mujeres. En concreto, su amiga Pilar, a la que le empezaban a crecer los pechos. Jamás intentó nada con ella porque Pilar iba detrás de Alberto, aunque Alberto estuviera colado por Sara. Pero fue Pilar quien la consoló aquella tarde en que, tumbadas al sol, mojadas por el agua fresca de la laguna, las risas que rebotaban en la sierra cesaron. Benja había ido hasta allí para decirle a su prima que su padre había muerto.

Jana cogió un par de piedras del tamaño de su puño y las lanzó contra el agua con rabia contenida.

Cuando por fin alcanzó el pueblo, el terreno se allanó y su coche respiró aliviado. Ahora, la que estaba revolucionada era la dueña. Ya no se sentía cómoda entre las cuatro paredes de la casa familiar. Pese a que habían pasado más de quince años, todavía se notaba densa la ausencia de su padre.

Tras atravesar el pueblo condujo medio kilómetro más hasta que llegó a un paraje arbolado, con camino de tierra. Las montañas que

servían de telón de fondo tenían su manto verde pardusco típico del verano.

Entró en la finca y, desde el coche, vio el trajín que había en torno a la enorme casa de piedra. Su primo montaba una mesa con dos patas y un gran tablero, mientras su tío iba sacando sillas. Habían dejado al sol al abuelo, sentado en su silla de ruedas, con la cabeza de medio lado. Parecía una Vespa.

Salió del coche. Alertado por el ruido del portazo, Benjamín levantó la vista y la saludó.

—¡Prima! —corrió hasta ella a su ritmo, que era más bien lento. La abrazó y Jana desapareció entre sus brazos—. ¿Qué tal? ¡Has venido!

Parecía sorprendido. Jana pensó que podía haberse escaqueado y no se habrían molestado.

—Sí, me apetecía un poco de verde —dijo ella—. Bueno, y veros, claro.

Benja le pasó un brazo por los hombros y la empujó hacia donde estaba el resto. Su tío se acercó y le dio dos besos.

—Te veo muy guapa, Jana.

—Uy, qué flaca estás —Su tía Antonia venía por detrás y le achuchó en cuanto la vio—. No debes comer nada bien. Y no me vengas con que es por el ritmo de la ciudad y que no tienes tiempo para cocinar, porque una ensaladica de tomate y un filete de ternera vuelta y vuelta lo haces en un momento.

—Ya, tía, lo malo es encontrar un tomate que sepa a tomate y un filete de ternera que no cueste un ojo de la cara.

—Pues de aquí no te vas sin hortaliza —Miró por encima del hombro para cerciorarse de que había venido en coche—. ¿Pero todavía vas con ese trasto?

Jana se giró y miró a su coche enmarcado bajo los robles. Aun le parecía que iba a bajar su padre de ahí. Cuando volvió la mirada, su madre salía de la casa.

—Hola, hija mía —dijo. Le agarró la cara y le dio dos besos—. Estás muy delgada, ¿no?

—Eso le he dicho yo, Manuela. Debe tener anemia. ¿Has ido al médico?

—No tengo anemia, tía. En realidad, estoy muy fuerte. Toca —dijo Jana marcando músculo en el brazo.

Las mujeres le tocaron el bíceps y admiraron su dureza.

—¿Y para qué quieres tanto músculo si trabajas de administrativo? —preguntó su tía.

Jana no supo qué responder. De reojo miró a su madre que se hacía la distraída.

—Bueno, ¿qué? ¿Comemos? —las interrumpió Benja.

—¿Ves? Este está bien alimentado —dijo su madre acariciándole la tripa.

Benjamín le rio la gracia sin mucho afán, y todos se sentaron a la mesa, incluido al abuelo, que la presidía sentado en su silla de ruedas.

El día acompañaba. La temperatura era buena, el sol calentaba sin resultar agresivo, y la brisa mantenía fresca la sombra del porche. Jana inspiró para cargarse de paciencia y el olor de la ternera asada y la longaniza churruscada la transportó a su niñez. Contuvo sus ganas de mirar hacia la puerta porque sabía que de ahí no iba a salir su padre con la bandeja de comida.

—Bueno, Jana, cuéntanos, ¿qué tal te trata la vida? ¿Tienes alguna chica por ahí? —disparó su tío.

Jana suspiró y se llevó un trozo de carne a la boca.

—No, nada serio.

—Ay, pillina, que tú eres una picaflor —Su primo, que la tenía más a mano, le hizo cosquillas en un costado.

—¿Y tú, Benja? ¿Estás con alguien? —Jana le pasó la patata caliente.

Su primo iba a responder, pero su tía se adelantó.

—¿Este? ¡Qué va! —Antonia hacía palanca con una cuchara en la boca del abuelo para que la abriera y poder meterle un poco de puré—. Ni sale de casa. Así cómo va a encontrar a nadie.

—¡Mamá...! —le llamó la atención Benja.

—Tu madre tiene razón, tienes que salir más —dijo su padre moviendo el tenedor—. Y no me refiero al bar. Ahí sólo están los de tu cuadrilla. Todos casados y con hijos, por cierto.

—Si esperas que te venga la mujer ideal a casa, lo llevas claro.

—Bueno, vale ya —protestó Benjamín, que volvió a servirse otro trozo de carne de la bandeja.

Jana le acarició la espalda.

—Antes eras muy ligón, ¿te acuerdas?

Su primo sonrió con melancolía.

—¿Te acuerdas de aquella vez en el granero? —Benjamín miró a su prima con complicidad, y Jana enseguida le captó.

—Joder, que si me acuerdo.

—¡Esa lengua! —dijo su madre.

—Nunca lo hemos contado, ¿no? —le preguntó a su primo sin poder reprimir la risa—. Es que fue muy bueno.

—Pues ya estáis largando por esa boquita —les apresuró la tía Antonia.

Benjamín se limpió la comisura de los labios con una servilleta, se la colocó en la rodilla y se recostó en la silla, lo que le vino bien para hacer hueco en su estómago.

—A ver... —comenzó mientras se desabrochaba el botón del pantalón—. ¿Qué tendríamos? ¿Yo 16 y tú 12?

—Por ahí, sí —corroboró su prima.

—Pues estaba yo en el granero con la Susana.

—¿Cuál Susana? —preguntó su madre—. ¿La del aserradero?

—Sí —respondió Benja ante la cara de desaprobación de su madre—. Estábamos ahí, dándonos el lote encima de los sacos de grano.

—Míralo, y parecía tonto —soltó su padre.

—Y espera... —dijo Jana con la mano en alto.

—Estábamos ahí, dándonos el lote, llegando a mayores ya. Vamos, que yo ya estaba con la chorra fuera.

—¡Benjamín! —gritó Manuela.

—Lo siento, tía, pero no sabía cómo decirlo de otra manera —Las mejillas del joven estaban coloradas—. El caso es que, de repente, oigo un ruido arriba y, a lo que levanto la vista, veo a Jana colgada.

—¿Del techo? —preguntó la tía.

—Sí, estaba colgada de una viga.

—¿Y qué hacías ahí? —quiso saber su madre.

—Buscando una cosa —respondió Jana sin darle importancia.

La madre torció el gesto y desconecto de la historia, dejando en su cara un rictus de seriedad que la avejentaba.

—El caso es que la cuerda que me sujetaba se soltó o se rompió, no sé —continuó Jana—, y comencé a caer, y cuando llegué abajo me llevé un pollazo en la cara.

La tía Antonia se quedó pasmada, con la cuchara a mitad de camino entre el plato y la boca del abuelo. Su marido reía de manera escandalosa y tosió con fuerza para escupir un trozo de longaniza que se le había atravesado.

—Igual por eso eres lesbiana ahora —dijo con el rostro colorado.

—Pues igual, porque aquello me traumatizó que no veas.

—Fingimos que nunca había pasado —añadió Benjamín.

—¿Más carne? —preguntó su madre, que se había puesto en pie.

Las risas cesaron de golpe. Como nadie quiso, se dedicó a recoger los platos. La loza sonaba tan fuerte al golpear unos con otros que los comensales temieron que fuera a romperse. Con la vajilla apilada, Manuela abandonó la sobremesa y se adentró en la casa.

La habitación de Jana aun conservaba el olor y los adornos de ganchillo. Dio una vuelta, sin atreverse a detener la vista en nada en concreto, hasta que se topó con una carpeta de cartón azul sobre la mesa. Las gomas flojeaban y ya no cerraba bien. Por eso, al cogerla,

varios papeles cayeron al suelo. Jana se agachó para recogerlos. Se trataban de varios dibujos al carboncillo que había dibujado ella hacía mucho tiempo, cuando aun cultivaba algún talento que no tuviera que ver con peleas, mujeres o espionaje. Se fijó en un retrato y lo alzó para verlo con mejor luz. Parecía un dibujo de ella misma tal y como era ahora y no le encajaba. Se rascó la barbilla.

—Oh, ¿te ayudo? —preguntó su tía Antonia bajo el umbral de la puerta.

La mujer se agachó y se puso a recoger papeles.

—No recuerdo haber dibujado esto. Parezco yo... —dijo Jana mostrándole el retrato.

Antonia se lo quitó de las manos y lo alejó para poder verlo mejor.

—Es tu madre. Lo debió de dibujar Juan.

—¿Mi padre?

—Sí, tus dibujos y los suyos han debido mezclarse.

Las dos mujeres se pusieron en pie y colocaron los papeles extendidos sobre la mesa.

—Ya veo la diferencia —dijo Jana, que fue colocando los dibujos de su padre al lado de los suyos—. Los míos tienen las líneas más definidas y las sombras con menos volumen. ¿Ves?

—Bueno, si hubieses seguido practicando, hubieras dibujado tan bien como él.

—Ya... —concedió Jana, que seguía mirando el retrato de su madre de joven mientras su tía metía el resto de dibujos ordenados en la carpeta—. Qué guapa.

—Sí, era muy guapa. Bueno, y lo es. Espero que hayas sacado sus genes a la hora de envejecer porque los de los Báñez son basura —dijo tía Antonia—. Y ahí donde la ves era muy divertida y aventurera.

—¿Aventurera mi madre?

—Sí, aventurera, echada *pa'lante*, ya sabes... Se animaba con todo. Que había que saltar una cuerda para tirarse a la laguna, lo hacía; que tenía que conducir de vuelta porque nuestros maridos se habían bebido hasta el agua de los floreros, conducía. Y sin tener el carné, que yo no sé qué era peor.

Los ojos de Antonia brillaban recordando sus años de juventud.

—No me la imagino —dijo Jana.

—Bueno, la gente cambia.

La espía guardó el retrato en la carpeta, pero antes de cerrarla definitivamente, preguntó:

—¿Y qué hizo cambiar a mi madre?

Su tía se miró las manos. Tenía las yemas manchadas de negro y se las limpió en el pantalón.

—La maternidad, supongo —respondió. Un denso silencio se instaló en la habitación—.Tu madre está abajo, en el salón. Igual deberías ir.

Jana levantó la tapa de la carpeta y miró una vez más el retrato. Bajo el hombro, donde acababa el difuminado de la ropa, las iniciales J.B. daban cuenta de la autoría.

La tarde caía y empezaba a refrescar a partir de las cinco. El verano siempre había sido breve en el pueblo.

La familia se había dispersando por la casa. Benja y la tía Antonia recogían los últimos cacharros de la comida, y el tío se había salido a leer bajo la morera, junto al abuelo. Parecían haberlo planeado para que madre e hija tuvieran un momento a solas frente a la chimenea, que se mantenía con el fuego bajo.

Jana llevó un par de tazas con ponche caliente y le ofreció una a su madre. La mujer, cerró el libro y se dejó las gafas colgando sobre su pecho. El cordel estaba desgastado por los años, pero seguía haciendo su función. El ganchillo de la abuela era incansable al uso y a la memoria.

—Uf, está un poco cargado esto —dijo Jana al darle el primer trago.

—Para olvidar antes las penas.

Su hija puso los ojos en blanco. No sabía si tenía fuerzas para aguantar los chantajes emocionales de su madre.

Después de un rato en silencio, y en vista de que la conversación no fluía, Jana sacó un libro del bolsillo trasero de su pantalón y se puso a leer. Su madre dio un brinco y agarró el libro para leer la tapa.

—«El espía que me amó». Novelas de espías. ¿De dónde la has sacado? —preguntó furiosa.

—De mi habitación.

Manuela le quitó el libro de las manos y lo lanzó a la chimenea.

—Estoy harta.

Antes de que el fuego lo devorara, Jana saltó a por el libro y lo sacó de las llamas. Dio unos golpes en una esquina que todavía prendía y saltaron chispas.

—Estás loca, mamá. ¿A qué viene esto?

—A que tu abuelo te reblandeció el cerebro con esas historias de espías.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Y qué? ¿Te crees que soy tonta? —exclamó—. Esa cicatriz en la ceja, ese moratón en la mandíbula, esos brazos llenos de músculos…

Todavía agachada frente a la chimenea, Jana se acarició la

brecha.

—Tu tía tenía razón. ¿Para qué quieres tanto músculo si trabajas sentada frente al ordenador? —Se levantó—. Pero, claro, tú no trabajas así. No me lo dices para que no sufra, pero sufro igual. Ya estoy acostumbrada a sufrir.

Jana se quedó muda, rumiando si contarle a su madre la verdad, qué verdad y cuánta verdad.

—¿De qué va esto, Jana? —insistió Manuela. En sus ojos saltaban la lumbre de la chimenea.

—He conocido a Braulio —soltó Jana, puesta en pie.

La expresión de su madre cambió del enfado a la confusión. Se puso en pie y apretó el brazo de Jana. Pasó a la súplica.

—No me hagas esto, por lo que más quieras —Las palabras salieron rotas de su garganta.

Jana negó con la cabeza e intentó retener la emoción garganta abajo.

—No, mamá, no me lo hagas tú a mí. Lo sabías y no me lo dijiste —Jana alzó la voz—. Sabes que es lo que siempre he querido ser.

—¿Lo que has querido o lo que te han metido en la cabeza? —preguntó con rabia Manuela. El cuerpo de Jana se tensó y su madre rebajó el tono. Su voz sonó dulce—: Me duele, hija mía. Ya sufrí por tu padre. No quiero sufrir por ti también —Manuela soltó el brazo de su hija, y le planchó la camisa con la mano—. Despedirme de ti sin saber si voy a volver a verte...

Jana quiso abrazarla, pero sentía que su madre lo interpretaría como un paso atrás.

—¿Dónde está mi pequeña, la joven enamoradiza, la dulce chicazo?

—He cambiado, mamá.

—Desengáñate. La gente no cambia. Sólo somos adolescentes que pagan facturas.

Manuela miraba a su hija tratando de encontrar en aquellos ojos a la niña que fue. Como no la encontró, siguió con su ataque.

—¿Para quién trabaja Braulio ahora? ¿Acaso lo sabes acaso? No, no lo sabes —respondió antes de que lo hiciera Jana—. Como tampoco lo sabía tu padre. Para vosotros el espionaje es una religión, y esas novelitas que leéis —dijo señalando el libro que Jana sostenía en las manos—, vuestra Biblia, pero en realidad no tenéis ni idea de hasta qué punto estáis metidos dentro de una cueva, sin ver más de lo que os piden que veáis.

A Jana le dolía que hablara así, pero, sobre todo, que hablara de su padre en presente, como si estuviera entre ellas. Tuvo que mirar un par de veces a su alrededor para asegurarse de que Juan Báñez no estaba físicamente ahí, con un balón en las manos, pidiéndole

que dejara los entrenamientos del abuelo y se fuera a jugar con él.

—Yo... —comenzó a decir Jana.

—Tú nada, Jana —dijo su madre, antes de marcharse. Agarrada en el pasamanos de la escalera la miró—. Más vale que la próxima vez que te vea estés viva, porque si no, me mataré yo.

Jana volvió a sentirse como una niña pequeña impotente, incapaz de argumentar sus decisiones, cayendo una y otra vez en las emboscadas de su madre. Lanzó el libro a la chimenea haciendo saltar sus rescoldos. Poco a poco, el papel fue sucumbiendo al fuego. Jana se quedó embobada mirando cómo desaparecía mientras daba sorbos al ponche.

Cuando ya no quedó ni un rastro del libro, apuró el licor y salió a la fresca.

Su tío le colocaba una manta sobre las piernas al abuelo.

—Deja, tío, ya lo meto yo luego —le pidió Jana—. Me apetece estar un rato con él.

—Claro —dijo el hombre, y se metió en la casa.

El hueco de la hamaca todavía estaba caliente tras la presencia de su tío. Tardó en acomodarse. Movía el culo de un lado a otro, más por la rabia que llevaba dentro que porque no estuviera cómoda.

Miró a su abuelo. Seguía pareciendo una Vespa.

—Siempre igual, yayo, siempre igual —le dijo mientras se mordía un pellejo del pulgar—. Mi madre gobernándonos a todos, y si no hacemos lo que ella quiere, se pone dramática y nos chantajea. ¡Lo odio!— Se puso de pie, pero el alcohol parecía haberle hecho efecto y se mareó. Volvió a sentarse en la hamaca, a revolverse, a morderse el pulgar—. ¿Y vosotros qué? ¡Qué callado os lo teníais! Espías... Joder—. Se incorporó para ver la expresión bovina de su abuelo—. He conocido a Braulio, yayo. Un brillo centelleó en los ojos de su abuelo y Jana golpeó la hamaca victoriosa—. ¡Ja! Sabía que estabas ahí —saltó. Se inclinó más hacia él—. Me lo ha contado todo. El abuelo hizo una mueca que a Jana le pareció una sonrisa hasta que un hilo de baba se deslizó por su barbilla. A Jana se le ensombreció el gesto—. Se acabaron las historias de espías, yayo. Ahora yo voy a escribir la mía.

Le subió el regusto del ponche al fondo del paladar. Una sensación esponjosa se apoderó de ella y nubló su mente con un manto gris y polvoriento.

Despertó desubicada en la hamaca, bien entrada la noche. Alguien la había tapado con una manta.

LA GENTE DE BRAULIO

El día estaba desapacible. El aire no parecía tener claro hacia dónde soplar y el cielo estaba tapado por nubes grises que impedían recibir el calor del sol. Aun así, Jana estaba feliz. El aroma a manzana verde inundaba el coche, que había limpiado con esmero la tarde anterior, cuando llegó del pueblo, después de llamar a Braulio para soltarle en cuanto descolgó el teléfono «Cuenta conmigo». Condujo un par de calles y estacionó en carga y descarga, convencida de que pedir un café para llevar no le llevaría más de un par de minutos. Además, iba a pedir un café cargado, y se rio de su propio chiste.

Apenas había fila y el camarero entendió a la primera su pedido y su nombre. Dos minutos después, ya tenía su café con leche de soja en una mano y una *cookie* en la otra. Apenas salió de la cafetería, dio un buen bocado a la galleta y saboreó las pepitas de chocolate. Luego sorbió el café para comprobar que ardía como el séptimo infierno.

Con la lengua escocida, caminó al coche. Observó a la gente de la calle, felices o malhumorados, pero todos ajenos a la realidad paralela en la que un grupo de espías velaban por sus vidas. Como aquel hombre que recogía la caquita que acababa de hacer su perro en la acera, o esa mujer que apretaba el paso para llegar al autobús, o esa otra joven de pelo rojizo que hacía *running*...

—¿Pero esa no es...? —Jana enganchó los ojos en la corredora para asegurarse de que no la engañaban. La chica que usaba esa primera hora de la mañana para desentumecer los músculos con una carrera era una de las que le acompañaron en la cama la mañana que no supo dónde despertó.

Se metió el resto de la cookie en la boca y corrió hacia ella, haciendo equilibrios para que no se le cayera el café. La chica la vio venir y apretó la carrera.

—¡Eh! —la llamó, pero la joven alargó la zancada y se alejó de Jana, que la seguía entre jadeos.

Consciente de que le iba a resultar imposible alcanzarla por velocidad, usó un atajo. Consistía en saltar por encima de los capós de los coches, con el consiguiente bocinazo de sus dueños.

La corredora se internó en un parque. Sus pisadas levantaban el polvo del camino que se le pegaba a las pantorrillas en forma de barro. Le escocía la piel, pero no dejó de correr. Echó un vistazo a su espalda y comprobó que había dado esquinado a su perseguidora. Volvió al trote para bajar las pulsaciones que volvían loco a su reloj.

Jana había entrado con ella al parque, pero había tomado el camino de la derecha para seguirla, oculta tras árboles y arbustos. Cuando vio que la chica ya había recuperado su ritmo de carrera normal, salió de detrás de un matorral, saltó un banco y se plantó delante de ella.

—¿Por qué huyes? —le inquirió apenas sus pies tocaron el suelo.

La chica dio un brinco y se llevó la mano al pecho. El pelo rojizo de las sienes le brillaba por el sudor.

—¿Por qué me persigues?

Cuando recuperó la respiración, la joven pudo centrarse en Jana y la reconoció.

—Tú...

—Sí, y tú y la otra, en una casa que no era de nadie.

—Ya, fue muy raro, ¿no? —La pelirroja estaba acalorada y el rubor de sus mejillas casi le ocultaban las pecas del rostro. Mechones sueltos de pelo saltaban por encima de las orejas.

—¿Raro? ¡Vosotras sabréis! ¿Soléis hacerlo a menudo? ¿Llevaros a gente a asaltar camas de desconocidos?

La chica se llevó una mano al saliente de su cadera y miró a la espía con incredulidad. Jana aprovechó ese silencio para darle el primer trago al café.

—Pero si fuiste tú la que dijiste que conocías una casa en la que no había nadie.

Jana escupió la bebida.

—¿Perdona? ¿Yo?

—Sí, tú. ¿No te acuerdas de nada? —preguntó la chicas limpiándose unas gotas de café que le habían salpicado en el brazo.

El gesto de confusión de Jana no dejaba lugar a dudas.

—La verdad es que no. ¿Bebí mucho?

—No lo sé. Viniste directa a nosotras dos y nos propusiste un trío.

A la espía, todo aquello le sonaba a nuevo. Dio un repaso a la chica.

—¿Cómo te llamas?

—Sofi.

—¿Y la otra?

—No me acuerdo; la acababa de conocer cuando nos entraste —contestó la pelirroja. Como Jana seguía confusa, continuó narrándole la noche—. Viniste, nos dijiste que conocías un sitio con una cama bien grande y un espejo en el techo, que era de un amigo tuyo que estaba fuera de la ciudad, y nos fuimos. A mí me pareció un poco raro lo de entrar por la escalera de incendios, pero imaginé que formaba parte del juego para generar morbo. Luego el polvo estuvo genial. Estuvimos toda la noche. A veces te dormías y yo me liaba con la otra. Luego nos dormimos las tres y al día siguiente tuvimos que saltar por la escalera.

—Sí, eso ya lo recuerdo —apuntó Jana. Luego miró a la chica. Tenía la piel de los brazos erizada—. Perdona por haberte asaltado así. Debes estar cogiendo frío.

—Un poco —Sofi se frotó los hombros.

—Es sólo que no recuerdo nada y quería saber.

Se hizo a un lado y dejó que la chica siguiera con su carrera.

—Nos vemos —se despidió.

Jana brindó con el café y le dio otro trago.

Volvió al coche pensativa, intentando encajar las piezas de su recuerdo y el relato de Sofi. Tenía lagunas y no sabía por dónde venían pues dudaba de que hubiera bebido tanto como para eso.

Cuando volvió al coche, Jana vio cómo un agente de movilidad se inclinaba sobre el capó de su Citroën, levantaba el limpiaparabrisas y le dejaba una multa.

—¡No! —gritó Jana lanzada a la carrera—. ¡Lo muevo ahora!

El agente se encogió de hombros y señaló el reloj mientras caminaba hacia atrás, alejándose del coche.

—Argh —gruñó la espía.

De repente, el aroma a manzana verde ya no le parecía tan dulce.

Jana repetía mentalmente la dirección que le había dado Braulio. “No las anotes en ningún lado. Memorízalas”, le dijo. Ni siquiera le dejó mirarlo en un mapa en línea, por lo que la espía tuvo que hacerse con un callejero y buscarlo a la antigua usanza. Había arrancado la hoja y la había pegado con celo al salpicadero.

Llegó al sitio, pero allí no parecía que hubiera nada excepcional. Unas cuantas naves industriales, grises, opacas y con churretones en los cristales. Jana enseguida localizó el sitio de encuentro.

—La esquina del edificio está rota —le había indicado Braulio.

—¿Toda? —se sorprendió.

—Sí, es una larga historia. Si miras hacia arriba, verás más fácilmente el roto contra el cielo.

La pista ayudó a Jana, y condujo despacio hasta allí, tal como le había indicado Braulio. Justo cuando iba a detener el coche, una puerta de garaje se abrió invitándola a adentrarse. Jana detuvo el viejo tiburón en un cuadrado azul pintado en el suelo.

—Bienvenida, Jana —dijo Braulio por megafonía. La espía miró a su alrededor para localizar los altavoces—. Me alegro de que hayas llegado bien.

En ese momento, se escuchó un ruido metálico y el cuadrado azul comenzó a hundirse. Jana se agarró de manera instintiva al volante. Conforme el vehículo descendía, ante ella se revelaba un espacio abierto en la planta del sótano. Tres hombres la esperaban abajo. Dos llevaban monos azules y las manos manchadas de grasa. El tercero vestía un impecable traje italiano. Tenía el rostro afeitado y sonreía al ver el coche. Cuando por fin tocó tierra, le pasó los dedos por la puerta antes de abrirla para Jana.

—El tiburón... Hacía días que no lo veía —dijo Braulio.

Jana salió del Citroën sin saber muy bien qué debía hacer ahora.

—No te asustes. Estos chicos te lo guardarán muy bien —le informó—. Ven, te voy a enseñar el sitio.

—¿Hacemos puesta a punto, jefe? —preguntó uno de los mecánicos.

—Lo básico —pidió Braulio.

Empujó delicadamente a Jana obligándola a avanzar en la dirección que él le marcaba. Jana echó un último vistazo a su coche.

—No me lo romperán, ¿no?

—Jamás dejaría que le hicieran nada malo al coche de tu padre.

Los dos subieron por un montacargas hasta la planta calle. Al abrirse, Jana pudo ver un laberinto de cubículos con paredes de cristal y una decena de personas caminando de aquí para allá o enfrascadas en labores que requerían toda su concentración.

—Este es nuestro centro neurálgico. Bueno, el neurálgico y todo. Abajo está el taller y el gimnasio. Luego te lo enseño. En la planta calle y la superior tenemos que dar el pego de que son oficinas. Y en cierto modo, lo son, pero en lugar de hacer fotocopias o llamadas, espiamos a la gente.

Siguieron caminando a lo largo del pasillo.

—Aquí está el taller de SD. Esa es SD —dijo Braulio señalando a una joven con media cabeza afeitada y tatuada, cuyo trasero se desbordaba en la silla. La chica, al verse observada a través del cristal, bufó—. No puedo decir que sea maja, pero es muy buena en lo suyo—. Avanzó— Este es el laboratorio de la doctora Monterrossi. Ella sí que es maja, pero, probablemente, ni advierta nuestra presencia.

Jana ojeó el laboratorio. Tenía todo lo que ella se hubiera imaginado que debía tener un sitio así: pipas, quemadores, decantadores, tubos de ensayo... La doctora estaba de espaldas a la puerta, haciendo anotaciones en una libreta. Llevaba bata blanca y una larga melena castaña recogida en una coleta. La mujer echó algo en un matraz y la reacción provocó una pequeña explosión y una humareda bastante densa que ocultó el cuerpo de la doctora Monterrosi. Braulio y Jana entraron al laboratorio para socorrerla.

—¿Estás bien, Martina? —preguntó Braulio agitando la mano para disipar la humareda.

Cuando lograron verla, la doctora tenía el pulgar levantado y los ojos sonrientes. Llevaba mascarilla y unas enormes gafas protectoras.

Tras el susto en el laboratorio, Braulio continuó abriendo puertas a su paso.

—Por aquí hay un cuarto para material, otra por aquí que no sé para qué es, una pequeña sala de reuniones, los baños al fondo y este es el comedor —Había entrado a un cubículo con dos máquinas expendedoras, una máquina de café y un par de mesas—. Arriba está mi oficina y la sala de reuniones grandes. ¿Subimos?

—Ehm... —titubeó Jana.

—¿Ocurre algo?

La espía no sabía cómo manejar su cuerpo ante esa situación.

—Bueno, me esperaba otra cosa —confesó.

—¿Qué cosa?

Jana se encogió de hombros.

—No sé, algo más rollo espía, salas de escucha, pantallas grandes con datos, alguna biblioteca con sofás de cuero, no sé, algo más... grande.

—¿Más grande? ¿Sabes a cuánto está el metro cuadrado? —Braulio sacó unas monedas del pantalón y se dirigió a la cafetera—. Cuarenta céntimos el café. ¿Quieres uno?

—No, gracias, ya he tomado.

El sueño de Jana se venía abajo. Aquello no era lo que su abuelo le había contado y se sintió decepcionada. Frente a ella, un tipo duro como Braulio, soplaba y daba pequeños sorbos a su *espresso*. No, desde luego no era como ella se lo había imaginado y empezaba a creer que aquello no sería más que una misión más de cartón piedra.

—Escucha, Jana —dijo Braulio leyéndole la mente—, es cierto, no estamos en nuestro mejor momento. Ya te dije que han quedado lejos las grandes misiones de tu abuelo, pero somos buenos en lo que hacemos, aquí podrás ser tan buena espía como tu padre.

Jana se mordía el interior de la mejilla con nerviosismo lo que

acentuaba su labio torcido. Su nuevo jefe apuró el café y dejó la taza en el lavavajillas.

—Y sí, tenemos biblioteca con asientos de cuero —le confesó con una mano en su hombro—. De hecho, era el rincón favorito del mismísimo Juan Báñez. ¿Quieres subir a verlo?

Aquello ya le sonó mejor a Jana. Impaciente por volver a tener una conexión con su padre aceptó la invitación.

§

La decepción fue real cuando Jana subió a la biblioteca y no encontró lo que esperaba. Sí, tenía un Chester de cuero y un par de butacas, además de las cuatro paredes llenas de libros y archivadores, pero no sintió esa conexión con su padre que tanto anhelaba.

—Los 90 fueron duros para nosotros. Y el inicio de siglo no mejoró la cosa. Ya no nos llegaban esas misiones tan espectaculares de finales del régimen y la Transición, redujimos la plantilla a la mitad, luego a la mitad de esa mitad —Braulio se sentó en uno de los brazos del sofá—. Al menos, tú padre no vio la decadencia a la que hemos llegado.

Jana se paseaba por la sala, inspeccionando cada rincón.

—Pero, ¿quiénes sois? ¿Para quién trabajáis?

—No tenemos nombre, porque lo que no se nombra, no existe, ¿entiendes?

Jana asintió.

—Supongo que nos llamarán «la gente de Braulio» o algo así. Trabajamos para el Gobierno y, últimamente, para gobiernos de otros países. Es lo que tiene la globalización —Braulio se frotaba los dedos como si se estuviera quitando restos de pegamento—. El terrorismo no tiene fronteras.

—¿Terrorismo?

—Bueno, a veces nos llegan misiones para infiltrarnos en bandas terroristas, pero, también mafias, trata de personas, crimen organizado en general.

La espía se acercó a su jefe.

—¿Por qué yo? ¿No va en contra de vuestra política de reducción de personal?

Braulio rio con desgana.

—Hemos hecho algunos trabajos bien últimamente y parece que empezamos a remontar —Miró el reloj. Jana advirtió que era como el que tenía ella. Se levantó del sofá y caminó hacia la puerta de la biblioteca con las manos en los bolsillos—. Tenemos una misión que necesita de tu habilidad. Si eres la mitad de buena que tu padre, será pan comido para ti.

Abrió la puerta e hizo un gesto con el brazo para invitar a Jana a salir. Fueron a la sala contigua. Había una pantalla contra la ventana y algunas sillas dispuestas frente a ella.

—Toma asiento, por favor. Los otros no tardarán en llegar.

Jana obedeció. Se sentó y apoyó un tobillo en la rodilla opuesta. Aprovechó el momento para quitarse una pelusilla del cordón de las zapatillas, mientras luchaba por mantener tras la oreja un mechón que se le escapaba de la coleta.

La puerta se abrió y la espía se giró. Vio entrar a la informática con media cabeza rapada y tatuada junto al chófer que la llevó a casa la noche que Braulio le propuso unirse a su equipo.

—¿Qué tal? —preguntó Dani con entusiasmo.

Le tendió la mano y Jana la estrechó enérgicamente en lo que pareció un duelo por ver quién apretaba más. La otra chica no dijo nada. Se sentó en la silla más alejada a Jana enfrascada en su portátil.

—Jana, estos son Dani, que ya te sonará, y SD, nuestra hacker.

—SD, curioso nombre —le interpeló Jana, pero la chica la ignoró.

—Al menos, no te ha gruñido —le dijo Dani—. Es un avance.

SD gruñó a Dani.

La puerta volvió abrirse y cuando Jana se giró vio a una mujer de caderas anchas y ojos risueños.

—Me alegro de que siga viva, doctora Monterrosi —le saludó el jefe. Martina rio tímidamente y las comisuras de sus labios se rizaron. Se sentó en una silla entre SD y Jana, que la siguió con la mirada y una sonrisa bobalicona dibujada en la boca—. Esta es la doctora Martina Monterrosi, médica y química —informó Braulio dirigiéndose a Jana.

La mujer a la que apenas había intuido antes tras una mascarilla y unas enormes gafas protectoras resultó ser una mujer aguerrida, de ojos risueños y facciones delicadas. Las tres pecas que cruzaban su mejilla izquierda acabaron de fascinar a la espía.

—Encantada, Martina —la espía le tendió la mano, y Martina se la estrechó.

—Igualmente. Así que sos vos quien se va a infiltrar con Grosinho —dijo con acento lunfardo.

—¡Anda! ¿Eres argentina? —preguntó Jana.

—De México, no te jode —dijo por fin SD.

Braulio levantó los brazos para pedir silencio.

—No adelantemos acontecimientos, ni puyas, por favor —Se apoyó en la mesa y le cedió el testigo a Dani para que introdujera a la chica nueva.

La pantalla se encendió. La camiseta de Dani parecía que iba a

romperse en cualquier momento, incapaz de retener sus músculos un minuto más. En el televisor se sucedieron imágenes de Jana en algunas de sus últimas misiones.

—Jana Báñez, 33 años, original de un pueblo del Norte...

—Un momento —le interrumpió Jana—, ¿me habéis espiado? —preguntó.

—Obvio —dijo SD.

Jana la fulminó con la mirada. Estaba empezando a hartarle la impertinencia de la hacker.

—No contratamos a nadie que no conozcamos en profundidad —apuntó Braulio, que pidió a Dani que continuara con la exposición.

En la pantalla, Jana se vio a sí misma saliendo de una discoteca con Sofi y otra joven más, deteniéndose cada pocos metros a besarse y tocarse, y obligándose a avanzar hasta llegar a su destino. La espía se escurrió en la silla al tiempo que se subía la cremallera de la sudadera para taparse la cara. Luego se vio asestándole un golpe a Paco, el propietario de los cacahuetes adictivos, y entrando en el portal de la casa de Alexandra.

—Joder... —dijo.

—No te preocupes —dijo Braulio—. La información está a buen recaudo. ¿Verdad, SD?

Jana miró a la informática con pánico.

—¿Ella es la salvaguarda de todos mis datos?

SD levantó una ceja con orgullo.

—A ver, está totalmente distorsionado. Yo no soy eso. La agresión al tipo formaba parte de una misión, y no soy clienta de Alexandra. O al menos, no como creéis.

—Jana, no hace falta que te disculpes. Estamos al tanto, de verdad.

—Lo de las dos chicas no me acuerdo muy bien, creo que iba un poco pedo. De normal, soy monógama, eh —dijo Jana, que se había ladeado en su silla para hacer partícipe a Martina de la excusa. La doctora se encogió de hombros.

—Aquí va a ser re difícil que tengas vida privada, así que está bien que hayas aprovechado el tiempo —le dijo Martina.

—Pero que yo no quería... —siguió disculpándose Jana.

El jefe se incorporó y le pidió que dejara finalizar a Dani. El chico continuó con su exposición.

—Buen ratio de misiones completadas con éxito —dijo con voz monótona.

—100% de clientes satisfechos —añadió Jana.

—Fortalezas: Memoria, físico e inteligencia —Las palabras aparecían sobre una imagen de Jana tomada instantes antes de

subirse a su coche—. Debilidades: Mala puntería.

—Nunca me ha hecho falta.

—Escasa improvisación.

—Me gusta tenerlo todo atado —se justificó Jana.

—Y las mujeres.

—Eso no es verdad.

—Y la impertinencia —finalizó Dani, pese a que la última palabra no había aparecido sobre impresionada en pantalla.

Jana cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Gracias, Dani —dijo Braulio. El joven se sentó en su silla manteniendo la mirada a su nueva compañera—. Ahora vamos a lo que nos trae aquí —Presionó un botón del mando y la foto de Jana desapareció para dar paso a la de Grosinho—. Este es nuestro objetivo. La policía no consigue dar con él. Su identidad es falsa, es escurridizo y se mantiene opaco tras el muro que forman sus hombres de seguridad y Marcus, su abogado. Se dedican a comprar cafeterías y adecuarlas para hacer locales nocturnos, donde dan cobijo al tráfico de droga y armas, y a la prostitución. Nuestra misión es infiltrarnos y sacar el máximo de información posible. Los vecinos de varios barrios están hartos y la policía lo quiere vivo. El gobierno de la ciudad está en horas bajas y sería una presa muy apreciada para poner su cabeza sobre la mesa electoral.

—Un momento —dijo Jana—, ¿pero es que nos vamos a meter en política?

—Claro que no. Somos de quien nos paga, siempre y cuando no interfiera con nuestro código ético —aclaró el jefe.

—¿Y qué dice ese código ético? —preguntó de nuevo.

—Sólo tiene una frase —le respondió Dani que se había inclinado hacia ella hasta invadir su espacio—: Mantente del lado de los buenos.

—Va, Dani, no seas boludo y dejá a la chica en paz —intervino Martina, que lo apartó de un manotazo.

—Como decía, no nos vamos a meter en política, pero tampoco permanecemos ajenos a ella. Tenemos datos de popularidad, como cualquier otro ciudadano, y podemos interpretar el objetivo ulterior de las personas que nos contratan, porque en cada misión hay siempre dos peticiones por parte del cliente: la oficial y la extraoficial. Por lo general, la segunda no te la dicen, pero se puede interpretar.

Jana se acordó entonces del dueño del gastrobar que, a última hora, decidió aplicar la misma estrategia del hombre al que había decidido espiar.

—Entiendo. ¿Y qué papel voy a tomar en esta misión?

—Tú serás la persona que se infiltre.

—¿Yo? ¿No es un poco demasiado para una primera misión? —preguntó Jana preocupada.

—Descuida, es completamente seguro. Hemos estudiado a Grosinho y sabemos cómo entrar —continuó Braulio—. Este es Pit, su jefe de seguridad —En pantalla apareció un tipo que a Jana le pareció enorme. A golpe de clic, junto a Pit apareció la foto de un chico que no superaría los treinta, algo más bajo que el primero y que, en lugar de músculo, tenía gran cantidad de grasa alrededor de su cintura—. Y este es Bull, el eslabón débil por donde vamos a atacar.

La pantalla fue a negro y Braulio se colocó frente a sus chicos.

—Jana se enfrentará a él simulando una pelea de bar en uno de sus *after*.

La espía soltó una carcajada.

—Pero si me da una hostia y me cruza de acera.

A Martina se le escapó una risita al escuchar la expresión. Braulio le pidió a Dani que explicara cómo iba a proceder.

—Es muy grande, pero poco ágil —comenzó—. Te entrenaré para tumbarlo sin apenas mover un dedo. Eso llamará la atención de Pit y te llevará a Grosinho para engrosar su ejército de hombres.

Jana escuchó con atención y luego miró al jefe esperando su confirmación.

—Así es.

—¿Y si no lo logro?

—Más vale que lo consigas —dijo Braulio—, porque no hay plan B y las elecciones son al mes que viene.

Una bola de saliva bajó a duras penas por la garganta de Jana. El jefe se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Confío en ti. Si no, no te hubiera reclutado.

La espía notó sobre sus hombros el peso de la responsabilidad de llevar el apellido Báñez.

—Te espero en diez minutos en el gimnasio —dijo Dani con tono desafiante. Jana se encogió del miedo.

—De eso, nada —le corrigió la doctora, que volvió a poner una mano en el pectoral de Dani para frenar sus intenciones—. Te pasás por mi laboratorio para hacerte un chequeo médico y unos análisis. Luego, si querés, te pegás con él.

A Jana aquello le sonó mejor que darse de tortazos con un adicto a la calistenia y ya se imaginaba luciendo sus brazos torneados frente a la doctora. La sonrisa se le borró de la cara cuando SD se le acercó con su portátil bajo el brazo.

—Dame el reloj —le ordenó.

Jana se lo tapó con la otra mano.

—Ni de coña.

La hacker cogió aire y sus fosas nasales se abrieron.

—Jefe, la pava nueva no me quiere dar el reloj —se quejó SD.

Braulio se acercó.

—A ver, ¿qué pasa? —dijo con la entonación cargada de paciencia.

—Que Jana no me da su reloj.

—Es que era de mi padre. ¿Para qué lo quieres?

—Para hacerle mi magia —dijo SD moviendo los dedos.

Braulio se rascó la frente y suspiró.

—Dáselo. Está en buenas manos, te lo prometo. Deja que SD lo mire y a ver qué puede hacer para que nos sirva para comunicarnos contigo mientras estés en la misión.

La espía sopesó la orden unos segundos mientras daba un repaso a la informática. Ni su aspecto barriobajero ni sus formas le inspiraban confianza, pero cedió. Se desabrochó el reloj y se lo entregó a SD, que sonrió victoriosa.

Braulio y Jana se quedaron a solas en la sala.

—Son buena gente, ya lo verás. Luchamos por un objetivo común y somos muy buenos. Nos faltaba una pieza y la hemos encontrado contigo.

—Espero estar a la altura.

—Seguro, seguro —dijo con tranquilidad el hombre—. Ya te dije que con que seas la mitad de buena que tu padre...

—¿Y si no lo soy?

El temor se reflejaba en el rostro de Jana.

—Lección número uno de Juan Báñez: nunca dudes de ti misma.

Dicho esto, el jefe salió de la sala dejando a Jana sola frente a la pantalla, que le devolvía su reflejo ennegrecido, como una versión negativa de ella misma. En su mente resonaron las palabras de Braulio a las que le puso la voz de su padre y se envalentonó. Era una Báñez. Es más, era una Báñez y tenía una cita con una médica argentina muy guapa y amable. Se soltó la coleta y se atusó el pelo.

§

A través de la cristalera, Jana observaba cómo la doctora Monterrossi se afanaba en dejarlo todo listo para el reconocimiento médico. Se movía de un lado a otro del laboratorio, con seguridad y delicadeza, como si flotara sobre el suelo elevada por el vuelo de su bata. Por fin, levantó la mirada y vio a la espía. La saludó con la mano y le pidió con gestos que entrara.

—Entrá, lo tengo todo listo —le dijo cuando abrió la puerta. Martina le había cogido de la manga de su sudadera y tiró de ella para hacerla entrar. Luego le señaló una butaca sobre la que se sentó Jana, que no quitaba ojo a la doctora—. ¿Tenés miedo a las

agujas? —le preguntó. Jana se derritió con la suavidad de sus jotas.

—No, aunque tampoco soy fan.

—Bueno, te pincho ya y eso que nos quitamos de encima. ¿Retirate el buzo?

Jana no comprendió.

—La capucha, la sudadera —aclaró Martina—. Llevo años aquí y no me quedo con las palabras, perdona.

Cuando Jana se quitó la sudadera, la doctora le ató una goma en el brazo.

—Allá voy.

La espía concentró su atención en la mesa de instrumental que tenía en frente.

—¿Y cuánto tiempo llevas en España? —preguntó, mitad por distraerse del pinchazo, mitad por auténtico interés.

Al tiempo que extraía sangre, la doctora meneaba la cabeza calculando mentalmente.

—Siete años.

—¡Siete años! Eso es mucho —se sorprendió Jana.

—Toda una vida.

—¿Y qué te trajo?

Jana sonrió al ver la cara de concentración de la doctora, que movía la lengua cada vez que encajaba un tubo en la jeringa.

—El amor. Conocí a un español por Internet, me enamoré como una loca y me vine acá.

—Vaya —se le escapó a la espía.

Martina guardó los tubos y quitó la jeringuilla con delicadeza.

—Luego el pelotudo me puso la cornamenta, nos separamos y ahora quiero el divorcio, pero me está jodiendo la concha porque no me lo quiere dar —Martina retiró la goma con rabia.

—¡Auch! —se quejó Jana.

—Lo siento —se disculpó Martina frotándole el brazo—. Tú no tienes la culpa, obviamente. ¿Qué has desayunado? —preguntó volviendo a su carpeta.

—Una café con leche y una galleta con trocitos de chocolate —respondió Jana.

—Mmm, qué ricas. Me encantan esas galletas —Martina lo anotó en la ficha—. Vamos a ver esa espalda. Date la vuelta.

Jana obedeció todas las indicaciones que le iba marcando la doctora. Luego, Martina se acercó a ella, le agarró de los hombros, y se los llevó hacia atrás. Jana sentía su aliento cálido en la nuca mientras la doctora inspeccionaba su espalda pasando los dedos por las vértebras. Pasó el dorso de la mano un par de veces por la zona más baja y acabó su viaje en la cadera. La agarró y le dio un par de meneos. Jana hubiera preferido sentir el contacto de los dedos en su

piel, pero sólo notaba el plástico de los guantes que Martina llevaba puestos.

—Perfecto —dijo antes de volver a tomar nota en la carpeta—. Quitate los pantalones y tumbate en la camilla —ordenó la argentina allanando las esdrújulas.

A la espía se le estrujó el esternón, pero obedeció. De repente, ya no le parecía tan buena idea eso de lucir músculo ante una hetero. Demasiadas experiencias en su pasado le recordaban que no era buena idea.

La doctora Monterrossi le tomó una pierna y comenzó a moverla y flexionarla mientras le pedía que hiciera fuerza.

—Estás un poco tiesa —le dijo cuando su pierna no daba más de sí.

Jana permanecía en silencio sin saber qué decir. La doctora repitió el proceso con la otra pierna. Cuando acabó, le pidió que volviera a sentarse.

—Estamos por acabar. Hacemos una pequeña prueba física, ¿te parece?

Jana asintió.

—Aunque veo que estás en forma —volvió a decir la doctora mientras se fijaba en el cuerpo de la espía.

A esas alturas, en bragas, sin sangre y con cierta tensión, Jana no pudo interpretar el halago.

—Es importante para mi trabajo estar en forma.

Martina le tomó el pulso con un tensiómetro. Luego le pidió a Jana que hiciera unas flexiones. La espía bajó al suelo y comenzó a hacerlas. La doctora miraba cómo se tensaban y destensaban los músculos de sus hombros. Cuando Jana llevaba hechas treinta flexiones le preguntó a Martina si seguía.

—No, ya es suficiente —respondió la doctora. Casi se pudo oír cómo explotaba la nube en la que se había subido en los brazos de Jana.

Se acercó a la espía y le tomó la mano con dos dedos sobre la muñeca. Ya se había quitado los guantes y, ahora sí, Jana notó el contacto directo de sus yemas en la piel.

Las dos mujeres permanecieron en silencio, una para no perder la cuenta de las pulsaciones, y la otra tratando de recuperar el aliento.

—Ya hemos terminado —le dijo Martina. Jana saltó sobre su pantalón y se lo puso con rapidez—. Pero te tengo que pedir una última cosa.

—¿Qué? —preguntó Jana subiéndose la bragueta. Recordó la última vez que hizo eso delante de una chica y se sintió sucia.

La doctora fue hasta la mesa y agarró un pequeño peto.

—Ahora que vas a entrenar con Dani, ponete esto. Es para capturar tus datos físicos durante el entreno.

Algo que parecía tan sencillo, a la espía le costó un mundo. El peto no entraba tan fácil como ella creía y se le enganchaba a todo lo que pillaba: pelo, orejas, nariz... Martina contuvo la risa y se acercó a ayudarle.

—Un momento... —dijo. Se puso frente a Jana y le sacó el pelo por detrás.

Jana respiró con alivio.

—Por fin. Me estaba agobiando —exhaló. Al alzar la cabeza, se percató de que estaba justo en frente de la doctora.

—Tenés los ojos que parecen dos melocotones en almíbar —dijo Martina.

Jana se colgó de la comisura de sus labios y rio con timidez.

—Nunca me habían dicho eso.

El rostro de la doctora se sonrojó lamentándose por ser tan impetuosa en los momentos más inoportunos.

Se quedaron en silencio unos segundos.

—Bueno, será mejor que me vaya. Dani me estará esperando en el gimnasio.

—Sí. Dale duro —le animó Martina.

En efecto, Dani estaba ya listo en el gimnasio. Calentaba saltando la comba a un ritmo asombroso, cruzando los brazos y levantado la punta de los pies apenas dos centímetros del suelo. Cuando vio entrar a Jana se detuvo en seco.

—¿Has pasado la ITV? —le preguntó.

—Eso parece.

—Estupendo —Dani se dirigió a una pared, lanzó la comba a un lado y sacó un pantalón de una mochila—. Póntelo. Estarás más cómoda que con los vaqueros.

—Parece que todos os habéis propuesto verme en bragas hoy.

Jana volvió a bajarse los pantalones.

—Es guapa, ¿verdad? —afirmó Dani.

—¿Quién? —Jana se hizo la despistada. Una vez vestida con las mallas que su compañero le había dado, se miró en el espejo de enfrente—. Me hacen buen culo.

—Por supuesto. Me sé tu talla, y sé qué te sienta bien y qué no.

—Tú ligando debes dar mucho miedo.

Dani decidió aceptar aquello como un chiste y se rio. De la misma mochila sacó un par de cascos y dos pares de guantes.

—Vamos a ver de lo que estás hecha.

Se colocaron frente a frente, dando pequeños saltos y tanteándose con los puños.

—Venga, golpea —le pidió Dani. Su lengua tropezaba con el protector dental y le costaba vocalizar.

Jana lanzó un gancho que Dani esquivó.

—¿Es lo mejor que sabes hacer?

La espía lo intentó de nuevo, esta vez con una combinación de golpes de izquierda y derecha, que el chico también evitó. Dani tenía los brazos bajos, seguro de que no necesitaba una buena guardia para driblar los ataques de Jana.

Una bata blanca cruzó el pasillo exterior visible a través del cristal. Jana se quedó mirando a Martina, que la saludó moviendo los dedos de la mano. Tan absorta estaba la espía que no vio venir el puñetazo de Dani. Cuando recuperó la conciencia, estaba tumbada en el suelo con Dani y Martina mirándole con preocupación.

—¿Cuántos dedos ves? —le preguntó la doctora, pero Jana sólo era capaz de ver su boca.

—Está perfectamente —dijo Dani. Agarró a Jana del brazo y la levantó.

—¿Estás seguro?

La expresión perdida de Jana preocupaba a la doctora. Sacó una pequeña linterna del bolsillo y se la enchufó en sus pupilas.

—Igual me la llevo de vuelta al laboratorio —dijo Martina—. Puede que tenga una contusión.

—De eso nada —le frenó Dani—. Va a recibir muchas de estas. Es mejor que se vaya acostumbrando.

—Estoy bien, estoy bien —Jana se debatía entre el deseo de volver a la calidez del laboratorio con Martina o demostrarle que era una tipa dura y que llevaría con éxito la misión que se le habían encomendado.

—Está bien. Pero si te notas mareada, con náuseas o sueño, ven a verme.

Jana levantó el pulgar de su guante. Cuando Martina salió del gimnasio, Dani tomó la palabra.

—Primera lección: nada de distraerse con mujeres.

La sesión de entrenamiento continuó con más puntos ganadores para el compañero que para la espía.

—Aún no sé cómo pensáis que voy a ganar al tipo ese. Es cuatro veces yo —dijo Jana en un descanso. Estaban sentados, apoyados en unas espalderas ancladas a la pared.

—Es muy fácil. Luché contra él cuando era boxeador.

Jana se explicó entonces lo de la nariz rota y sus buenos movimiento con los guantes enfundados.

—Pensaba que lo del boxeo iba por pesos y, aunque estés fuerte, él te dobla el tamaño.

—En los combates de boxeo legales, sí. Donde nos enfrentábamos él y yo, lo del peso era lo de menos —Dani dio un trago largo a la botella de agua y se la pasó a Jana—. Bull es mucho volumen y poca técnica. Por eso está en la puerta del *after*. Intimida, ocupa espacio, te hace sombra, pero poco más. Pit sí sabe cómo pelear.

—¿También luchaste contra él?

—Estoy vivo, ¿no?

—Ajá —dijo Jana.

—Pues eso significa que no. Pit es militar. Bueno, lo era. Lo echaron. Demasiado agresivo. Demasiado... —El joven se llevó el índice a la sien e hizo un par de círculos en el aire—. Pero ahí lo tienes, dirigiendo un ejército de matones para proteger a un mafioso.

Dani se levantó de un salto y le ofreció la mano a Jana.

—Así que... Regla número dos: no te metas en una pelea que no puedes ganar.

El portentoso brazo de Dani levantó a Jana sin mucho esfuerzo. Intercambiaron golpes un buen rato hasta que Dani decidió que debía enseñarle un par de cosas a Jana. Esquivó un gancho que le tiró la espía y lanzó un golpe bajo que la pilló por sorpresa.

—Eh, pensaba que esto era un deporte de caballeros.

—De eso nada. En la calle no hay normas.

Jana se recompuso y bufó. Volvieron al tanteo, pero la joven no tardó en tomar la iniciativa y soltar puñetazos con tal rapidez que a su compañero le resultó complicado evitar. Apenas le dejó subir la guardia cuando Jana se agachó, giró sobre la punta del pie y pateó con la otra pierna las corvas de Dani, que cayó estrepitosamente al suelo. La espalda del chico golpeó contra el tatami y Jana le asaltó para que no pudiera rehacerse. Le dio la vuelta y lo inmovilizó boca abajo.

—Bien hecho, Jana —dijo Dani con la mandíbula pegada al suelo—. Mañana seguimos con el cuerpo a cuerpo.

Dani se quitó el polvo del tatami e invitó a Jana a comer.

—Hay un bar calle abajo. Hacen bocadillos, y las patatas fritas están decentes.

Jana aceptó. Se pasaron por las duchas y almorzaron juntos.

—Las chicas no suelen venir aquí. SD se trae su propia comida, que en realidad es un cubo de alitas, y la doctora come en su casa —el chico engullía un bocadillo de pechugas con huevos duros—. A mí es que los sándwiches de las máquinas me dejan con hambre.

Dani no mentía, las patatas estaban más que decentes. Jana pensó que lo más probable era que llevasen glutamato monosódico.

§

El techo daba vueltas sobre su cabeza. Jana yacía sobre el tatami. Había recibido más hostias aquellos días que en toda su vida. También es cierto que jamás había dormido mejor por las noches. Dani la había dejado baldada en una nueva sesión de pelea y ahora sus músculos palpitaban debajo de la piel. Parecía una tortuga patas arriba, incapaz de dar vuelta a su caparazón. Con los brazos en cruz y las piernas abiertas trataba de recuperar el aliento al tiempo que repasaba mentalmente la pelea. En un punto, había perdido la conciencia de su propio cuerpo y, lo que es peor, el de su compañero, entonces adversario, momento que aprovechó Dani para meterle una buena tunda y dejarla KO en el suelo.

—Te veo luego —se despidió el chico con la toalla en el cuello.

Sólo el hecho de mover el meñique a la espía ya le suponía un gran esfuerzo.

—Toc, toc, ¿se puede?

Jana intentó mover el cuello para ver a Braulio. El jefe se acercó y la miró desde arriba.

—¿Un día duro en la oficina?

En el ángulo de visión de la espía también apareció Martina.

—¿Qué tal estás? —preguntó la doctora.

La cabeza de Martina tapaba un fluorescente y le hacía una halo alrededor, brillante por los reflejos de la luz en su pelo. La doctora alargó el brazo y la ayudó a levantarse. El tacto de su piel la reconfortó.

—Hemos venido porque te hemos asignado una nueva clase —dijo Braulio.

—¿Una clase? —preguntó Jana. En ese momento se dio cuenta de que Martina iba vestida con mallas y camiseta de tirantes. Se le hizo raro ver a la doctora sin su bata.

—Yoga —respondió la argentina haciendo de la i griega una ese.

—¿Yoga?

—Yoga —repitió Braulio.

—Yoga —se convenció Jana—. ¿Para qué?

—El yoga viene muy bien para generar un estado mental de concentración y de conciencia de tu cuerpo —recitó Braulio que miró a Martina esperando confirmar que lo había dicho bien.

—Ya, y eso en la misión, ¿para qué me va a servir?

—Te va a servir para la misión y para la vida —respondió Martina—. Vos sos una chica de acción, muy bruta, muy instintiva y casi animal —la doctora hablaba con pasión, agarrotando sus dedos con intensidad para remarcar cada palabra—. Salvaje, primaria...

—Bueno, ya vale —la cortó Braulio—. Lo que Martina quiere decir es que el yoga te va a ayudar a complementar tu forma física

y mental.

—Vale —aceptó Jana que ya estaba deseando empezar a ver en movimiento la figura de Martina.

La doctora se inclinó hacia ella y la olfateó.

—Andá a darte una ducha antes.

Jana se olisqueó la axila y aceptó el consejo. Cuando volvió al gimnasio, limpia y fresca, y con un atuendo similar al de Martina, se encontró a la doctora haciendo estiramientos sobre una esterilla. Estaba de rodillas, con una pierna estirada, una mano a la espalda y el brazo opuesto bien tirante. Su cuerpo formaba una media luna perfecta.

—Yo no tengo esa flexibilidad ni de coña —le advirtió la espía.

Martina continuó con la rutina, invirtiendo la postura como un espejo para trabajar la simetría de su cuerpo. Jana esperó a que acabara.

—¿Ya? —preguntó.

—Ya —la doctora recuperó la verticalidad y se colocó frente a Jana—. Empecemos preparando el cuerpo para la sesión.

Jana siguió las instrucciones que le daba la doctora: se tumbó larga sobre la esterilla y cerró los ojos. La voz de Martina la guiaba para que tomara conciencia de su respiración, pero por más que lo intentaba no era capaz de dejar la mente en blanco. Por su mente pasaron todos los pensamientos de un día comprimidos en un sólo instante: la lista de la compra, el madrugón del día siguiente, la factura de la luz, la comida que se pediría después, la cara de Grosinho, la de su madre, la de Sofi en el momento del orgasmo, la de Martina tumbaba sobre ella y besándole el cuello. Sin tenerlo encima, sintió el peso de su cuerpo, y la sensación de rodear el cuerpo de la doctora con sus brazos le transmitió esa conexión con el universo que Martina le pedía que apreciara.

—¿Por qué sonríes, Jana? —Martina la sacó de su mundo.

—Es el universo el que me sonríe —dijo Jana con media sonrisa.

Abrió los ojos despacio y vio a Martina frente a ella, de pie.

—Mirá lo que hago —dijo la doctora.

Cerró los ojos y formó un triángulo perfecto con su cuerpo: piernas abiertas, una mano al pie y la otra vertical, formando una perpendicular perfecta con el suelo. Jana dio la vuelta y la observó por detrás.

—Dejá de mirarme el culo —pidió Martina.

Jana dio un respingo.

—¿Cómo sabías que estaba detrás?

Martina volvió a su posición, abrió los ojos y miró a Jana con una sonrisa llena de calma.

—Te toca.

El triángulo que formó Jana con su cuerpo era irregular e inestable. Apenas llegaba a tocarse el tobillo con una mano y la opuesta no alcanzaba la vertical, sino que se quedaba en una diagonal renqueante. Le dolían todos los músculos de su cuerpo.

Martina se le acercó por detrás y la agarró la cadera para corregirle la postura. Jana se asustó, lo que hizo que perdiera el equilibrio y cayera de bruces llevándose consigo a Martina. Las dos mujeres rieron en el suelo.

—¡Qué susto me has dado!

La doctora rodó en el suelo para estar frente a Jana y comenzó a hablarle. Tenía la cara lavada y el pelo recogido. Jana se recreó en los pliegues del rabillo del ojo, bajó por la nariz y se detuvo en los labios que pronunciaban a cámara lenta palabras como «conciencia», «universo» o «espíritu».

—¿Entendés?

—Sí, sí —respondió Jana, bajando a la tierra.

§

Entre el gimnasio y el taller había una sala de tiro donde Dani llevó a Jana para comprobar su destreza con las armas de fuego.

Dentro de la sala, se situaron en sendos cubículos y se colocaron unos protectores en los oídos.

—Demuéstrame lo que sabes —dijo Dani.

Al fondo de la sala había dos carteles con una silueta y una diana. Jana llenó un cargador y lo acopló al arma. Estiró bien los brazos, manteniendo la tensión, apuntó y no dejó de disparar hasta que vació el cargador. Dani apretó un botón y la silueta se acercó a ellos. Todos los agujeros habían ido fuera de la diana.

—Bueno, si lo que pretendes es dejar sordo al objetivo, lo has conseguido.

—Ahí le he dado un poco en el hombro, ¿no?

Los dos se acercaron al cartel y comprobaron que, efectivamente, uno de los agujeros rozaba ligeramente el hombro de la silueta.

—Menos mal que esta misión no requiere armas —dijo Dani.

Jana subió al despacho de Braulio antes de volver a casa. Subió las escaleras despacio, sujeta al pasamanos por si las piernas le flaqueaban. Se le hizo raro ver la noche a través de la ventana. Durante aquel día había vivido varias vidas.

Braulio estaba sentado en su mesa mirando a la nada.

—¿No tienes familia que te espere en casa? —le preguntó Jana nada más entrar.

—No —respondió Braulio de manera cortante. Le señaló una silla frente a él y la espía tomó asiento. Jana echó un vistazo a la mesa y no vio ni una foto ni nada que indicara que su jefe tuviera algún vínculo familiar o sentimental con nadie—. ¿Qué tal ha ido?

Jana resopló.

—En pelea bien, en tiro mal.

Braulio hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—En este caso, no te hará falta. Es sólo una misión para extraer información. Escucha, vamos contrarreloj. Las jornadas van a ser muy intensas. Antes de la infiltración, desconectarás por completo de nosotros. Te daré unos día libres para que visites a tu madre y repongas pilas en el pueblo.

El trasero de la espía se incomodó en la silla. No estaba segura de si quería volver al pueblo y así se lo hizo saber a su jefe.

—La decisión es tuya, pero yo te lo recomiendo encarecidamente. Es una misión sencilla, pero nunca sabes cuándo se puede complicar algo. Y cuándo va a ser la última vez que veas a tu madre —Su voz se disipó como la ceniza.

—¿Hablas por mí o por ti? —preguntó Jana.

—Hablo por todos nosotros. He conocido a muchos agentes que hubieran matado por un minuto más con sus seres queridos.

—No me estás tranquilizando en absoluto.

—Mejor. No puedes relajarte ni un momento.

Braulio se reclinó en su silla.

—¿Qué tal tu abuelo?

—Muerto por dentro —respondió la espía.

El jefe chascó la lengua con fastidio.

—Mierda de Alzheimer. Ojalá hubiera guardado su experiencia en algún sitio.

—Créeme. He buscado por todos los lados y no he encontrado nada. Lo más cercano que tiene a un disco duro externo de información soy yo.

—No te ofendas, pero hace falta algo más que el relato de algunas batallitas y aquellos juegos infantiles de espías para convertirte en el espía que era él. O tu padre.

Jana estiró los brazos y enlazó los dedos por detrás de la nuca en un intento de aliviar así el peso que Braulio ponía sobre sus hombros.

—Lo conseguiré, ¿vale? Seré tan buena como ellos.

—Por supuesto que lo conseguirás. De eso me encargaré yo. Ahora, coge el tiburón y vuelve a casa a descansar.

De camino al taller, se paseó por la segunda planta. SD seguía

trabajando en su cubículo. Era oscuro, sólo estaban iluminadas las zonas donde enfocaba la luz de un gran flexo o de su portátil. Tenía un cubo de alitas sobre la mesa, junto a su reloj... desmontado pieza a pieza.

—Eh, eh, eh —Jana entró sin llamar—. ¿Qué le has hecho a mi reloj?

Miraba las piezas con espanto. Cogió la chapa grabada y se le encharcaron los ojos.

—Cálmate, flaquita, mañana lo tienes brillando en tu muñeca otra vez.

Jana dio un puñetazo a la mesa y las piezas temblaron sobre el metal.

—Más te vale —dijo, y salió enfurecida de la cueva de SD.

El mecánico vio aparecer a Jana con paso apretado y cara de pocos amigos. Le lanzó las llaves y la joven las cogió al vuelo. Se metió en el tiburón y la puerta del garaje comenzó a elevarse. Introdujo la llave en el contacto, hundió el embrague y arrancó. Llevaban días trabajando en él y se notaba. El motor sonaba potente y limpio. Pisó el acelerador para revolucionarlo. La sonrisa de Jana crecía conforme subían las revoluciones. Metió primera y soltó embrague. El coche salió disparado hacia la calle con la misma exuberancia con la que lo hacía en el 75.

Llegó a casa con la noche ya cerrada. Se puso el pijama de ositos y se hizo un cacao caliente. Estaba físicamente derrotada, pero su cabeza quería jarana. Demasiadas cosas que encajar. El ronroneo de su coche se mezclaba con el olor y el tacto de Martina, y el dolor en todos los músculos con la imagen del reloj de su padre desmontado sobre la mesa de SD.

Su futuro era una incierta certeza. Se iba a colar en una banda que controlaba los *after* de la ciudad. Parecía sencilla, pero siendo como eran el escenario del intercambio de prostitutas, armas y drogas siempre se podía complicar. Jana sólo se había infiltrado una vez en la cocina de un restaurante de lujo como friegaplatos donde lo más peligroso que le podía pasar era que se le metiera jabón en los ojos. Lo de Grosinho era otra liga. Llevaba tiempo esperándolo, era su momento, pero tenía el listón muy alto.

—Paso a paso, Jana. No te agobies.

Se dejó caer en el sofá y puso la tele para acallar sus pensamientos. La imagen del alcalde estaba enmarcada entre información meteorológica, citas de la oposición y noticias de última hora pasando a gran velocidad (un centenar de muertos en un atentado en Kabul, una patera a la deriva en mitad del mar, el último fichaje estratosférico revolucionando el mundo del fútbol, un

hombre arrestado tras acuchillar a su ex mujer). El alcalde se quejaba de la pérdida de identidad de ciertos barrios y aseguraba estar trabajando para conseguir cerrar esos locales que afectaban a la calidad de vida de sus conciudadanos.

§

Cada día que pasaba con la gente de Braulio, Jana iba ganando confianza. Ya no estaba sola, tenía un respaldo, alguien que iría a por ella si se metía en un lío o si se complicaba la cosa. Su padre lo hizo por Braulio, y Braulio lo haría por ella, porque ahora formaba parte de un equipo.

Metió el coche en el garaje y fue directa al despacho de Braulio.

—Tengo que hacerte una pregunta —le asaltó. Braulio revisaba unos informes frente al gran ventanal.

—Buenos días, Jana —Lanzó la carpeta sobre la mesa y cruzó las manos en las espalda—. Tú dirás.

Jana se rascó la barbilla.

—¿Cómo fue la primera misión de mi padre?

El cuerpo del hombre se inclinó hacia atrás y soltó una fuerte carcajada que se le atravesó en la garganta. Tosió un par de veces y se recompuso.

—Fue un desastre.

Jana ladeó la cabeza con decepción.

—¿En serio?

—Totalmente. Me acuerdo como si fuera ayer. Con decirte que se confundió de objetivo y estuvo un mes siguiendo a la persona equivocada te lo digo todo.

—¿Qué? —preguntó la espía con incredulidad.

—Jana, lo harás mejor que tu padre, eso te lo aseguro —dijo entre risas, pero la expresión de desilusión seguía en el rostro de la joven.

Braulio comprendió lo que buscaba. Se acercó a ella y le puso una mano en su hombro.

—Nos jugamos mucho con esta misión. No te hubiera reclutado si no estuviera seguro de que lo harías bien.

—Dices eso, pero luego dices que no hay nadie como mi padre y mi abuelo. Que con ellos rompieron el molde.

La cara de ternura con la que la miraba le recordó a su padre, lo que desconcertó todavía más a Jana.

—Te veo a ti y veo a Juan. ¿Acaso no crees que él no tuvo las mismas dudas que tú? Su padre había sido uno de los mejores. Y, para colmo, la caga en su primera misión. Yo traté de animarle a seguir, pero se volvió a casa, con su mujer. Quería mucho a tu madre, pero no era feliz del todo. No podía negar lo que era. Lo

llevaba en la sangre, ¿entiendes?

Claro que lo entendía. La que no lo entendía era su madre.

—Volvió, trabajó duro y concluyó con éxito decenas de misiones. No te apures, Jana. Nadie nace sabido, por mucho que lleve los genes en la sangre.

Jana pareció conforme. Braulio recordó algo y examinó un folio que había sobre la mesa.

—Hoy tienes entrenamiento con Dani.

—¿Todo el día?

—Todo el día —respondió Braulio alargando la primera o.

—¿No puedo tener algo de yoga hoy? —preguntó Jana sin disimular sus ganas.

Braulio suspiró resignado.

—Se lo preguntaré a la doctora Monterrossi —respondió—. A mediodía, pásate por la cueva de SD. Tiene tu reloj listo.

Jana no disimuló su fastidio ante la idea de visitar a la hacker.

—¿Algo más?

—Nada más —dijo el jefe, luego levantó los puños y simuló enfrentarse a Jana. La joven se rio de él y se dio media vuelta para salir del despacho—. No te creas que estoy tan oxidado. Podría darte una paliza —gritó.

Cuando Jana desapareció por el montacargas, Braulio se volvió contra la mesa y lanzó puñetazos contra un púgil invisible hasta que le dio un tirón en la espalda y decidió sentarse en el Chester de la biblioteca.

La lucha cuerpo a cuerpo no se le daba mal del todo a Jana, y tumbó a Dani más veces de las que el joven hubiera querido. La espía aplicaba rápidamente las llaves y movimientos que su maestro le enseñaba. Ambos en tirantes, sudorosos, esta vez sin casco ni guantes, se lanzaban patadas, puñetazos, se agarraban de zonas imposibles, usaban la fuerza del otro para volverla en su contra. Jana disfrutaba y hasta encontraba cierta satisfacción en el roce de su cuerpo contra el de su compañero. Pero quien más disfrutaba de aquel espectáculo eran los trabajadores del centro. Se aglutinaban tras las paredes de cristal, hacían apuestas y se compadecían de ellos cuando recibían un golpe.

Martina escuchó comentarlo en la cocina y se decidió a bajar. Al igual que Jana, encontró cierta satisfacción en el cuerpo a cuerpo, pero, al mismo tiempo, la incomodaba. Decidió subir al cubículo de SD a charlar un rato con ella y despejar la mente.

—Se te ve acalorada. ¿Tienes fiebre? —SD la besó en la frente.

—No, estoy bien —respondió Martina—. Va, contame algo. Necesito desconectar.

SD dejó sus pequeñas herramientas sobre la mesa y apagó la luz del flexo. Se impulsó con las piernas para hacer rodar su silla y alcanzar el interruptor de la habitación. La luz se hizo.

—Pues mira, te puedo contar que ayer vi a una amiga del instituto. Bueno, no era una amiga. Era una zorra. Me hacía *bullying* de ese, aunque entonces no lo llamaban así. Como yo era gorda y ella era la guapa... Venía del sitio este donde me compro las alitas, con mi pantalón de pijama y mis pelos de loca.

—¿Más pelos de loca? —preguntó burlona Martina.

SD le golpeó en la rodilla. De fondo escucharon los vítores que indicaban el final de la pelea entre Dani y Jana.

—Me la encuentro. Ella tan estupenda como siempre. Yo esperando que no me reconociera, que pasara de mí, que me ignorara, pero no, no podía ignorarme, porque si me ignoraba no podría fardar de su estupenda vida, con su estupendo marido y sus estupendos hijos. Me tuve que tragar toda su vida y cuando me preguntó por la mía le dije que trabajaba como informática y ya —SD hacía malabares con un pequeño destornillador entre sus dedos rechonchos, pero ágiles—. Ella me miró con cara de pena y yo rabiando por dentro porque no podía decirle que era hacker en un servicio secreto y que le salvaba la vida todos los putos días.

—Bueno, salvar, salvar... —Jana estaba bajo el umbral de la puerta, todavía sudorosa, con una toalla en el cuello.

Martina se incomodó en la silla y evitó mirarla.

—¿Perdona? —preguntó SD.

Jana entró sin esperar invitación.

—Quiero decir que estás en este cubículo. Haces tus cositas, sí, pero tampoco es que te juegues la vida.

A SD le dieron ganas de clavarle el destornillador en un ojo, pero se lo pensó dos veces al ver los brazos de la espía, todavía en tensión. Jana miró el reloj de pulsera que descansaba sobre su mesa, ya montado.

—¿Ya está listo? —la espía se inclinó sobre la mesa para hacerse con él.

—Sí —respondió SD con desgana.

Jana se lo colocó.

—¿Cómo vas de Morse? —preguntó la informática. La doctora seguía la conversación en silencio.

—No tengo ni idea, la verdad.

—Pues más vale que aprendas, porque he instalado un sistema de comunicación basado en código Morse.

Jana miró el reloj y luego miró a SD. Volvió a mirar el reloj.

—¿Aquí?

—SD es muy buena, ¿verdad? —intervino Martina por fin.

La hacker abrió su portátil y las dos pantallas que tenía colgadas en la pared se iluminaron.

—Los puntos son un sonido corto y las rayas son más largas. Debes golpear el cristal de la esfera. Prueba —dijo la informática.

Jana golpeó tres veces el reloj sin mucha convicción. Ante las pantallas aparecieron tres puntos que enseguida se transformaron en una S. La espía volvió a golpear el reloj y la pantalla lo tradujo como una E.

—Prueba a hacer un golpe más prolongado.

Conforme Jana intercalaba sin sentido líneas y puntos aparecían las letras hasta que el sistema se volvió loco.

—No funciona —dijo Jana.

—Sí funciona... cuando sabes Morse. Ahora te toca aprender.

Jana se quedó mirando el reloj. Le estaba entrando frío y decidió que era momento de una ducha.

—Buen trabajo, SD —la felicitó.

La informática no dijo nada hasta que Martina le hizo señales con la cabeza para que fuera un poco amable.

—Gracias —dijo a regañadientes.

Jana ya se iba a ir cuando Martina la llamó.

—Jana, ahora tenemos yoga. ¿Te va bien?

La espía giró sobre sus talones y sonrió con su labio torcido. Acababa de tumbar a Dani y ahora iba a estar a solas con Martina. La vida no le podía ir mejor.

—Me va estupendo, doctora.

§

La voz susurrante de Martina daba indicaciones a Jana acerca de lo que tenía que ir haciendo. La espía tenía los ojos cerrados y la conciencia por fin limpia. Tras la conversación con Braulio y la pelea con Dani, que la había dejado agotada, no le resultó complicado relajarse y notar el contacto del cuerpo con el suelo, como le pedía la doctora Monterrossi.

—Concentrate en el espacio entre los ojos y dejá la mente en blanco.

Los pensamientos de la espía fueron fundiéndose con las palabras de Martina hasta dejar de pensar en otra cosa que no fuera todo lo que saliera de sus labios. Se concentró en la respiración de la argentina y acabó acompasando la suya al mismo ritmo. Estuvieron cerca de cinco minutos en silencio, simplemente respirando. Cuando Jana volvió a tomar conciencia de su cuerpo, se dio cuenta de que estaba de pie.

—Oh, vaya —dijo con esfuerzo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Martina.

—Nada, que pensaba que era más alta.

La doctora se puso frente a ella y le obligó a abrir los ojos. Jana descubrió que Martina parecía enfadada.

—¿Qué? —preguntó Jana.

—¿Qué es eso de que creías que eras más alta?

—Pues eso, que me he dado cuenta de que soy algo más baja de lo que pensaba.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Martina se mostraba cada vez más enojada.

Jana se llevó un mechón tras la oreja y luego puso los brazos en jarra.

—Por la toma de conciencia de mi cuerpo. ¿No va de esto el yoga?

La doctora se paseó por el gimnasio con una mano en la frente, incrédula ante lo que había oído. Luego, volvió donde Jana.

—A ver, explicame qué te ha pasado.

—Pues que me he visto desde fuera. Aunque no se si *ver* es el verbo adecuado, porque no es como si hubiera tenido una experiencia extra corpórea. Ha sido más bien desde dentro. No sé cómo explicarlo. Pero imagino que ya sabes a lo que me refiero. Tú habrás tenido muchas de estas.

—Un par de veces tras más de diez años haciendo yoga. ¿Me estás diciendo que tú en tu segunda sesión ya lo conseguiste?

Jana se encogió de hombros.

—Sólo han sido un par de segundos —se disculpó.

—No, no, está bien —dijo Martina. Miró a Jana de nuevo y el enfado se fue disipando. La expresión infantil de la espía acabó por ablandarla—. Al final Braulio tenía razón cuando nos habló de ti: sos una mina re especial.

Martina fue al rincón del gimnasio donde estaban sus cosas y se puso una chaqueta. Jana la imitó.

—¿Eso dijo el jefe?

—Sí, pero que no se entere que te lo dije —le pidió la doctora—. Vení, sentate a mi lado.

Hacían falta bastantes más de siete años para que a Martina se le fuera su acento.

Se sentaron sobre el tatami.

—No me viene mal oírlo de vez en cuando. El otro día mi madre me dijo algo que me dejó un poco tocada —confesó Jana. Como Martina la escuchaba atenta, siguió—. Dijo que si no hacía sólo lo que me había metido en la cabeza mi abuelo.

—¿Qué quiso decir?

—En su momento no le presté atención, la verdad. Apenas me afectó, pero estos días... Mira, desde que entré aquí siento que

persigo a un fantasma.

—¿Hablás de tu papá?

—Sí. Al fin y al cabo estoy aquí por él. Braulio me lo ha dejado claro. Para él soy como un calco de mi padre.

Martina estiró las piernas y apoyó las palmas en el suelo. Jana se fijó en su el vello erizado de sus patillas, que bajaba por la mandíbula creando una fina capa de terciopelo oscuro.

—¿Y tenés miedo de no estar a la altura? —preguntó.

—Al principio, ese era mi temor, pero ahora ha mutado. Ahora no sé si lo que Braulio buscaba en mí era a una espía o a una versión viva de Juan Báñez. ¿Por qué yo y no otra persona? Seguro que hay espías a patadas en los archivos de la biblioteca.

—Entiendo —dijo Martina. Se movió y la chaqueta se le abrió por la parte del pecho dejando visible el top—. Pero vos sos vos, y tu papá es tu papá. Braulio es un hombre inteligente y sabe separar eso.

Jana se fijó en el top de la argentina y siguió la línea de la tela hasta donde le permitió la chaqueta.

—Ahí vuelvo a lo que me dijo mi madre, que duda si no soy genuinamente yo o si mi personalidad es una burda imitación o se ha visto tapada por las aspiraciones a espía que mi abuelo me inculcó.

La doctora resopló.

—Eso requerirá muchas clases de yoga —respondió—. O puedo darte el teléfono de mi psicoanalista.

Jana rio con desgana. Se miraron durante un momento sin decir nada. El edificio estaba extrañamente tranquilo.

—¿A ti te cambió ser madre?

—Por supuesto —respondió Martina sin dudarlo—. Te cambia tu concepción de la vida, y la personalidad también.

—Entonces, si no hubieras tenido una hija serías diferente.

—Probablemente. ¿Responde eso a tu duda? ¿A lo de si eres genuinamente tú?

El labio torcido de Jana se acentuó.

—Tendré que reflexionar sobre eso —Levantó un dedo—. Otra cosa que me pregunto es si mi orientación sexual no viene dada también por mi afán por ser espía. Al fin y al cabo me enseñaron a ser un espía, con su admiración por los coches, la acción y las mujeres.

Jana jugueteaba con los cordones de sus zapatillas y no advirtió el rubor en las mejillas de Martina.

—Bueno, yo veo cómo me mira Dani y cómo me miras tú, y es completamente diferente.

Jana levantó la cabeza.

—¿Perdón?

—Bueno, corregime si me equivoco, eh, pero creo que te gusto. A Dani también. Lo sé porque los dos sois muy transparentes y se os nota. Pero vos no me mirás como lo haría un hombre. De hecho, nunca nadie me había mirado como lo haces vos.

—Yo... —Jana se sabía pillada y no sabía cómo reaccionar—. Lo siento.

—No, no te disculpes. Me siento halagada. A Dani sí le tuve que parar los pies porque llegó a resultar incómodo. Bueno, ya sabés, Dani no se anda con sutilezas.

Jana volvió a enredarse con los cordones de sus zapatillas, momento que aprovechó Martina para ponerse en pie.

—Con vos es diferente —dijo antes de coger su esterilla y salir del gimnasio.

Al abrir la puerta, una corriente de aire entró y a Jana le pareció levitar durante unos segundos.

§

Aprender código Morse no era lo que Jana entendía por una noche loca, pero decidió ponerse las pilas. Se descargó manuales de Internet y no tardó en aprender el alfabeto. Le costó algo más encontrar la sensibilidad para teclear con fluidez e interpretar los espacios que separaban cada letra. Por último, se descargó algunos audios para escuchar y traducir mentalmente mensajes encriptados con este código.

Braulio le había dado permiso para irse a casa y empaparse de puntos y líneas. Tras pasar toda la tarde y parte de la noche estudiando, sentía que la cabeza le iba a estallar. Se le ocurrió salir a dar una vuelta e inspeccionar uno de los escenarios en los que se movía Grosinho.

Uno de los *after* del capo quedaba a unos quince minutos andando de su casa. Se vistió con la ropa más moderna que tenía en su armario para pasar por una joven en busca de marcha y se maquilló siguiendo un videotutorial en Internet. Se detuvo en el espejo del recibidor antes de salir de casa. No parecía ella. O mejor dicho, parecía ella si hubiera tenido otra vida.

El suelo estaba mojado tras el paso del camión de la limpieza, que barría la basura de la ciudad. El tráfico descendía drásticamente de madrugada y el aire era fresco y limpio.

Había fila para entrar en el local. Jana se colocó al final mientras miraba de soslayo a los puertas. Ninguno era Bull, aunque sí le pareció ver a Pit rondando por ahí.

—Hola, guapa, ¿estás sola? —le preguntó uno de los chicos que tenía delante. No paraba de mirarle el escote.

Jana pensó que entrar con algún grupo sería menos sospechoso que hacerlo sola.

—Un poco —dijo, y sonrió de manera coqueta.

El chico abrió los brazos y adelantó un poco la cadera. Le faltaban las banderillas para parecer un torero esperando la embestida de un miura.

—Pues ya no estás sola. Te acoplas con nosotros —La agarró de la cintura y la metió en medio del grupo. Los chicos la miraron con hambre, pero Jana no se achantó.

—Tengo para elegir. ¡Qué bien!

Le rieron la gracia mientras salivaban.

Cuando llegaron a la puerta, Pit les miró a través de sus gafas de sol. Ojos desencajados, mandíbulas temblorosas, sudor en la frente. La espía se camuflaba entre ellos. Les dejó pasar. A su paso Jana olfateó el cuerpo de Pit. Se había duchado, pero su ropa no se lavaba desde hacía días y olía a sudor.

Al cruzar la puerta, quedó atrapada en un universo alternativo que jamás había conocido. El ruido era ensordecedor. Se suponía que oía música, pero era incapaz de localizar una sola nota en aquel estruendo. Las luces desfiguraban todavía más los rostros de los clientes del *after*.

Se disculpó para ir al baño.

—Pero vuelve, eh —le pidió el chaval.

El baño estaba lleno de chicas desgastadas por el paso de la noche y las drogas. La luz era blanca, pero débil, y teñía todo de un filtro ajado, como esas fotos del viaje de novios de sus padres a las Islas Canarias que hicieron con una cámara Zenit que su padre, ahora ya lo sabía, había conseguido en una misión secreta en la antigua URSS.

Un par chicas se hacían una raya en el lavabo. Las conversaciones se mezclaban. Unas hablaban de lo bueno que estaba su profesor de Estadística Avanzada y otras de lo que les escocía el coño tras una noche de trabajo que no había hecho más que empezar.

Salió del baño con una sensación amarga bajo la campanilla y fue directa a la barra. Los dos camareras que había iban de un lado a otro, agobiadas por la sensación de no dar abasto y los malos modos de los clientes.

Echó un vistazo alrededor buscando a Grosinho. Lo encontró sentado en una butaca, con una morena sentada en sus rodillas, protegidos por una barrera de metracrilato colocada entre dos columnas de decoración floral. Grosinho tenía la mirada nerviosa, sin fijarla en ningún sitio. Miraba a sus hombres, a la pista de baile, al intercambio de droga que se estaba dando en un rincón. La

mirada de la morena, sin embargo, parecía buscar algo que la evadiera de ahí, y dio con Jana. Cuando la espía noto el pinchazo de aquellas cabezas de alfiler que eran los ojos de la chica de Grosinho, dudó qué hacer. Quiso retirarle la mirada, pero esos ojos maquillados de negro y verde se habían clavado bien y ahora le picaban los párpados.

—Aquí estás —la asaltó su nuevo amigo por detrás. Jana sintió su miembro en el culo y una arcada le subió por la garganta—. Pasa de la barra. Mis amigos y yo hemos traído alcohol.

El chico la cogió de la mano y tiró de ella. El cuerpo de Jana se escurría entre las masas sudorosas que convulsionaban en la pista de baile. Llegaron al grupo de amigos y le ofrecieron una petaca. Jana la rechazó.

—No me encuentro bien —dijo—. Creo que el calor me está afectando. Voy a salir a tomar el aire.

Y antes de que nadie pudiera detenerla, se escabulló de allí.

Se sintió en el cielo cuando le dio el aire fresco, y comenzó a caminar de vuelta a su casa. Ya había doblado la esquina cuando una mano la enganchó del brazo y la puso contra la pared bajo unos soportales. La oscuridad era la aliada de su atacante, pero Jana sabía perfectamente quién era. Su aliento olía a whisky y metal.

—¿Dónde crees que vas, pequeña? —le preguntó el chico del *after*.

La espía entornó los ojos con impaciencia. Le agarró del brazo, lo torció y volteó su cuerpo hasta dejarlo con la cara pegada a la pared.

—Vale, tía, era una broma —dijo el joven apurado.

—Pues aquí el único que se está partiendo el pecho eres tú —dijo Jana empujándolo de nuevo contra la pared—. Tengo que asegurarme de que no me sigues así que voy a dejarte inconsciente —le susurró al oído. El chico pedía clemencia—. Tranquilo, no te dolerá.

El brazo de Jana rodeó cuello del chico, que se percató entonces de su musculatura. Tiró de él hacia atrás para evitar que tomara impulso y la lanzar contra el suelo. El chico pataleó unos instantes hasta que el oxígeno dejó de llegarle al cerebro. Jana lo dejó despacio en el suelo y volvió a casa mareada de tanto mirar hacia atrás.

§

Entre las cosas raras que Dani había hecho a lo largo de su vida, quedar con SD en un desguace era una de las más extrañas. No por lo que hacían allí, sino porque había sido SD quien le había pedido

ayuda, y eso, pensaba Dani, era muy raro.

Su compañera le había mandado un mensaje con una hora y unas coordenadas. Se acercó hasta allí con el coche y SD ya le estaba esperando.

—Llegas tarde —le dijo cuando se subió al coche.

Dani miró el reloj.

—Cinco minutos.

—¿Sabes lo que son para mis rodillas cinco minutos de pie a pleno sol?

—¿Pero qué pleno sol si son las 6 de la mañana? —protestó.

Arrancó el coche enfadado, aunque no sabía dónde debía dirigirse. La hacker le fue guiando hasta que llegaron a la entrada de un desguace. Miraron el cartel por la luna delantera del coche.

—¿Qué hacemos aquí?

—Necesitamos material para una antena —respondió SD—. Básicamente, varas de metal largas.

Bajaron del coche y se colocaron frente a la valla de entrada al desguace.

—¿A qué hora has quedado para que te abran? —dijo Dani mientras estiraba los riñones.

—A ninguna. Por eso te he llamado.

Se volvió hacia SD con una ceja alzada.

—Este tío es una capullo —comenzó a explicarse SD—, y no quiero comprarle nada más. Pero sé que tiene lo que necesito ahí adentro. Y ahí es donde necesito.

—Ahí —dijo Dani señalando la verja.

—Es para la misión, eh. No pienses que son frikadas de las mías.

Dani torció la boca.

—¿Quieres que salte, arrample con todo lo que vea que te pueda servir y lo traiga aquí?

—Exacto —djio SD.

Una volada de aire levantó la media melena de SD y dejó a la vista su tatuaje. Dani se acercó a ella. Le sacaba una cabeza, pero SD no estaba intimidada. Le miró el tatuaje con curiosidad.

—Si lo hago, ¿me contarás qué significa ese tatuaje y por qué te lo hiciste? —Su voz sonaba dulce.

SD se rascó la frente.

—Si lo haces, cobras a final de mes. ¿Quieres que llame a Braulio para decirle que estás poniendo condiciones a una tarea de la misión?

Dani dio un paso atrás y levantó las palmas.

—Está bien, SD. Sólo quería conocerte un poquito más —Se giró hacia la verja y señaló un par de puntos en lo alto—. Hay cámaras de videovigilancia ahí y ahí. ¿Haces tus chanchullos informáticos

para desactivarlas?

SD había pasado por alto ese detalle, pero no quería reconocerlo frente a Dani. Cogió un par de pedruscos del suelo y los lanzó contra las dos cámaras.

—Hala, ya están hackeadas.

Jana no se explicaba que una máquina tan pequeña pudiera hacer un ruido tan espantoso para sacar un café sólo. El zumbido grave y sostenido se metía en su cabeza que, caprichos de la atención selectiva, lo interpretaba en código Morse.

—Alguien tuvo una mala noche —dijo Martina a su espalda.

Jana se giró y trató de sonreír.

—Estuve hasta tarde con lo del código Morse.

Martina la miró con desconfianza. Por mucho desmaquillante que usara, todavía tenía restos de sombra en los ojos.

—¿Y qué tal te va?

Jana esperó a que cayera la última gota de su café para retirar la taza. Sin echarle leche ni azúcar, se la llevó a los labios y sopló ligeramente.

—Luego tengo que pasar por la cueva de SD para ver si nos entendemos mejor con el Morse que de palabra.

La doctora soltó una suave carcajada mientras se preparaba su café y rumiaba la mentira de Jana. Había salido de marcha la noche anterior. Quizá habría conocido a alguna chica. O dos. O a tres. ¡A saber!

—¿Y tú qué tal? —le preguntó Jana.

—Re bien —respondió con una sonrisa forzada.

Dio un pequeño sorbo a su café y se despidió de ella.

En el plan de Jana para aquel día estaba pulir el tema de las comunicaciones con SD y pelear con Dani, y no sabía cuál de las dos le apetecía menos. Subió a la biblioteca a tomarse el café y allí se encontró con Braulio.

—Perdón, no sabía dónde ir —se disculpó por la intromisión—. Necesitaba un momento para estar tranquila.

Braulio cerró la carpeta que estaba leyendo y le restó importancia. Jana se sentó en una butaca y descansó su tobillo sobre la rodilla opuesta.

—Mira esto —El jefe le acercó un papel.

La espía lo leyó por encima.

—Grosinho ha abierto un nuevo local.

—Así funciona. Le cerraron el Bengala y no ha tardado en abrir otro.

—Necesita mantener el flujo de dinero.

—Claro, dinero, armas y drogas.

—Ayer estuve en uno de sus locales. Quise ver cómo era —dijo Jana.

A Braulio le sorprendió la confesión.

—¿Hice mal? —preguntó preocupada.

—¿Te vio alguien? ¿Viste tú a alguien?

—Sólo a Pit. E iba tan maquillada que dudo que me reconozca si me vuelve a ver.

El jefe dio un par de zancadas en una dirección, se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—No podemos dejar nada al azar. Necesitas un cambio de imagen.

Jana escupió el café.

—¿Cómo?

—Sí, un cambio de *look*, un corte de pelo, quizá algo de color.

—Pero... —Jana no sabía cómo encajar aquello.

—Hablaré con Martina para que te acompañe a su peluquería de confianza. De la de SD no me fío —dijo Braulio que se rio de su propia gracia.

Jana se llevó la coleta a la boca, aspiró su aroma y le dio un beso.

Aunque le fastidiara admitirlo, SD estaba impresionada con la espía. Jana daba golpecitos en la esfera del reloj y estos se traducían en mensajes en una de sus pantallas. Eran cortos, pero suficientes para transmitir información de manera rápida.

—Bien, pues parece que ya lo tenemos —dijo SD sin darle mayor importancia—. He trabajado en un diccionario para hacer las comunicaciones más eficientes—. Le tendió un cuadernillo que Jana recibió con disgusto.

—¿Más para estudiar?

—Será pan comido para ti.

El diccionario contenía abreviaturas para referirse a Grosinho, Marcus, Bull y Pit por sus iniciales, así como instrucciones para crear más abreviaturas y palabras sobre la marcha.

—Si prevés que una palabra o un nombre se va a repetir mucho, la acompañas con la inicial o las dos primeras letras. Este programa de inteligencia artificial que he programado lo interpretará, lo añadirá al diccionario, y cada vez que vuelva a salir, lo desglosará para que el traductor de Morse lo interprete correctamente.

—O sea, que te has pencado todo esto para no tener que currar después.

SD no supo si aquello era un halago o la estaba llamando vaga.

—La idea es currar ahora para que las comunicaciones sean

fluidas y podamos trabajar más rápido.

Jana permaneció en silencio un rato, admirando todo el chiringuito que SD se había montado. Había aparatos destripados, fragmentos de código anotados en papeles sueltos, un cubo grasiento lleno de huesos de alitas, pequeños destornilladores y un diminuto equipo de soldadura junto a placas electrónicas y una gran lupa con brazo articulado para trabajar más al detalle cuando se requería precisión. Se tocó el reloj de su padre y lo recordó despiezado sobre la mesa de la informática.

—Es impresionante, la verdad. Tu trabajo es... Alucinante. Siento lo que te dije el otro día —se disculpó.

SD se rascó con un boli la parte despejada de su cabeza.

—Yo tampoco lo he hecho muy bien. El primer día fui a saco contra ti. No me gusta la gente nueva. No suelo caer bien y me protejo así —confesó la hacker.

—Quizá si te abrieras un poco... —sugirió Jana.

—No soy una ostra.

—Seguro que hay una perlita ahí dentro —Jana le buscó el ombligo con el dedo. SD le lanzó una mirada incendiaria y tuvo que retirarlo.

Cuando la espía bajó al gimnasio, toda la gente del edificio estaba en la puerta.

—¿Ha pasado algo? —preguntó a un mecánico.

El hombre se volvió y se le iluminó la cara.

—Tú has pasado —El mecánico empujó al que tenía delante, y este al de delante suyo. Poco a poco, hicieron un pasillo por el que Jana entró al gimnasio.

Dani estaba en el centro calentando con mucha intensidad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay tanta gente aquí? —volvió a preguntar Jana.

Su entrenador se giró hacia ella y le habló sin dejar de moverse.

—Venga, calienta, que tenemos que entrenar.

Aquello no le gustaba. Demasiado público. Demasiada expectación por un entrenamiento. Agarró la comba y se puso a saltar durante un par de minutos. Luego, rotó articulaciones y estiró algunos músculos.

—¿Estás ya? —preguntó Dani con impaciencia.

—¿Pero qué mosca te ha picado?

Jana se quitó la sudadera y la lanzó a un lado. En ese momento vio que Martina se había unido al público.

—Venga, vamos.

Apenas había dicho aquello Jana recibió un puñetazo en la cara que estuvo a punto de tumbarla.

—¿Qué...? —El labio le sangraba.

Estaba aturdida, pero logró reponerse.

Dani trató de lanzarle otro puñetazo, pero Jana, más atenta, lo esquivo. Intercambiaron golpes más o menos fuertes. La espía no sabía qué ocurría, pero aquello no era un entrenamiento, era una pelea. La gente en el exterior celebraba o abucheaba cada gancho encajado. Jana volvió a mirar a Martina, lo que le valió un nuevo golpe de Dani aprovechando la guardia baja de su compañera.

—Primera regla, Jana. Primera regla.

—A la mierda las reglas —rugió.

Se lanzó sobre Dani con la cabeza agachada. Impactó el hombro contra su estómago y lo dobló. Jana salió de debajo de su compañero y le golpeó en la espalda. También le dio un rodillazo en el costado y lo empujó, pero Dani no caía al suelo. Al contrario. Se mantenía en pie y reía.

—Vamos, dame otra —la provocó a Jana con los brazos abiertos, pero ella no picó.

Ya se lo había hecho alguna que otra vez. Simulaba estar despistado, o crecido, con la guardia baja y, cuando le atacaba, le soltaba un guantazo con el que veía las estrellas.

Por el contrario, Jana fingió lanzar un ataque desmedido, pero frenó en el instante en que Dani cargaba el puño. Cuando lo soltó, Jana se hizo a un lado, le agarró del brazo y se lo retorció en la espalda, como lo había hecho la noche anterior con el pesado de la discoteca. Antes de que Dani pudiera rehacerse, le pateó en las corvas y le obligó a ponerse de rodillas. Dani no se rindió. Con el otro brazo, le agarró de la nuca y la lanzó por delante. La espalda de Jana golpeó contra el suelo. Entonces se dio cuenta de que habían retirado el tatami.

Sin tiempo para lamentarse, dio una voltereta hacia atrás, atrapó la cabeza de Dani con sus muslos y lo levantó por el aire. La maniobra levantó la ovación del público. Dani cayó al suelo con estrépito. Jana siguió golpeando a su presa antes de que se rehiciera.

Por fin, con Dani debilitado, lo inmovilizó contra el suelo. El chico respiraba con dificultad.

—Genial, Jana —dijo con esfuerzo—. Ya estás preparada.

Jana se acercó a su boca y aflojó un poco.

—¿Qué has dicho?

—Que has ganado —Dani tosió al sentirse algo más liberado.

—¿No será una treta de las tuyas?

Negó con la cabeza.

—Esta era nuestra última pelea —confesó.

Jana le soltó rápido y se separó de él. La gente le vitoreaba al

otro lado del cristal. Martina aplaudía contagiada por el entusiasmo de sus compañeros, aunque no podía borrar su gesto de preocupación.

Dani se levantó quejicoso. En ese momento, entró Braulio.

—Una pelea estupenda, chicos —Luego se dirigió a Jana—: Has estado genial, Jana. Ya estás preparada para la misión.

La espía resopló y se apoyó en sus rodillas. Dani la miraba con orgullo. Se le acercó y le dio un abrazo que la levantó del suelo.

A Jana le crujieron todos los huesos de la espalda.

§

El equipo estaba sentado en los mismos asientos que la primera vez que se reunieron, pero en esta ocasión era diferente. Braulio miraba a sus talentos como el profesor que mira a sus alumnos recién graduados. La doctora, la hacker, la espía y el boxeador charlaban sobre la pelea de estos dos últimos. Dani aún se quejaba de la espalda.

—Bueno, chicos, ya está —dijo el jefe. Todos prestaron atención —. Ha llegado el momento.

Jana tragó saliva.

—No estás sola, Jana. Tienes un buen equipo detrás. Pero la primera noche será crucial —continuó Braulio—. Tendrás que guardar el reloj a buen recaudo. Espero que sepas apañarte con eso. Y no, no quiero saber dónde lo guardas. Una vez infiltrada, te lo pones para establecer comunicaciones.

—Entendido —respondió la espía.

—Ahora toca lo más difícil.

—Ya, colarme en la banda de Grosinho y ganarme su confianza.

—¡No! —exclamó Braulio ante la sorpresa de todos—. Lo más difícil es ir a la pelu. Yo lo odio. Nunca me quedo contento con el corte de pelo.

La broma distendió el ambiente.

—No, en serio —siguió—. Grosinho es un tipo irascible. A veces, violento. Se pule a gente de su entorno si atisba una ligera sospecha de traición. Y no precisamente de manera discreta.

—Eso no me lo habías dicho —se quejó Jana.

—Ahora que lo sabes, úsalo a tu favor.

Dicho esto, Braulio dio por concluida la reunión.

Sin esperar a que se levantara de la silla, Martina se dirigió a Jana.

—Así que nos vamos a hacer un nuevo *look*, ¿eh?

Sentada en el lavacabezas, con la peluquera masajeándole el pelo y Martina sin parar de hablar con la dueña del local, Jana

pensaba que aquello era lo más surrealista que le había pasado en años.

—¿Es aquí? —preguntó Jana cuando llegaron. Le extrañaba que una peluquería afro fuera la «peluquería de confianza» que le había pedido Braulio a Martina—. Estás de coña, ¿no?

Martina negó con la cabeza, aguantándose la risa.

—Cuando llegué a España, mi primera amiga fue una nigeriana. Le pregunté dónde podía hacerme un corte de pelo y me trajo aquí. Yo también dudé de que me fueran a peinar a mi gusto, pero son muy buenas.

—¿Y qué fue de esa amiga?

—Tiene las manos en tu cabeza ahora mismo.

Jana la miró desde su posición. La cara de la peluquera estaba del revés: los ojos en la barbilla y la boca triste.—Encantada —dijo la mujer muy sonriente—. Me llamo Esther—. Siguió con el aclarado del cabello y le puso una toalla en la cabeza—. Así que quieres un cambio de peinado. ¿Has llevado el pelo corto alguna vez?

La espía negó con la cabeza.

—Temía cortarme el pelo, aunque siempre me ha gustado la idea.

—¿Por qué temías cortarte el pelo? —preguntó Martina que se pintaba las uñas con desinterés.

—De pequeña tenía mucha pluma.

—De mayor también —bromeó Martina.

Jana le sacó la lengua.

—Si me cortaba el pelo sentía que saldría definitivamente del armario, y no quería eso. Quería ser más discreta. Que la gente cuchicheara a mis espaldas me ponía enferma.

Marina y Esther se miraron con complicidad. La peluquera agarró la cabeza de Jana, que se quejó.

—Ya sé lo que te vamos a hacer —le dijo mirándola a través del cristal que tenía enfrente.

—Relax, Jana —le pidió Martina—. Estás en buenas manos.

Aunque a le costaba creerlo, cerró los ojos y se concentró en los olores y las conversaciones de la peluquería. Aquellas mujeres iban ahí como algunos hombres van al bar. No les importaba perder media mañana haciéndose unas trenzas o un tratamiento para el pelo, ya que se la pasaban hablando y poniéndose al día. Charlaban de sus familias, de sus trabajos, de cómo estaban las cosas en sus países de origen. Jana se concentró en detectar la presencia de Martina en todo momento. La doctora permanecía quieta a su lado. Casi le parecía sentir su mano, con las uñas recién pintadas, junto a la suya. Olió su perfume, y olió también la acetona.

—Este tono no me gusta. ¿Puedo probar otro? —le preguntó a Esther. La peluquera afirmó con un murmullo, concentrada en los movimientos de la tijera.

Las afiladas cuchillas cortaban el pelo de Jana, que sólo frenaba cuando llegaba al suelo. Cada vez lo notaba más ligero.

—No muevas la cabeza si no quieres que te deje sin oreja —le ordenó Esther, que daba ya los últimos cortes—. ¡Listo! —exclamó.

Jana abrió los ojos pero no pudo verse en el espejo. Tenía delante a Martina mirándola con aprobación.

—¿Bien? —le preguntó Jana.

—Estás... re linda —respondió la argentina.

Cuando se apartó, la espía pudo verse por fin en el espejo. Esther le había teñido de rubio y le había dejado el pelo corto, con un mechón ladeado.

—Se lo he dejado algo más largo para que pueda jugar con él —le decía la peluquera a Martina—. Puede ponerse gomina a un lado, o levantárselo —Agarró un mechón y le hizo un tupé—, ¿ves?

Martina asintió. Se acercó a Jana y le llevó el mechón tras la oreja.

—También puede ponérselo así —dijo Martina—, que es un tic que tenía de antes.

A Jana le sorprendió que se hubiera dado cuenta de aquello.

—¿Qué? Yo también soy observadora —se justificó. Miró a Jana a través del espejo. Por encima de las lacas y demás productos para el cabello flotaban sus cabezas, una pegada a la otra—. ¿Te gusta?

Esther le quitó la toalla de los hombros y le pasó un cepillo para quitarle los pelillos sueltos. La espía se levantó de la silla y se miró en el espejo desde diferentes ángulos. Hizo saltar el flequillo con un golpe de cabeza, se lo llevó atrás, se lo puso tras la oreja.

—Sí. El rubio es un poco pollo, pero supongo que me acostumbraré.

—Te da un aspecto más duro. Justo lo que andábamos buscando.

—Bueno, yo no sé qué andabais buscando, pero yo quiero pagar la universidad de mis hijos, así que pasen por caja —dijo Esther.

Jana pagó su nuevo peinado, y las amigas salieron a la calle.

—Es pronto —dijo Martina olfateando el aire—. ¿Nos echamos unas birras?

Caminaron calle abajo, rozando sus nudillos, hasta que entraron en un bar cercano. El camarero saludó efusivamente a Martina, pero Jana apenas entendió de lo que hablaban. El hombre también era argentino y la jerga se le escapaba. Intuyó que hablaban del último traspiés de algún equipo de fútbol de su país.

—Eres una mujer muy de barrio, por lo que veo —le dijo a

Martina cuando se sentaron.

—Sí, me gusta este barrio. Los inmigrantes se mezclan con los locales y hay muy buena onda. El otro día, una señora en la fila de la carnicería me preguntó qué piezas eran mejores para hacer asado, que como yo era argentina debía saberlo. Me encantó.

A Martina le brillaban los ojos y sonreía al contar la anécdota. Jana le sugirió brindar por la integración y echó su primer trago.

—¿Estás nerviosa?

—Sí, un poco. Bueno, bastante —confesó Jana, que retiró la mirada por vergüenza.

Martina le agarró la mano por encima de la mesa.

—No te preocupes. Es normal, pero estás preparada. Lo harás bien.

Jana asintió con timidez y dio otro trago a su botellín.

—Voy un momento al baño —dijo Martina.

A lo que se fue a levantar, Jana le apretó con fuerza la mano y no la dejó avanzar. Martina la miró y la vio completamente pálida. Se agachó para agarrarle la cara.

—Jana, no te preocupes, lo vas a hacer genial.

La espía negó con la cabeza.

—No, no es eso —se llevó una mano al estómago—. No me encuentro nada bien.

Martina le puso la mano en la frente. No tenía fiebre, pero el rostro de Jana estaba cada vez más blanco.

—Me siento como... débil.

—Pero, apenas diste un par de tragos, ¿no?

La doctora olió el botellín, pero no le pareció que desprendiera ningún olor sospechoso.

—Te llevo a casa —Colocó el brazo de Jana sobre sus hombros y la levantó del asiento—. Esto no será un truco barato para ligar, ¿verdad?

Pero Jana no podía responder. Se esforzaba por mantener el equilibrio con las pocas fuerzas que le quedaban. Era una sensación que no le era del todo desconocida, pero tardó en ubicar cuándo la había vivido anteriormente.

—En casa de mi madre —dijo—, en casa de mi madre me pasó algo así, pero estaba en una hamaca y me quedé dormida —balbuceó—. Es... —Hizo un gesto con la mano, como si estrujara algo.

—Aguantá un poco. Ya casi estamos —le pidió Martina, que demostraba tener más fuerza de la que aparentaba. Había remolcado a Jana un par de manzanas y por fin la tenía metida dentro del ascensor de su edificio—. Ya estamos —Sacó las llaves del bolso y arrastró a la espía al interior de su piso.

En el estado en que estaba, Jana no apreció los detalles del salón. Pudo ver algún marco de foto, un reloj de pared, la tele y el sofá, pero se le pasaron por alto los juguetes del baúl y los dibujos infantiles sobre la mesa. Estaba abrazada a Martina, haciendo esfuerzos por caminar pese a que sus piernas no le respondían del todo. Tenía la cara hundida en su cuello. La argentina la agarró con fuerza unos metros más, hasta que encontró el momento de dejar a Jana en un sitio seguro. La espía no se soltó de su cuello y las dos cayeron al sofá.

—Jana, necesito que me sueltes.

Jana aflojó. Quedaron tumbadas, Martina sobre ella, respirando en su boca. Jana se fijó en las tres pecas que la doctora tenía en la mejilla. Parecían formar una constelación lejana, tan lejana como su mente en ese momento. Notó su cerebro esponjoso y las pecas se emborronaron hasta convertirse en una sola. Jana se zambulló en aquel lago marrón y se quedó dormida.

§

A la pequeña María le estaban enseñando algunas canciones en el colegio. Al contrario que su madre, tenía buen oído musical, y las entonaba mientras pintaba arrodillada frente a la mesita de café. Se hubiera sentado en el sofá, pero el cuerpo de una desconocida yacía en él.

—María, te dije mil veces que no molestes a nuestra invitada —le regañó su madre cuando salió de su habitación. Echó un ojo al sofá para cerciorarse de que Jana seguía dormida y se metió en la cocina.

La vocecilla de la niña se adentró en los oídos de la espía y se mezcló con sus últimos momentos de sueño. Abrió un ojo y vio un techo desconocido. La lámpara que colgaba le sonaba de algo, pero era incapaz de encajarla en ningún recuerdo.

Abrió el otro ojo y giró el cuello. La nuca le crujió como si tuviera miles de hormigas jugueteando en ella. Una niña de bucles dorados y mofletes rechonchos que no superaría los seis años apareció en su ángulo de visión. Cantaba dulcemente al tiempo que pintaba sobre un folio. Apretó tanto la cera roja contra el papel que la partió.

—¡Mecachis! —dijo.

Consciente de que había levantado la voz, se tapó la boca y se giró despacio hacia el sofá. Si despertaba a la invitada, se quedaba sin huevo de chocolate. Jana volvió rápidamente a su postura inicial y cerró los ojos.

—Fiu —resopló la niña, que retomó su dibujo más tranquila.

—Vení a la cocina, María —la llamó su madre. El desayuno estaba listo.

La niña obedeció. La voz infantil desconcertó todavía más a Jana, pero pudo reconocer la que había sonado algo más lejana, y comprendió por fin que estaba en casa de Martina, aunque no recordaba cómo había llegado hasta allí. Hizo un esfuerzo y rascó en su memoria sus últimas horas. Se acarició el pelo y palpó su nuca desnuda. Sí, recordaba la peluquería y a Esther, y el perfume de Martina mezclándose con la acetona y los gases de la laca, pero poco más, como si un agujero negro se hubiera tragado parte de su cerebro.

Jana miró su reloj. Eran las ocho de la mañana.

Golpeó varias veces la esfera: «Buenos días, perlita». Para su sorpresa, la informática no tardó en responder: «Que te den». Jana rió por lo bajo y se incorporó en el sofá.

—¡Buenos días! —le saludó la doctora desde la cocina—. ¿Café?

La espía levantó la mano esperando que Martina le diera algo de tiempo para hallarse. Se levantó y sintió un mareo que la obligó a volver a sentarse. Martina acudió al instante.

—¿Estás bien? —preguntó y, sin esperar respuesta, le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

—Ha sido sólo un mareo.

—Sí, tenés la tensión baja. Te traeré café.

Jana no tenía apenas fuerzas para retenerla a su lado. La doctora volvió con un tazón de café con leche y un bizcochito industrial con pepitas de chocolate.

El café avanzó caliente por la garganta de la espía, que notó enseguida su efecto balsámico. Poco a poco fue recuperando su ser.

—Qué callado te lo tenías —dijo.

—¿El qué? —Martina se había sentado a su lado en el sofá.

Jana movió la cabeza señalando a la cocina.

—Bueno, che... Tampoco lo voy a contar todo de primeras —se defendió.

La espía se masajeó el puente de la nariz y los ojos.

—¿Cómo vas? —La doctora se acercó a ella.

—Bien, es sólo que me duele la cabeza y no recuerdo nada desde la peluquería.

La confusión asomó al rostro de Martina.

—¿Nada... nada?

—Entramos a un bar, ¿puede ser? No sé, es como una nebulosa. ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Desde las ocho de ayer —respondió Martina.

—¡Guau! Eso es mucho, ¿no crees?

Martina se encogió de hombros.

—Bueno, no sé cuánto duermes vos de habitual.

—Desde luego, doce horas seguidas no —Jana pasó a frotarse las sienes mientras mantenía los ojos cerrados, tratando de mirar un poco dentro de sí misma—. El caso es que no es la primera vez que me pasa esto. Lo de no acordarme de nada cuando me despierto.

—Me contaste que te había pasado en casa de tu madre.

A Jana le vino a la mente el episodio con Sofi y la otra chica, pero no quería contárselo a Martina.

Sí, el otro día fui a ver a mi madre. Discutimos. Solemos hacerlo. Me senté en la hamaca, con un ponche en la mano, para hablar con mi abuelo. Lo de hablar es un decir; tiene Alzheimer. Me desperté al día siguiente sin recordar nada, pero como estaba en casa de mi madre, donde la modorra es un habitante más, no le di mayor importancia.

Las cejas de Martina se movían al ritmo que lo hacían sus ideas. Se levantó y fue a la cocina. Aprovechó para pedirle a María que se diera prisa o llegarían tarde al colegio. Volvió con un papel y un bolígrafo.

—Apuntá todo lo que recuerdes que comiste aquel día, y lo que comiste ayer —Se levantó de nuevo y regresó con un juego de jeringuilla y un pequeño bote.

—¿Me vas a sacar sangre ahora? —preguntó Jana, que se llevaba ya el bizcocho a la boca.

—Obvio —Martina le dio un manotazo y el bizcochito se cayó al suelo—. Antes de que sigas comiendo, claro—. Echate, por favor.

Jana se tumbó en el sofá y se remangó el jersey. Contempló la cara de concentración de Martina mientras le extraía la sangre.

—Entonces... ¿No recordás nada de nada?

Jana negó con la cabeza, y después cayó en la cuenta.

—¿Hice algo malo? No me digas que me abalancé sobre ti. Si lo hice te pido mil disculpas —Jana estaba cada vez más nerviosa.

—No, no —respondió Martina—. Sólo que te traje del bar aquí a rastras. Luego te quedaste dormida.

La espía respiró aliviada.

—En cualquier caso, siento las molestias.

Martina retiró la goma del brazo con brusquedad.

—¡Auch! —se quejó Jana—. Debes mejorar la técnica para quitar la goma. Siempre me haces daño.

—Lo siento —respondió Martina con sequedad. Se levantó con la muestra de sangre en la mano—. Lo llevo luego al laboratorio. Ahora tengo que llevar a María al cole.

Jana se levantó de inmediato.

—Claro, claro —La cabeza le dio vueltas y tuvo que sentarse de nuevo.

—Acabá el desayuno mientras arreglo a mi hija.

La doctora se levantó y dejó a Jana mareada y confusa. La verborrea de Martina parecía haberse detenido. En silencio, salieron de su casa y bajaron al portal.

—Bueno, yo llevo a la mina al cole. Tú... ¿vas a ver a tu madre, como te sugirió el jefe?

Jana miró el cielo, como si esperara que le diera la respuesta.

—No. Siempre que voy, acabamos discutiendo. Prefiero quedarme y centrarme en... —Jana quiso hablar de la misión, pero Martina le hizo gestos con la cara para que no siguiera por ahí y evitar que María se enterara de algo.

—Como quieras —dijo la argentina. Su hija se movía con impaciencia y le resultaba difícil mantenerla agarrada de la mano —. Que tengas suerte, Jana. Cuidate —Martina dudó unos instantes, pero se decidió a darle un beso en la mejilla antes de marcharse con su hija.

La espía las vio caminar calle abajo y el estómago le dio una punzada cuando doblaron la esquina. Se acordó de cuando su padre subía el coche para emprender una nueva ruta vendiendo piezas de plástico y se despedía de su mujer y su hija, que le decían adiós con la mano.

Se miró en el cristal de un coche aparcado y vio exactamente la misma expresión de temor con la que se marchaba su padre antes de cada misión.

COMIDA PARA PECES

Siguiendo el plan establecido, Jana cortó comunicaciones con el equipo durante unos días antes de entrar en acción. Únicamente, cruzaba algún mensaje con SD para cerciorarse de que el reloj funcionaba bien. Ahora todo dependía de ella.

Comenzó a pasearse por el barrio en el que estaba el *after* más concurrido de Grosinho. En los balcones había carteles quejándose de los ruidos del local y la desidia del Ayuntamiento. Una sombra fría y gris sobrevolaba sus calles y los vecinos se miraban con desconfianza unos a otros. El barrio había perdido su alma.

Se cambió de gimnasio para seguir con sus rutinas de pesas y saco. Quería que su cara sonara por el barrio para que, llegada la hora, Pit no tuviera duda de que no era una despistada que buscaba pelea, sino que era una tipa dura a la que podría sacar provecho en su equipo.

Esther había hecho un buen trabajo con su pelo: llamaba la atención allí donde fuera. El ojo morado que llevaba también. Lo que no sabía la gente era que se lo había hecho ella misma al tropezar una mañana con la puerta del baño.

Cada día se sentía más preparada.

Un jueves de madrugada comenzó a merodear la discoteca de Grosinho. La suerte estaba de su lado. Pit y Bull custodiaban la entrada, lo que significaba que el capo estaba dentro. Pit entraba y salía, dando instrucciones a sus hombres con apenas un movimiento de cabeza. Amparada en la penumbra de un portal, Jana esperaba el momento de actuar.

Bull se quedó sólo en la puerta un momento. De manera instintiva, Jana se remangó y dio unos golpecitos en la muñeca para avisar de que iniciaba la operación, pero sus yemas sólo encontraron carne. Había olvidado que ya tenía el reloj guardado en un lugar seguro.

Respiró profundo y salió del zaguán. Enfiló hacia la puerta del *after* con la mirada puesta en la oronda figura de Bull. Su plan se

vino abajo cuando el grandullón se metió dentro del local y le tomó el relevo Pit. Jana dio media vuelta con disimulo y se metió de nuevo en el portal a esperar a que Bull volviera a salir.

Pero no lo hizo. La noche avanzaba al tiempo que aumentaba la impaciencia de Jana. Pese a estar al abrigo, el frío de las primeras madrugadas otoñales le calaba los huesos. Sólo llevaba una camisa bajo la chupa y ya no era suficiente. Se llevó las manos a la boca y exhaló para proporcionarles algo de calor.

—Vamos, chaval, sal del agujero.

En ese momento, Pit se llevó el índice a la oreja y escuchó. Luego, miró a su compañero de puerta y trazó un círculo en el aire con el mismo dedo. Estaba ordenando la recogida. Grosinho se iba.

—Mierda, mierda, mierda.

El ruido de la puerta de algún vecino escaleras arriba la empujó a tomar la peor decisión posible. Salió del portal y fue hacia el local antes de que Pit se internara dentro para llevarse a Grosinho a su escondite. Con las manos en los bolsillos, se pasó toda la fila de largo e hizo amago de entrar. Alguien le agarró del cuello de la chaqueta.

—¿Dónde crees que vas, chaval? —le preguntó Pit.

Jana se revolvió y consiguió zafarse.

—No me toques.

El jefe de seguridad se echó a reír.

—Pero, a ver... —Pit la miró con condescendencia—. Que te largues de aquí.

—He quedado con alguien ahí dentro.

—Pues que salga, pero tú no entras.

Jana chascó la lengua. La gente de la fila le pedía que hiciera caso y se fuera de allí. Recordó la última pelea con Dani, con la gente animándole tras el cristal. Hoy no iba a tener al público a su favor, pero aquel tipo no era mucho más grande que su compañero, y pensó que si pudo ganar a Dani, podría hacerlo con Pit. Dio un salto para tomar impulso y le lanzó un codazo directo al hueco bajo su oreja izquierda. Pit se llevó la mano a la mandíbula y Jana aprovechó que tenía guardia baja para lanzarle dos rodillazos al costado. Le golpeó tan fuerte como pudo hasta que vino un tipo enorme y la sujetó por detrás. Jana actuó rápido. Le pisó el pie y le metió un codazo en las costillas. Pero en lugar de hueso, su codo se hundió en una masa informe de carne. Cuando se giró, vio el rostro pecoso y enrojecido de Bull. La gente de la fila se dividía entre los que jaleaban y los que se quejaban por no poder entrar al *after*.

Bull se abalanzó sobre ella. Jana se agachó para hacer de su espalda una cama sobre la que el chico de seguridad tropezaría. Cuando notó el contacto, apretó los pies contra el suelo y estiró la

columna. Bull salió despedido contra el suelo.

Tal y como Dani le había enseñado, a un chico con aquel cuerpo se le ganaba usando su fuerza contra él. Jana sonrió con satisfacción al verlo en el suelo, sin poder levantarse, pero apenas pudo disfrutar de su victoria. Cuando alzó la vista, vio frente a ella a Pit que servía su venganza en forma de puño estrellándose contra su nariz.

Jana cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Cuando despertó segundos después, Pit todavía estaba allí, delante de su nariz rota. El gorila se agachó y miró a Jana con gesto circunspecto. Se mesó la perilla y, con la misma mano, agarró la nariz de la espía y la retorció. El dolor fue tan insoportable que Jana volvió a perder el conocimiento.

§

El local estaba a reventar pese a que eran casi las 8 de la mañana de un viernes. El suelo y las paredes retumbaban y la vibración se coló bajo la piel de la espía. Despertó poco a poco. Estaba sentada sobre algo mullido. Chascó la lengua un par de veces y notó que la boca le sabía a metal. Abrió los ojos, pero tardó en enfocar.

—Parece que ya despierta —dijo una voz masculina algo ronca.

Jana tenía la visión borrosa. Guiñó con fuerza los ojos y un dolor en lo alto de la nariz le taladró el cerebro.

—¡Au! —se quejó.

Se tocó la nariz. La tenía hinchada y podía verla con sus propios ojos. Una sustancia seca le curtía la cara.

—Está en su sitio —le informó Pit—. Seguirás con tu bonita cara intacta.

Las voces le llegaban con eco. La mirada de Jana iba definiendo las siluetas que tenía enfrente. No eran pocas. Grosinho estaba sentado entre dos mujeres jóvenes sobre un sofá raído. Pit y Bull lo escoltaban, uno a cada lado, como dos torres vigía. Además, Jana notaba la presencia de dos personas más a sus espaldas.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

A pesar de la música a todo volumen, en el reservado se podía hablar.

—Creo que lo sabes perfectamente —respondió Grosinho.

Jana volteó la cabeza para ganar perspectiva.

—Ah, sí, en el *after* —Se fijó en que tenía la camiseta y las manos llenas de sangre.

—Parecías muy interesado en entrar.

—Me estaba meando.

Pese a que se rio, a Grosinho no le pareció una respuesta satisfactoria. Con la planta del pie impulsó la mesa que tenía

delante y esta golpeó en las rodillas de Jana, que se tragó el dolor como pudo. Las botellas y copas que había encima se estrellaron contra el suelo. El capo quería una respuesta algo más elaborada.

—Necesitaba un arma y me dijeron que aquí podría encontrarla.

Grosinho miró a Pit que le devolvió un gesto de aprobación.

—¿Y para qué quieres tú un arma? —se interesó. Era en las preguntas cuando más se recalcaba su origen gallego.

Jana se dio cuenta de que una de las chicas de Grosinho la observaba con curiosidad. Era la chica morena que estaba sentada en las rodillas del capo la noche que Jana dio una primera vuelta de inspección. Trató de no sostenerle la mirada por miedo a que Grosinho lo interpretara como un intento de robársela, pero le resultaba complicado. Los ojos felinos de la chica volvieron a ejercer un poder hipnótico sobre ella.

—Me metí con quien no debía.

Pit soltó una risotada.

—Parece que eres experto en eso.

Jana lo miró.

—Sí. Mi vida es una sucesión de malas decisiones.

La morena se acercó más a Grosinho, pero sus ojos seguían clavados en la espía. Su falda se encogió y atrajo la mirada de Jana. El jefe la miró, y luego al muslo de su chica.

—Esa es otra mala decisión —dijo.

Jana bajó la cabeza. Grosinho inclinó su cuerpo sobre la mesa, en un intento de acercarse a la espía.

—Escucha, puedo ayudarte —Su tono sonaba paternalista.

—¿Ayudarme? —dijo la espía.

—Sí, siempre ando buscando gente que me proteja. Soy un hombre al que muchos quieren atrapar.

—¿Ah, sí?

Grosinho afirmó con la cabeza y su pelo enmarañado y negro brilló bajo las luces intermitentes de los focos.

—Pit me ha dicho que le diste una buena tunda y que llegaste a tumbar a Bull —dijo señalando con el pulgar al gordo.

Bull lanzó a Jana una mirada llena de odio y rencor.

—Lo siento, tío —se disculpó Jana.

—Estará bien, ¿verdad, Bull?

El segurata asintió sin cambiar el gesto.

—Si estás conmigo, nadie se meterá contigo —dijo Grosinho—. Ni siquiera Bull.

Jana afiló los ojos. Quiso hablar, pero algo agitó la pista de baile. Pit se asomó por encima de la balconada del reservado y vio agentes de la policía uniformados entrando en el local.

—Retirada —gritó a sus hombres.

Jana se agarró al sofá hasta que Pit le agarró de las solapas y la obligó a levantarse.

—Empiezas a trabajar ahora. Escolta al jefe hasta la salida. Bull —dijo dirigiéndose al gordo—, abre camino.

Dicho esto, sacó un arma de su americana y bajó a la pista. Grosinho ya estaba en pie cuando Jana pudo reaccionar. Alguien le puso una pistola en las manos y ella sólo deseó no tener que dispararla.

Bajaron unas escaleras estrechas y oscuras. El capo iba tras Bull, y detrás de él, bajaban las dos chicas. La morena estaba justo delante de Jana. La espía vio que le resultaba complicado bajar los escalones casi a oscuras y con tacones. Le agarró de la mano y se colocó delante.

Traspasaron una puerta. Al otro lado, había un almacén con comida y los olores a especias, verduras y congelados se mezclaron. Cruzaron otra puerta y se encontraron en la cocina de un restaurante. Jana se vio reflejada en los ojos brillantes de un besugo sobre el que pendía un cuchillo. De manera torpe, pero sin detenerse, cruzaron la cocina haciendo sonar los metales de cazos y sartenes ante la atónita mirada de los cocineros. Grosinho se había asegurado una vía de escape menos obvia que la puerta trasera de su local, y, sobre todo, libre de policía. Salieron a un callejón donde había una berlina negra aparcada. Bull le lanzó las llaves a Jana.

—Espero que sepas conducir —le dijo entre jadeos.

Jana las recogió al vuelo.

Grosinho se sentó atrás con las chicas, una a cada lado. En caso de que alguien disparara al coche, las primeras en caer serían ellas, mientras el capo saldría ileso, protegido por sus cuerpos.

La espía retorció el volante de cuero. El vehículo se hundió cuando Bull entró en el asiento del copiloto. Sin apenas darle tiempo a que cerrara la puerta, pisó el acelerador hasta hundirlo en el suelo. El coche salió despedido a gran velocidad. El viraje de las ruedas quemó el asfalto. Una sirena de policía se oyó a lo lejos.

—Vamos, hijo de puta, métele más caña a este cacharro —le gritó Bull.

A la mejilla de Jana llegó saliva expelida por el matón. Giró en las calles que se lo permitían buscando una salida a la autopista. La policía no tardaría en darles alcance, así que decidió jugársela: Se metió en una calle de dirección prohibida de la que salió sin problemas. Sólo se ganó un bocinazo de un coche que tuvo que recular para que ella pudiera salir. Cuando la policía entró en la calle, ese mismo coche le bloqueaba el paso.

—¡Sí! —gritó victorioso Grosinho cuando ya estaban en la autopista, lejos de la pista de la policía—. Eres muy bueno... ¿Cómo

decías que te llamabas?

La habían estado tratando en masculino todo el rato, pero ella ya tenía una identidad falsa creada y no podía salirse del guión.

—Claudia —respondió Jana sin quitar la vista del asfalto.

—¿Claudia? ¿Eres una tía? —Grosinho rio y sus rizos se agitaron —. Un nombre demasiado dulce para una persona como tú.

Jana lo miró por el espejo retrovisor y sonrió.

—Ya te buscaremos otro nombre. Eso es lo de menos.

Grosinho estaba eufórico y acariciaba con ansia las piernas de las chicas.

—¿Sabemos algo de Pit y los demás? —preguntó.

—Todavía nada, señor —respondió Bull.

—Estarán bien. Seguro —se convenció el capo.

Bull indicó a Jana cómo llegar a la casa de Grosinho. Tras unos cuarenta minutos de trayecto, se internaron en una carretera rural y luego en un camino más agreste. Jana no estaba segura de dónde estaban. La conversación con Grosinho la había desconcentrado, y de noche se orientaba peor.

No tardaron en llegar al lugar. Una casa emergía entre los pinos y los cipreses, blanca impoluta y de enormes ventanales contra un cielo negro y plagado de estrellas. En un vistazo a través de la luna delantera, Jana localizó la Osa Mayor, Casiopea, Marte y Andrómeda. En un pueblo no había muchas cosas que hacer por las noches, y ver las estrellas junto a su primo era una de ellas.

La puerta del garaje se abrió y Jana metió el coche. Aquello le recordó al búnker secreto de Braulio, Martina y compañía y se acarició su muñeca desnuda.

Nada más bajar del coche, Bull se quitó la americana. Tenía cercos bajo las axilas y en la espalda.

—Voy a darme una ducha —dijo.

Jana bajó y quedó a la espera de las nuevas órdenes de Grosinho. Oteó con disimulo el entorno. Árboles y más árboles. Difícil entrar, imposible salir. Pensaba en cómo podía transmitir esta información a sus compañeros vía Morse cuando el capó se le acercó y le tendió la mano. Jana se la estrechó con firmeza.

—Bienvenida al barco —le dijo—. No hagas que me arrepienta. Nadie me traiciona y, si lo hace, no vive para contarlo.

La espía tragó saliva. Ella quería entrar en la banda de Grosinho, pero se preguntó cuántos de los hombres que allí estaba habían tenido la oportunidad de rechazar la oferta del capo gallego sin salir con los pies por delante.

—No le traicionaré, señor —dijo Jana.

—Será mejor que tú también te des una ducha. Yamila, acompáñala. Y dale ropa nueva. Es grande, habrá algo de su talla en

algún armario.

Yamila inclinó la espalda para acatar la orden y pidió a Jana que la siguiera. La espía veía el trasero de la chica moviéndose de un lado a otro, embutido en un ajustado vestido de lentejuelas color champán.

Entraron en una habitación. Las luces se encendieron a su paso para alumbrar la recargada interiorismo. Si la el exterior de la casa era de líneas rectas y moderna, el interior era todo lo contrario. La disparidad de las molduras, el papel pintado y los motivos de escayola parecían mover las paredes en cada suspiro para hacer la habitación más pequeña. Yamila se dirigió al armario e inspeccionó su interior. Sacó un traje y se lo acercó a Jana. De una cómoda sacó una camiseta de tirantes blanca, aunque bajo la luz de la lámpara de araña parecía naranja. La chica tenía aspecto de cansada, pero se movía con seguridad.

—Creo que te estará bien.

Antes de comenzar a desnudarse, Jana invitó a Yamila a salir de la habitación, pero la chica se limitó a unir las brazos por delante y esperar.

—De momento, no puedo dejarte sola —dijo.

Jana se encogió de hombros. Se quitó la camiseta ante la atenta mirada de Yamila. La sangre había traspasado la tela y le había manchado la piel.

—Tu cara me suena —soltó por fin la chica—. Yo a ti te he visto antes.

Claro que la había visto antes, pensó Jana, pero, de nuevo, aparentó indiferencia. Estaba casi segura de que Yamila no lograría reconocerla como la chica que le aguantó la mirada unos días antes.

—Creo que necesito una ducha —dijo la espía. Un destello brilló en los ojos de la anfitriona—. ¿También vas a ver cómo me ducho?

—Por supuesto —respondió Yamila con media sonrisa.

Jana se topó con su cara en el espejo al entrar en el baño de la habitación. Con la nariz hinchada y la sangre seca parecía un adefesio. Una media luna negra empezaba a asomarse bajo su ojo. El otro, el que se había golpeado con la puerta, comenzaba a verdear. Jana se preguntó si su padre tuvo esa pinta alguna vez.

Miró a su izquierda. Yamila se había sentado en la taza del váter y se miraba las uñas aburrida. Así como la otra acompañante de Grosinho, la rubia, tenía la expresión perdida y con aparentes pocas luces, la cara de Yamila era la de una persona inteligente, avispada, la típica persona que jamás pensarías que pudiera acabar en un agujero como aquel.

—Esto es un poco raro, ¿no?

—Todo en la casa de Grosi es raro —respondió la chica sin

desviar la mirada.

—Grosi —repitió Jana.

—Comprenderás que yo tenga cierta... confianza con él para poder llamarlo así.

—Claro.

Jana se quitó el pantalón y la ropa interior hasta que quedó completamente desnuda delante de Yamila, que se mantuvo impasible ante su desnudo.

—Las toallas están colgadas ahí —le señaló.

La espía entró en la ducha y dejó que el agua corriera hasta coger temperatura. Una fina cortina la separaba de Yamila.

Abrió las piernas y metió los dedos entre los labios. Se palpó en su interior para cerciorarse de que el reloj seguía ahí, envuelto en plástico y atacado con un cordel. Comenzaba a molestarle, pero no podía sacárselo todavía.

—Estoy un poco confundida, Yamila. Eras Yamila, ¿verdad? —dijo Jana bajo la ducha.

—Confundida, ¿por qué?

—Bueno, yo he salido de casa dispuesta a hacerme con una pistola y ahora formo parte de una banda.

Yamila rio con desgana.

—Lo has dicho antes, un cúmulo de malas decisiones. No tienes trabajo, no tienes familia o pareja, no tienes nada que perder. Si lo tuvieras, no habrías salido en busca de una pistola —respondió la chica con desgana, como si fuera un mensaje de bienvenida que ha repetido muchas veces.

Jana cerró el grifo y el ruido del agua cesó en seco. Se envolvió con la toalla y salió de la ducha. Yamila se levantó y se colocó frente a ella.

—No me pareces el tipo de persona que se mete en líos —le dijo.

—A mí tampoco me lo pareces tú —le replicó Jana.

Lo dejaron en tablas. Ninguna de las dos tenía ganas de entrar en detalles. Yamila cambió el rumbo de la conversación.

—Hueles bien. ¿Quieres un masaje?

—¿Un masaje?

—Sí, soy masajista, e intuyo que has tenido un día duro.

—Un poco sí —respondió Jana que, por muy tentador que fuera lo del masaje, sólo quería acostarse y dormir un poco.

—Si dices que no, Grosi podría interpretarlo como un rechazo. Y ya te anuncio que al jefe no le gusta nada que lo rechacen.

Cada vez se acercaba más.

—¿Cómo puede ser que no querer acostarme con su chica lo vea como un rechazo?

—Oh, vamos, Claudia, ¿por qué crees que me ha mandado aquí

contigo?

La contradicción se reflejaba en la expresión de Jana. Por un lado, podía ser cierto que Grosinho tuviera la extravagancia de dar la bienvenida a sus hombres regalándole por unas horas a una de sus chicas, pero por otro, podía ser una trampa para probar su fidelidad.

—La verdad es que me gustas. Mucho —dijo Jana. Yamila asintió y dio un paso más. Sus pechos rozaban la toalla—. Pero estoy realmente agotada. Ha sido un día muy largo.

Yamila no se dio por vencida. Retiró la mano de Jana y la toalla cayó al suelo. Se inclinó hacia ella y le dio un beso en el cuello.

—¿Seguro que no tienes fuerzas para nada?

Jana puso los ojos en blanco. La verdad es que sí tenía fuerzas. Podía coger a Yamila y subirla al lavabo, abrirle las piernas y repasar con su lengua cada recoveco. Su entrepierna se humedeció y el reloj se movió en su interior.

—Lo siento mucho, Yamila —dijo, y la empujó ligeramente—.Si tuvieras un bono para canjearlo más adelante...

La prostituta bufó.

—No sé qué pensará el jefe cuando vea que me has rechazado —dijo Yamila.

Jana se agachó para coger la toalla.

—¿Verlo? ¿Cómo? —preguntó desde abajo.

Se rodeó con la toalla. Yamila tenía la mandíbula apretada.

—Por las cámaras. Están escondidas en toda la casa —Movió el dedo en el aire de manera aleatoria. Jana buscó los objetivos, alguna luz parpadeando, algo que le indicara dónde podían estar escondidas, pero no encontró nada—. ¿Qué no entiendes por escondidas? —Yamila la miraba con la mandíbula apretada y las cejas tensas sobre el puente de la nariz.

Acababa de entrar y Jana ya se había ganado dos enemistades. Pensó que mucho tenían que cambiar las cosas para que tuviera alguna oportunidad sincera con aquella chica.

§

El ritmo de la casa era muy diferente al que había llevado hasta aquel momento y a Jana le costaría hacerse con él. Se dormía por la mañana y se vivía por la noche, dejando la tarde para cosas mundanas como la comida (que normalmente se encargaba para recoger), el ocio (ver la tele o mirar al bosque de coníferas más allá de la ventana era lo más divertido que podías hacer... Si no tenías con quién hacer el amor), y las compras (controladas al milímetro por Grosinho).

La casa tenía varias habitaciones en las que se albergaban los

hombres y mujeres de la banda, pero la vida se hacía en el enorme salón. Una gran pecera encastrada ocupaba una de las paredes. Junto a ella había una barra de madera con varias banquetas que hacía las veces de bar. Dos grandes sofás de estampado animal en el centro de la sala y una cocina al fondo con los fuegos sin estrenar.

Hasta el momento, lo peor era dormir en la misma habitación que Pit y Bull en un colchón en el suelo. «Si dejo que duermas con las chicas, será como meter a un gallo en un gallinero», le había explicado el capo.

Al menos, la espía ya había tenido un momento de intimidad en el baño y se había puesto el reloj en la muñeca. «Ya estoy dentro», fueron las primeras palabras que transmitió vía Morse nada más ponérselo. «Me pica el chichi», fueron las segundas. SD le respondió a ambas con un lacónico «Ok». No había recibido ninguna instrucción especial y Jana no estaba segura de cómo proceder. Su estrategia, de momento, consistiría en permanecer atenta a cualquier detalle.

—Jana, coge el coche y espérame en la puerta. Nos vamos a por comida para Trini.

La espía no preguntó quién era Trini y por qué necesitaba una comida especial, pero era una salida y le hizo ilusión. De camino al garaje se topó con Yamila, que la miró con resentimiento. Acostumbrada a verla en su ajustado vestido de lentejuelas, le sorprendió su indumentaria más informal para ir por casa. Vestía unos vaqueros y una camisa a cuadros en tonos verdes que resaltaban su piel morena.

—Hola —balbuceó Jana.

—Que te den —le respondió la masajista sin mirarle a la cara.

Jana la vio avanzar por el pasillo hasta que desapareció al volver una esquina.

El copiloto en esta ocasión fue Pit. Grosinho se sentó atrás, sin ninguna compañía.

—¿Qué tal has dormido, Claudia? ¿Roncan mucho los chicos? —preguntó el capo.

—Pues un poco, sí. Especialmente Bull.

Pit rio.

—No se lo digas, ya te tiene bastante manía —le aconsejó Pit.

—Sí, me he dado cuenta.

También Pit iba vestido de manera más relajada con una camiseta de manga corta y bermudas. Jana, sin embargo, llevaba la americana que le había ofrecido Yamila. Le servía para alargar la manga y ocultar el reloj.

Dieron un par de vueltas hasta encontrar un sitio dónde aparcar.

Grosinho evitaba los aparcamientos videovigilados y no quería jugársela con una multa por dejar el coche donde no debía.

El destino era una tienda de animales.

—Tú entras conmigo —dijo Grosinho señalando a Jana—. Pit te quedas aquí. Me avisas si pasa algo raro.

—Entendido —respondió su guardaespaldas.

El capo y la espía entraron en la tienda. Grosinho miraba distraído las jaulas de pájaros y las vitrinas con arañas y serpientes.

—He pensado en tu sobrenombre. Claudia es muy bonito, pero debes utilizar una identidad falsa.

—Entiendo.

Jana daba por hecho que ni Pit ni Bull se llamaban así, y supuso que Yamila tampoco era el verdadero nombre de la masajista.

—Te llamaré Mia.

—¿Mia?

—Sí, es un personaje de *Fast and Furious*. Me gusta la actriz que la interpreta, aunque no me acuerdo cómo se llama.

—¿Me parezco a ella? —preguntó Jana.

—Para nada —Grosinho se detuvo en una enorme pecera. Golpeó el cristal con los nudillos y los peces se escondieron—. Esos naranjas de ahí le encantarán a Trini.

—Disculpa, jefe. ¿Quién es Trini?

—Mi madre —Grosinho se rio con estrépito y los pájaros se agitaron en sus jaulas—. Y mi anguila. ¿No la has visto?

—No.

—Es un poco tímida. Luego te la enseño.

Grosinho siguió golpeando el cristal para alterar a los peces hasta que la señora de la tienda le llamó la atención.

—Los quiero todos —dijo ante la sorpresa de la mujer.

Le llevó varios minutos hacerse con todos usando un colador. Grosinho y Jana la miraban mientras lo hacía, celebrando en su interior cada pez que entraba en la bolsa.

—Tienes enfadada a Yamila —le dijo el capo. Jana se atragantó con su propia saliva—. No le gusta que la rechacen, pero no te preocupes, se le pasará.

Mientras el capo pagaba, Jana sostenía la bolsa con todos los peces apelotonados en su interior y pensó que Yamila tenía razón cuando le dijo que con Grosinho todo era un poco raro.

—De todas maneras, hiciste bien en rechazarla. Si te llegas a acostar con ella, te hubiera partido las piernas.

El capo salió de la tienda dejando a Jana sin capacidad de reacción. La bolsa le temblaba en las manos. Se la puso a la altura de los ojos y miró a los peces que le pedían clemencia con la mirada. Tenía su vida en sus manos.

§

A Yamila le resultó muy gracioso ver a Jana portar una bolsa llena de peces.

—Son para Trini —se disculpó la espía, pero el comentario no hizo sino provocar la risa de la chica.

Jana siguió a Grosinho hasta el salón. La espía aprovechaba los momentos en los que el capo parecía relajado para observar con más detalle la arquitectura de la planta y las posibles vías de entrada o de salida. Cristal blindado, sistemas de cierre, persianas autoblocantes... Las ventanas no eran una de ellas. Aquello era una jaula dorada bien asegurada.

—Ven aquí, Mia —Grosinho estaba frente a la pecera.

—¿Mia? —preguntó Yamila que les había acompañado.

—Sí, ahora se llamará Mia.

La chica se mordió el labio mientras miraba de vez en cuando a la recién bautizada, que seguía sosteniendo la bolsa de peces.

—Soy bueno eligiendo nombres, ¿verdad, Yamila?

Jana la miró de soslayo para captar su reacción pero la chica se mantuvo impasible, como siempre. Pensó que sería una excelente contrincante de mus en el bar del pueblo. Grosinho abrió una tapa en la parte superior de la pecera y pidió a la espía que vaciara la bolsa en la caja que la cerraba. Jana esperó que los peces entraran a la pecera, pero no lo hicieron. Una trampilla inferior les impedía caer.

La anguila nadó haciendo eses hasta donde estaban ellos y Jana dio un brinco.

—Te presento a Trini.

Jana se agachó para ver más de cerca al animal. En un primer momento, le repugnó, pero no tardó en apreciar la extraña belleza de sus movimientos y a sentirse contagiada por la tranquilidad que transmitía. La luz azul del interior de la pecera añadía un efecto onírico al acuario.

—Mirad esto, chicas.

Grosinho dio un par de pasos atrás y obligó a las dos mujeres a hacer lo mismo. Con la nueva perspectiva, la pecera se veía en toda su longitud. El capo sacó su móvil y abrió su aplicación favorita. Apretó el botón *Feed*. La trampilla inferior se abrió y los peces nadaron más profundo hasta internarse en la pecera, ajenos a su inminente final.

Trini nadó hasta ellos a gran velocidad. Como un destello plateado pasó por las narices de Jana, que se vio reflejada como un borrón en sus ojos brillantes. La anguila dio caza a un par de peces. Jana apreció el tamaño de sus dientes y le comentó a Grosinho que

debía haber comprado peces más grandes.

—Sí, hay un rumano que podría darme algún barbo, pero no sé si Trini está preparada para eso.

La anguila atrapó otro pez entre sus dientes y un hilillo de sangre se mezcló con el agua. El capo invitó a las chicas a sentarse en el sofá. Su boca lucía una sonrisa de satisfacción.

—Entonces, ¿Yamila tampoco es tu verdadero nombre? —quiso saber Jana.

Grosinho rio.

—Claro que no. A Yamila me la encontré tirada en una esquina. Su chulo le había pegado una paliza.

Yamila asintió de manera mecánica. Se miraba las uñas y parecía estar muy lejos de ahí.

—Vaya. Lo siento. ¿Fue hace mucho?

—No... —comenzó a decir la chica hasta que Grosinho la interrumpió.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó molesto.

—No, a nada. Sólo quería ser amable.

—No estás aquí para ser amable, sino todo lo contrario —le recordó Grosinho—. Y ahora, lárgate.

El capo cogió del brazo a Yamila y la atrajo hacia él.

Jana iba a levantarse cuando alguien entró al salón. Era un tipo alto, atractivo y de ojos y piel clara.

—Espera, Mia —le ordenó Grosinho—. Te presento a Marcus.

El hombre se acercó a Jana y le tendió una mano delicada y suave. También su sonrisa cautivó a la espía. Las imágenes del informe de Dani no hacían justicia al abogado.

—Y antes de que lo preguntes, no, tampoco es su verdadero nombre.

—Hola, Claudia —le saludó Marcus.

Jana sonrió con timidez.

—Ahora se llama Mia. Como te comenté, es la nueva del equipo de seguridad. Dejó a Bull hecho una piltrafa y a Pit también le sacudió. ¿Qué me traes, sobrino? —le preguntó Grosinho.

El hombre se acercó y le tendió una carpeta. El capo miraba la carpeta y luego a Jana de manera alterna. Jana tenía la misma expresión confusa que el primer día que la vio, sentada en el sofá de enfrente, pero con la cara limpia y la nariz en su sitio.

—Vaya, vaya... —dijo Grosinho.

La carpeta estaba llena de informes y fichas policiales. Jana apenas vio unas fotos suyas de frente y de perfil, pero imaginaba que SD había hecho un gran trabajo colando su falsa identidad en la red de jueces y fuerzas de seguridad.

Yamila también se incorporó ligeramente para echar una ojeada

a los papeles.

—Vuelve a tu sitio —la empujó Grosinho—. Robo con arma blanca, trapicheo de drogas... Oh, vaya, tenemos una tentativa de homicidio aquí. ¿Qué pasó?

—Defensa propia —contestó Jana.

Grosinho soltó una risotada.

—Vamos, no somos la poli. Puedes contarnos la verdad —Inclinó la cara para rascarse la mandíbula y la luz remarcó las marcas de su cara.

—Permíteme que mantenga cierta reserva contigo —dijo Jana. Se arrepintió al instante de su respuesta. Había sonado soberbia y sabía que eso no iba a gustar a su jefe.

—Esto no va así, Mia, tenemos que confiar los unos en los otros —dijo Grosinho con una dulzura postiza.

Jana se inclinó y apoyó los codos en las rodillas. Todos la miraban expectantes.

—Pero no es mutuo. Has pedido que me investiguen, y me tendiste una trampa con Yamila.

La mandíbula de la masajista se tensó.

El jefe aguantó la mirada a Jana unos segundos, esperando alguna reacción, algún tic, algún renuncio, pero la espía se mantuvo de piedra. Grosinho sonrió.

—Vamos, era una prueba de confianza. Y la pasaste muy bien, ¿verdad, Yamila?

Yamila hizo una mueca para asentir, pero su gesto mudó cuando Jana se rascó tras la oreja y el reloj asomó bajó la manga de su americana. Aguzó la mirada y sonrió con media cara.

—Así que dejaste K.O. a Bull —se interesó Marcus.

El sol caía y las sombras se alargaban en el salón.

—Bueno, a Bull es fácil ganarle —dijo Jana—. Es como un tronco.

Marcus soltó una risotada, pero ninguno de los dos se dio cuenta de que tenían a Bull detrás. Había entrado al salón con Pit buscando a Grosinho. Bull miró a Jana con inquina, pero la espía ya se estaba acostumbrando a ver esa expresión en el rostro del gordo, y apenas le prestó atención. El jefe se movió molesto en el sofá.

—¿Qué pasa ahora?

—Es hora de irse —respondió Pit.

Grosinho miró el reloj. Jana venció la tentación de mirarse el suyo.

—¿Adónde vamos esta noche? —preguntó Jana.

—Preguntas demasiado, Mia. No me gusta.

El comentario generó un silencio en la sala y una sonrisa de satisfacción en Bull.

—Además, eso sólo lo sabe Pit. Él elige dónde vamos cada noche.

Marcus se puso en pie.

—Bueno, pues yo me marcho.

—¿Cómo? ¿Ya? ¿No vienes con nosotros?

—No, mañana tengo que madrugar para ir al juzgado. Te quieren cerrar el negocio, ¿recuerdas?

—Ah, sí —dijo Grosinho con fastidio—. Bueno, pues dales duro.

Marcus le tendió la mano y el capo la estrechó sin levantarse del sofá. Hizo una reverencia a las mujeres y salió del salón.

Grosinho se levantó y se asomó por la ventana. El ruido del coche de Marcus sonó hueco a través de los cristales blindados de la jaula de oro. El capo chascó la lengua.

Al salir, Jana pasó junto a Bull. Siempre que lo hacía le sorprendía cómo había sido capaz de haber tumbado a esa mole. Se acordó de Dani, y de Dani saltó a Martina, con su hija cogida de la mano caminando calle abajo de camino del cole.

§

En esta ocasión, las chicas se quedaron en la casa. La visita de Grosinho al *after* iba a ser breve. A Jana le pareció entender durante el trayecto que el capo se iba a reunir con un par de hombres en el reservado para tratar el tema de las comisiones. Corría la voz de que a Grosinho le estaban apretando las tuercas con el cierre de locales y temía perder poder a la hora de negociar.

Había poca gente en el local, muy lejos de duplicar el aforo limitado que era lo acostumbrado en los locales del gallego, pero todavía era pronto.

Grosinho se acomodó en un sofá y pidió una cerveza. Uno de los hombres con los que había quedado ya estaba esperando en la barra.

—Jana, dile a ese tipo que venga. Y tú quédate por la pista, atenta a cualquier cosa extraña. No quiero sustos esta noche.

La espía se acercó al hombre de la barra. Era poco más alto que ella, pero el doble de ancho. Tenía una espesa mata de pelo y se le acumulaba baba en la comisura de los labios.

—Grosinho te está esperando.

El hombre echó un último trago a su cerveza y se limpió con la manga de la camisa. Jana vio cómo subía las escaleras. Apenas apreció siluetas en la oscuridad que bañaba al reservado.

Se remangó con disimulo.

«Grosinho apurado. Planea golpe de autoridad».

Permaneció atenta a la respuesta, pero la música estaba muy

alta y, por más que se alejara de los altavoces, la vibración se le metía en el cuerpo y no estuvo segura de si había recibido una respuesta de su equipo.

«Imposible leer morse. Música alta. Más info después».

Dio una vuelta por la pista y no tardó en notar algo inusual entre la clientela. Había muchas chicas, más de las que solía haber normalmente. Jana se hacía hueco entre el tumulto agarrándolas de la cintura y haciéndolas a un lado. Muchas de ellas sentían curiosidad hacia esa persona que las trataba con tanta delicadeza. Salió por un lateral y las observó en la distancia, sentada en una taburete. Las chicas se hacían carantoñas, se hablaban con las bocas casi pegadas y se miraban con deseo.

—¿Por qué está esto lleno de bolleras? —se preguntó Jana. El volumen de la música le impedía escuchar sus propios pensamientos.

Las luces bañaban de manera intermitente al grupo de mujeres y a Jana le costaba hacerse con sus caras. De vez en cuando, sacaban el móvil, consultaban algo en él y se marchaban del local. La primera vez no le llamó la atención, pero se repitió un par de veces más, lo que le hizo sospechar de que estaba ante un método, un sistema organizado con algún fin.

Una pantalla se iluminó y Jana observó a la pareja que consultaba el móvil. Logró identificar a una de ellas cuando la luz que emitía el dispositivo se reflejó en su cara. Era Sofi, la corredora pelirroja con la que había hecho un trío un par de semanas atrás. Frunció el ceño. Sofi y su acompañante se reían y tocaban la pantalla. Por fin, la pelirroja agarró a la otra chica de la cintura y salieron del local.

Jana miró hacia el reservado. Grosinho parecía calmado, pero su interlocutor estaba más nervioso. Levantaba constantemente las manos en señal de paz. Dudó qué hacer. Quería saber dónde se dirigía Sofi con aquella chica, pero temía que Grosinho requiriera su presencia y no la encontrara.

Se la jugó y siguió a las chicas. Por suerte para ella, no fueron muy lejos y se detuvieron un par de portales más allá de la esquina. Los grabes de la música de la discoteca todavía se escuchaba alterando las pulsaciones de un barrio que debería estar durmiendo. Las chicas entraron al portal mientras se comían la boca.

Jana miró hacia arriba para ver la fachada. Los carteles quejándose del ruido salpicaban los balcones cerrados a cal y canto. La luz de uno de ellos se encendió. El piso no tenía cortinas y pudo ver a Sofi y a la otra chica besándose a través de la ventana. La pasión les hizo caer sobre el suelo y desaparecieron bajo el quicio de la ventana. Lo que sí apareció en la mente de Jana fue otra

imagen, muy parecida a aquella. Y la imagen vino acompañada de un pinchazo grueso justo en el centro de su cerebro. En su evocación estaba ella con Sofi y la chica que posteriormente vomitaría en la taza del váter en un piso que no conocían.

Tal y como Sofi le había contado, fue ella quien las llevó a aquel lugar. Con la mirada clavada en la ventana, Jana comenzó a recordar. Las había llevado al piso de uno de sus objetivos tiempo atrás al que tuvo que seguir por un caso de infidelidad. Se conocía sus rutinas, sus idas y venidas. Especialmente sus idas, sus ausencias, lo que le proporcionó la información necesaria para saber cuándo solía dejar el piso desocupado.

Se apoyó en una pared para no caer sacudida por su nuevo recuerdo. También recordó que apenas había dado dos sorbos a su cerveza y que, por tanto, su pérdida de memoria no podía venir por un consumo exagerado de alcohol, sino por otra cosa.

Se remangó.

«Necesito a M», pidió Jana a su reloj.

«Son las 4 AM. M no está», le informó SD. «Nueva info».

«Nada».

Jana ocultó su reloj cuando escuchó la puerta del local abrirse a lo lejos haciendo que la música recuperara sus agudos. Fue hasta ella al ver que Pit arrastraba algo pesado.

—Ayúdame con esto —pidió Pit. *Esto* era el cuerpo del tipo de la barra con un agujero limpio en la frente—. Tenemos que deshacernos de él.

—Joder —exclamó la espía.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto un muerto?

—¿Qué ha pasado?

Pit soltó una risotada.

—Se ha caído de bruces contra mi pistola —dijo—. Grosinho tiene razón: haces demasiadas preguntas.

Entre los dos metieron el cuerpo en el maletero del coche. Jana no sabía dónde iban. Sólo sabía que tenía un cadáver detrás que daba tumbos en cada curva. Pit permanecía en silencio, con la mirada puesta en la carretera.

Condujeron hacia un puente de hierro, en las afueras de la ciudad. Pit arrancó un trozo de quitamiedos a patadas y ataron al hombre ahí con su propio cinturón. Le sacaron los cordones de los zapatos para atarle las manos a la espalda. Cuando acabaron de amortajarlo, lo lanzaron al río entre los dos. Sólo cuando el cadáver quedó devorado por completo por las aguas del río, Jana tomó conciencia de lo que acababa de hacer y le sorprendió lo sencillo que le había resultado.

Pum, ras, zas.

Sujeta, abrocha, ata.
Lanza.Salpica. Glu, glu.
Así de rápido.
Así de fácil.

§

La pantalla de SD había traducido el mensaje. «P mata hombre. Puente hierro». La informática entró en su cueva con un café en la mano. Había tenido que adaptarse a los horarios de Jana, dormir por la mañana y trabajar por la noche, y el café era ahora su mejor aliado.

Se sentó en la silla que cedió un poco a su peso. Dio un sorbo y miró distraída la pantalla. Tuvo que leer tres veces el mensaje para acabar de creérselo.

—¿Qué hombre, Jana? —preguntó al ordenador.

Tenían que ser muy precisas con las comunicaciones, repensar las preguntas para hacer la conversación lo más eficiente posible. Si Jana había puesto «hombre» en lugar de una inicial ya conocida, significaba que no tenía importancia su identidad. Era un mero extra en la función que Jana usaba para aportarle un dato relevante: Pit había cometido asesinato siguiendo órdenes de Grosinho.

La cosa se ponía fea.

No sólo la hacker había adoptado los horarios de Jana. También Braulio pasaba las noches en su despacho a la espera de nueva información que requiriera una toma de decisión. La biblioteca era su escondite favorito por estar más escondida de la vista a pie de calle. Sólo y a oscuras hacía recuento de sus secretos.

—Braulio —le llamó SD. Tentaba a ciegas la pared, en busca del interruptor.

—No enciendas la luz —El jefe se asomó tras una estantería—. Ven.

SD tropezó con varios muebles en su intento de dirigirse hacia donde provenía la voz.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy empezando a desarrollar visión nocturna.

La hacker levantó una ceja.

—No me mires así, que te veo —dijo Braulio.

—Bueno, a lo que venía —siguió SD—. Ha escrito Jana. Han matado a un tipo.

—¿Qué tipo?

—No creo que sea relevante. Lo habría puesto.

—Es verdad, es verdad.

Poco a poco, la silueta del jefe se iba revelando entre tanta negrura.

—Está en el puente de hierro, imagino que lo habrán tirado al río y, si nos ha dado la localización, será porque seguirá por allí.

—Le habrán atado a algo para que pese y se hunda.

—Supongo —dijo SD.

Quedaron en silencio escuchando sus respiraciones.

—La cosa se pone chunga, jefe. Hay que avisar a la policía y sacar a Jana de ahí.

Braulio se mordía las uñas. SD lo supo por el ruidito de los dientes chascando contra los dedos. Le dio un manotazo que lo atolondró.

—No podemos avisar a la policía. Entrarían como elefante en una cacharrería —dijo Braulio—. Pero es verdad que Jana corre peligro—. Dio un par de vueltas por la biblioteca—. Iremos nosotros a por el cadáver.

—¿Quiénes? —preguntó SD, que se había girado hacia donde provenía la voz de su jefe.

—¿Ves a alguien más aquí?

—No —contestó SD—. De hecho, no te veo ni a ti.

—Iremos tú y yo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Antes de que la corriente lo lleve río abajo.

—Pero... —se quejó SD.

—¿No querías acción? ¿No querías que tu trabajo se viera? Pues aquí tienes la oportunidad. Ponte la chaqueta. Te espero en el garaje. Tengo que coger algunas cosas.

Cuando SD bajó al garaje, Braulio estaba subido en el coche de Jana. Se había puesto unos guantes de cuero y llevaba puestas las gafas de sol.

—Es de noche.

—Ya, era sólo para que vieras la estampa completa.

SD hizo alarde de temple y se guardó las ganas de contestar a su jefe que, ya sin gafas, estrujó el volante con sus manos.

—Qué buenos momentos —murmuró.

—¿Te recuerda al padre de Jana? —preguntó la hacker.

—Sí. Era un buen hombre. Siempre mueren los mejores, ya deberías saberlo.

—Entonces, me alegro de ser una antisocial amargada.

El rugido del motor retumbó en las paredes del garaje.

Ni SD estaba en forma ni Braulio acostumbraba a andar por caminos tan agrestes. Habían dejado el coche oculto tras la maleza de una carretera secundaria cercana al puente. Las ramas les arañaban la piel y el barro les alcanzaba los tobillos.

—¿Sabes qué te digo, Braulio? Que estaba mejor en mi cueva.

Alcanzaron el puente y avanzaron hasta llegar a su punto más alto.

—El palo —pidió Braulio.

SD sacó un palo de la mochila. Braulio lo desplegó hasta convertirlo en uno más largo y comenzó a hundirlo en el agua. Tanteó por varias zonas hasta que dio con algo duro. Hundió el palo un poco más.

—¿Algo?

—Creo que sí —respondió Braulio. Siguió pinchando con el palo sobre el objeto mullido que había localizado—. Sí, seguro que es él.

—Bien, ¿cómo lo sacamos?

Braulio abrió la mochila y sacó un arnés.

—Toma, póntelo.

—¿Perdona?

SD tenía las manos apoyadas en la cadera y miraba a Braulio atónita.

—Te lo pones así, entre las piernas.

—¿Para qué? —volvió a preguntar la chica.

—¿Para qué va a ser, SD? Para que no se te lleve la corriente.

—¿Y por qué se me iba a llevar la corriente?

El jefe exhaló un suspiro de impaciencia y se frotó las sienes.

—Porque te vas a meter al agua a por el cadáver —El nerviosismo se apoderó de su cuerpo y le hizo gesticular, marcando con las manos cada palabra.

—Ah, no, de eso nada —SD negaba con la cabeza. Pensó rápido una excusa—. ¿Acaso luego podrás sacarme, con lo que peso?

Braulio comenzó a bracear.

—SD, no es momento de discutir. Pronto amanecerá y no está bien que nos vean con un muerto a plena luz del día. Soy tu jefe y te ordeno que te metas al agua.

La hacker refunfuñó mientras se ponía el arnés. Braulio, a su vez, montaba una polea para ayudar a SD a bajar al agua.

—Ojalá me viera ahora la flaca de mi instituto.

—Toma —Braulio le tendió unas gafas de buceo y una linterna.

La chica se las puso y el jefe comenzó a soltar cuerda haciendo un esfuerzo que le costó una hernia. Acabó con los pies en la valla para ejercer el contrapeso necesario que impidiera que su subordinada se precipitara al río. Sin perder la referencia del palo que indicaba la situación del cadáver, SD se hundió en el agua. Estaba helada y una corriente le cruzó el cuerpo desde los pies a la coronilla. Aguantó. Pese a llevar puestas las gafas de buceo, veía poco. El río estaba sucio, lleno de barro y algas. Aun así SD no tardó en localizar el cuerpo. Nadó hasta la superficie y cuando sacó la

cabeza, levantó el pulgar. El jefe le lanzó otro arnés y volvió a sumergirse para atarlo al cadáver, con mortaja incluida.

Braulio la subió primero a ella, que no se lo puso fácil.

—Si no dejas de moverte, te tiro al río.

—Ya te dije que pesaba demasiado.

Entre los dos, tiraron de la cuerda para sacar al cadáver del agua y lo dejaron tendido en el puente. Tenía la cara morada e hinchada. Braulio le registró por si encontraba alguna identificación.

—Está limpio.

Le hizo fotos con su móvil desde diferentes ángulos, incluidas las suelas de las botas y tatuajes en los brazos, así como al interior de la boca. SD temblaba a su lado cubierta con una manta.

—Vale —dijo Braulio cuando se puso en pie—. Vamos a tirarlo al río.

—¿Qué? —gritó SD.

—Hay que tirarlo al río.

—¿Para esto me he mojado hasta la campanilla? —protestó.

—Si quieres te lo llevas a tu casa.

SD soltó un bufido. En cuanto volviera a estar seca pediría un aumento.

—Pues estoy congelada, así que eso ya lo haces tú solo.

Braulio se encogió de hombros y levantó el cadáver, lo que le costó otra hernia. Lo agarró del guardarraíl y lo levantó por encima del puente.

—Buen viaje —dijo justo antes de dejarlo caer.

Los dos se quedaron en silencio, mirando cómo se hundía el cuerpo lentamente, en el mismo punto en que Jana había estado unas horas antes.

El jefe se sacudió las manos y dio por concluida la noche.

§

Esa mañana, Jana soñó que el hombre del río volvía a por ella. Caminaba con el quitamiedos a su espalda. Los zapatos se le abrían porque no tenían los cordones y al tipo le costaba mantenerse en equilibrio. Tenía algas en el pelo y los hombros, y la cara amoratada y mórbida.

—Lo pagarás —decía, y luego la llamaba por sus tres nombres a la vez con la voz acoplada.

El corazón latía fuerte bajo el esternón y sudaba copiosamente cuando despertó. Lo primero que escuchó fueron los ronquidos de Pit y Bull. Más allá de eso, la casa estaba en silencio.

Se colocó de medio lado y se tapó la cabeza con la almohada para tratar de amortiguar el eco de los gruñidos.

Aunque había despertado, su mente seguía en una nebulosa. Del

puente de hierro se trasladó al piso de Martina. Jana la tenía agarrada de la cintura y estaban tumbadas en el sofá. Ese fue el momento en que las tres pecas de la mejilla de la argentina se emborronaron y Jana perdió la memoria, pero un nuevo pinchazo en el centro del cerebro le advertía de que no iba a tardar en recuperarla.

El sofá de Martina estaba mullido. O quizá era ella la que se sentía como una esponja. Enfocó la constelación de las tres pecas y luego viajó al espacio entre la nariz y los labios. Aterrizó la nave en los labios y ahí plantó su bandera.

Se llevó la mano a la boca. Casi le parecía sentir los labios de Martina sobre los suyos. Resultó que sí. Incapaz de mantener sus manos lejos de unas bragas, había hecho una tontería. Pero en su renovado recuerdo, la doctora le devolvía el beso y metía la lengua en su boca.

Recordó el calor de los cuerpos sobre el sofá, la humedad del beso y la entrepierna, su mano dentro de la camiseta de Martina, a punto de conquistar la cima de sus pechos hasta que el ruido de una puerta abriéndose las separó definitivamente. Después de eso, la espía había dormido hasta que se despertó con la melodía de la canción infantil de María.

Decidió levantarse y dar una vuelta por la casa. Apenas iba vestida con una camiseta y unos bóxer, pero no pensó que fuera a encontrarse a nadie.

Se vio reflejada en un espejo de la pared. Ya no tenía los ojos morados, pero sí ojeras y la cara pálida tras varios días sin ver la luz del sol.

Un rumor al final del pasillo atrajo su atención. Se asomó por la rendija de una puerta entreabierta. En la habitación, Yamila, con la cabeza cubierta por un pañuelo, rezaba de rodillas. Tras varias genuflexiones, giró la cabeza a ambos lados. Fue cuando miró hacia su derecha cuando vio a Jana. Sin embargo, su gesto no se inmutó y acabó su oración. Luego, se levantó y recogió la alfombra con parsimonia.

—Perdona, no quería molestar —se disculpó la espía.

Con la alfombra bajo el brazo, Yamila se puso a su altura.

—¿Crees en Dios, Claudia?

—Creo que ahora me llamo Mia.

—Lo que sea —dijo Yamila entornando los ojos.

—No, no creo. Si supieras por lo que ha pasado mi familia tú tampoco creerías —respondió Jana.

Yamila asintió sin mucha convicción y el velo se le resbaló por los hombros.

—Como si fuerais la única familia del mundo que habéis sufrido.

La chica se fue sin darle a Jana la oportunidad de replicarle. Tampoco hubiera sabido qué decirle.

Además, su reloj comenzó a vibrar. Pasaban las dos de la tarde.

§

El edificio del servicio secreto ya no tenía la misma vida que antes. Martina pudo apreciarlo. Ya no podía pasarse por el taller de SD para charlar un rato, ni tampoco estaba Jana dando vueltas por ahí sin tener un sitio donde caerse muerta, salvo el tatami del gimnasio. Todo estaba más tranquilo. El vacío que había dejado la espía era enorme y se preguntó cómo pudo haberse ganado un espacio así de grande en su vida en tan pocos días.

Sabía que seguía viva porque SD se lo decía, pero también sabía que SD no le diría ni la mitad de lo que se cocía en la misión, quizá porque ni ella misma lo sabía. Habían dejado a Jana sola ante el peligro, dentro de la jaula de los leones, y ella no podía hacer nada. Lo único que podía hacer por Jana era averiguar por qué perdía la memoria de manera tan repentina y profunda, y sin explicación alguna.

Repasó la lista de alimentos que había tomado Jana los días previos a sus lagunas y fue mezclando muestras con su sangre. Supo la respuesta cuando mezcló alcohol con el plasma de la espía. La reacción fue minúscula, pero lo suficiente para constatar que era eso lo que le afectaba. Un par de gotas habían provocado un efecto tres veces superior al de una reacción normal. Martina garabateó sus conclusiones en un papel, y fue directa a la cueva de la informática. Tenía que advertir a Jana de que no tomara ni una gota de alcohol más.

La cueva de SD olía a pollo frito. Movió el ratón y las pantallas se encendieron. El programa de comunicación con Jana estaba abierto. Era sencillo de usar: ella escribía la frase, el programa lo codificaba y lo emitía.

«No bebas alcohol», escribió.

Apenas lo envió, el cursor se movió sin que Martina tocara el ratón y abrió el bloc de notas.

«¿Quién eres y qué haces en mi mesa?», apareció en pantalla.

Martina escribió en el mismo bloc de notas, una línea más abajo.

«Soy Martina. Dormí», contestó la doctora en aquel chat improvisado.

«Pues yo apenas he dormido».

Martina entornó los ojos.

«Que duermas tú. Andá de vuelta a la cama».

«Esta misión va a acabar conmigo», escribió SD antes de cerrar la aplicación de notas.

La doctora esperó a que Jana contestara. Se quedó mirando la

pantalla a la espera de algún otro movimiento. La respuesta no tardó en aparecer en pantalla.

«Razón?».

Martina miró hacia un lado, tratando de resumir su análisis en una frase sencilla y clara que el programa pudiera traducir de manera fácil.

«Alcohol caca», escribió.

Era consciente de que no era su mejor frase, pero esperaba que Jana pudiera entenderla.

«Quien eres».

La pregunta sorprendió a la doctora. Jana había sido capaz de discernir que al otro lado no estaba SD.

«M», escribió. Esperó una respuesta, pero tardaba en llegar. "Duerme un poco más". Se tomó la licencia de no ahorrar en palabras.

«Ok», respondió Jana. La doctora esperó un poco por si añadía algo más, pero eso fue todo. Una corriente de aire frío recorrió el taller de informática y subió por la columna de Martina.

En la eterna penumbra de aquella casa, con las persianas bajadas cuando era de día y subidas cuando era de noche, Jana se imaginó a Martina en la mesa de SD. Cayó en la cuenta de que la cerveza era el elemento común a sus pérdidas de consciencia y sus lagunas posteriores. Por el motivo que fuera, un poco de alcohol la alteraba como si hubiera bebido litros. Si Martina le había escrito era porque SD no estaba, y no estaba porque dormía cuando ella dormía. Se le hizo raro que SD dejara su ordenador sin vigilancia, pero supuso que se habría puesto algún tipo de alarma en el móvil para detectar si alguien se metía en él. Hoy en día, todo está conectado, pensó.

Al llegar a esta conclusión, el calor comenzó a subirle de los pies a las sienes.

—Eso es —susurró.

Sigilosa, bajó al salón. La pecera de Trini estaba iluminada con luz ultravioleta. Se acercó al cristal y la anguila le enseñó los dientes.

—Mira que eres fea, pero me vas a ser de gran ayuda.

§

La enorme mesa del salón estaba llena de comida china que habían traído un par de hombres de Grosinho. Pit miraba a Jana tratando de adivinar algún cambio en su conducta después de haber lanzado al río el cuerpo del traficante.

—¿Habéis oído algo? —les preguntó el capo mientras

depositaban las bolsas en la mesa.

La gente se arrojó sobre ellas para elegir comida. Jana estuvo lenta y se quedó fuera. De la melé salió Yamila, que le tendió un tuper y un tenedor de plástico. «Si quieres comer tendrás que ser más rápida», le dijo.

—El mensaje ha llegado, jefe —respondieron—. Por lo demás, todo normal.

—Bien.

Y así, sin decir nada, Grosinho ya sabía que se había corrido la voz de la desaparición del traficante a manos de sus hombres, pero nadie la había denunciado. Probablemente, nadie lo hiciera. Ninguna persona denunciaba la desaparición de un traficante o un asesino a sueldo y verse implicado en un incómodo interrogatorio por un tipo que no suponía una gran pérdida para nadie.

Jana pensó en eso. Aquel traficante, por muy mala gente que fuera, tendría su familia, y estaba segura de que era por sacarla adelante por lo que se hizo camello. Podía haberse hecho fontanero o albañil o director de cuentas, pero para determinadas personas no hay posibilidad de elección.

—¿Ocurre algo, Mia? —le preguntó Pit—. Te noto distraída.

Había bajado la guardia un segundo y al jefe de seguridad le saltaron las alarmas.

—No, es sólo que no sé qué es lo que estoy comiendo exactamente —Jana abrió la boca y sacó algo viscoso.

—¿No habías comido nunca comida china? —quiso saber el capo.

—No —mintió Jana—. Mi dieta no ha sido muy variada, la verdad.

—Bienvenida a la buena vida —dijo Grosinho con los brazos abiertos. El jefe volvió a su comida y hurgó en la caja de fideos mientras miraba de reojo a Jana—. Dime, Mia, ¿qué hacías anoche en el salón?

—¿Anoche? —preguntó Jana para ganar tiempo.

—Sí, viniste al salón en bragas.

—Quería ver a Trini. No podía dormir y pensé que verla nadar me relajaría.

—¿Te ayudó a conciliar el sueño?

—No mucho, la verdad.

Grosinho asintió.

—El primer cadáver siempre es complicado —dijo sin dejar de masticar.

—Ya te acostumbrarás —añadió Pit.

Jana sonrió con su labio torcido.

Las tardes solían ser soporíferas en la mansión del capo gallego. Transcurrían lánguidas hasta bien entrada la noche, cuando se iban a un *after* a vigilar el negocio. El cielo negro devoraba poco a poco los rojos del atardecer a través de los ventanales del salón. Ver los atardeceres era uno de los pocos entretenimientos que había para los miembros de la banda mientras Grosinho se encerraba en su habitación con las chicas en unas jornadas maratonianas de sexo, alcohol y drogas.

—¿Quieres sentarte? Me estás poniendo de los nervios con tanto paseíto —le pidió Pit. Jana hacía un surco a lo ancho del salón, del sofá a la pecera, y vuelta al sofá.

—Viene Marcus —dijo Bull, que estaba asomado al ventanal.

Pit se levantó y fue hasta allí, más por estirar las piernas que porque dudara de Bull.

—Avisa al jefe, Mia —le ordenó.

Jana salió del salón.

Mientras subía las escaleras podía oír los gemidos de las chicas. Afinó y filtró los jadeos de Yamila. Le parecían fingidos. Eran escandalosos y la modulación apenas variaba. Estaba claro que Grosinho había caído en el engaño; de lo contrario, ya se habría desecho de la masajista.

Esperó a que acabaran. Tras un par de minutos desde que los jadeos cesaran, Jana golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Qué? —preguntó Grosinho. Su voz sonaba cansada.

—Marcus está aquí —le dijo a la puerta.

—Voy.

El capo salió de la habitación con la camisa abierta y subiéndose la bragueta. Jana dio un paso atrás para dejarle paso mientras miraba de soslayo al interior de la habitación. La prostituta rubia, de quien Jana tardó en saber su nombre, fue al baño de la habitación, pero Yamila yacía desnuda sobre la cama con la mirada clavada en Jana. Pequeñas gotas de sudor brillaban en su piel morena.

—¿Quién eres en realidad, Mia? —le preguntó.

Jana levantó las cejas con sorpresa, pero no contestó. Dio media vuelta y siguió los pasos del capo.

Grosinho protestaba mientras bajaba las escaleras.

—Este no me trae más que malas noticias. ¿Qué *carallo* querrá ahora?

Pero no eran malas noticias lo que traía Marcus. A Jana se le encogió el corazón al ver quién acompañaba al sobrino. Grosinho la vio primero.

—¿Y quién es esta pedazo de mujer? —le preguntó después de echarle la bronca por haberle dado un susto innecesario.

—Se llama Alexandra —dijo Marcus.

Jana estaba parada a los pies de la escalera incapaz de reaccionar. La aparición de la prostituta rusa no estaba dentro de los planes de la misión. Alexandra todavía no la había visto, y temía que su identidad quedara al descubierto por un descuido de su confidente.

—Oh, rusa. Ahí hace mucho frío, ¿no? —Grosinho hablaba con Alexandra, que respondía risueña a sus preguntas.

—Tú y yo tenemos que hablar —susurró una voz tras Jana.

Tenía pegado a su espalda el cuerpo todavía caliente de Yamila y su aliento le hizo cosquillas en la nuca. Podía oler su sexo. La empujó para hacerse paso y el traspiés de Jana llamó la atención del resto de los presentes. También la de Alexandra, que palideció. Marcus la agarró de la cintura.

—¿Estás bien, cariño? —se preocupó. La notaba tensa y algo fría.

Jana tomó la iniciativa antes de que aquello se descontrolara.

—Sí, es que nos conocemos de antes —dijo.

—Anda, ¿conoces a Mia? —preguntó Grosinho.

Alexandra tardó en reaccionar.

—Bueno, sí, pero no la conocía por ese nombre —contestó.

—No pensaba que fueras de esas, Mia.

La complicidad con la que Grosinho la miró le repugnó.

—¿De cuáles?

—De las que contratan a putas.

—Alexandra no es una puta —dijo Marcus—. Ya no —Su voz se desvaneció lentamente.

—Bueno, deja los tecnicismos para los recursos legales —le dijo Grosinho irritado por la reacción inmadura de su sobrino—. Vamos al sofá y tomemos un café.

La prostituta rubia bajaba de la habitación en ese momento y Grosinho aprovechó para mandarle a hacer cafés.

—Para mí no traigas, Celeste. Me voy a dar una ducha —dijo Yamila.

—Os podíais haber duchado juntas —le gritó el capo cuando Yamila ya subía las escaleras—. Estas mujeres me van a arruinar. Ten cuidado, Marcus, que te despluman en seguida.

La socarronería de Grosinho sentaba al abogado como un culatazo en la sien. Sonrió por cortesía y anunció que aquella noche saldrían con ellos al nuevo local.

—¿Y a qué debemos el placer de tu presencia?

—Bueno, hace mucho que no salgo, y me apetece bailar un poco con Alexandra.

La rusa, más calmada, sonrió a su novio.

—Bah, lo que hacen ahí no es bailar. Parece que les dan descargas al cuerpo —Grosinho se movía imitando el baile de sus clientes. Todos rieron más por temor que por la propia gracia.

Alexandra buscaba de vez en cuando a Jana, pero esta estaba más interesada en la pecera que en ella.

La tarde caía lenta y pesada tendiendo en el aire una espesura que aplastaba los cuerpos, cada vez más escurridos en el sofá.

—Alexandra sabe leer los posos del café —dijo Marcus.

—¡No me digas! Eso le encantará a... —Grosinho miró a su alrededor—. ¿Todavía sigue en la ducha esta chica? Jana, ve a ver qué le pasa a Yamila —Jana obedeció—. ¡Y recuerda! Se mira, pero no se toca.

—Sí, señor.

Desde la habitación se escuchaba el chapoteo del agua en la bañera. Jana llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Mia.

—Pasa.

—Prefiero esperar. Grosinho te echa de menos.

Se escuchó el chapoteo un poco más y luego el desagüe comenzó a tragar agua.

—Grosinho es un cabrón —dijo Yamila cuando salió del baño envuelta en una toalla.

Jana le pidió silencio llevándose el dedo a los labios, lo que provocó la risa de la masajista.

—Aquí no hay micros. Y la única cámara que hay es la que usa para grabarse follando.

Sin pudor alguno, Yamila dejó caer la toalla y comenzó a vestirse delante de la espía.

—Hay algunas preguntas que quiero hacerte —dijo la masajista.

Jana rio.

—No creo que estés en condiciones de exigirme respuestas. Voy a decirle a Grosinho que bajas ahora.

—No, un momento —rogó Yamila que la retuvo agarrándola de la muñeca. El reloj quedó al descubierto—. No hemos empezado bien, lo siento—. Cuando la soltó, se acomodó el vestido y se sentó en la cama para calzarse—. Ven aquí.

La mano de Yamila golpeó el colchón. Jana la miró con desconfianza.

—Sin trucos, lo juro.

—Está bien.

Jana se sentó a su lado y observó a la chica mientras se ponía los zapatos de escandaloso tacón.

—No sé cómo puedes andar con eso.

—Te sorprendería la de cosas que soy capaz de hacer en tacones.

Yamila sonrió de manera sincera por primera vez desde que Jana la conociera, y a la espía le gustó cómo los mofletes le redondeaban la cara y encogían sus ojos.

—Mira, en realidad sí que estoy en posición de exigirte respuestas.

—Habías dicho que sin trucos —le reprendió Jana.

—Aquí la de los trucos eres tú —dijo Yamila, y ante la expresión confusa de Jana se explicó—. Dime cuál es el truco para entrar en esta casa sin reloj y aparecer con él horas después.

Jana se bajó la manga de manera instintiva.

—¿Quién eres, Claudia? Si ese es tu verdadero nombre, que también lo dudo.

La pregunta de Yamila se quedó en el aire. Jana se levantó y se marchó.

—Le diré a Grosinho que enseguida bajas.

—¡Claudia! —la llamó antes de que se marchara—, tú y yo nos parecemos más de lo que crees.

Jana arrugó las cejas y salió de la habitación.

§

Las palabras de Yamila rebotaban en su cabeza y ni la música estridente del *after* las silenciaban. La miraba bailar en el centro de la discoteca, asomada desde el reservado. Se contoneaba en un círculo vacío. Si algún despistado se acercaba a ella, aparecía de las sombras uno de los hombres de Grosinho para quitarle la idea de la cabeza.

—¿Te gusta? —le preguntó el capo a sus espaldas.

—Es muy guapa —dijo Jana. Era inútil mentirle.

—Oculta algo. Estoy seguro. Es demasiado inteligente como para acabar de puta de un capo de medio pelo.

—¿Quieres que la espíe?

Grosinho rio ante la idea.

—Ya te gustaría, pero no.

El capo se acodó en la barandilla, de espaldas a la pista. Las luces alumbraban de colores los recovecos de su tez picada.

—A quien sí quiero que espíes es a la nueva chica de Marcus.

—¿A Alexandra?

—Como se llame. Marcus es un gran abogado, pero los chochos le vuelven gilipollas. Me juego demasiado como para meter a una cualquiera en mi casa.

Volvió a girarse para ver la pista. Yamila y Celeste subían las escaleras, cansadas ya de bailar, pero Jana y Grosinho siguieron

mirando hacia abajo, donde Marcus y Alexandra bailaban a su propio ritmo.

—Será un trabajo fácil para ti. Ya la conoces, ¿no?

—Sí.

—La confianza ya la tienes ganada. Averigua todo lo que puedas de ella.

—Sí, señor.

Yamila tropezó con un trozo de moqueta roto y se agarró a Jana para no caer.

—Oh, vaya, qué brazos más fuertes —dijo. Había bebido. Le brillaban los ojos y su cara empezaba a desencajarse—. Me estoy meando.

—Celeste, acompáñala —ordenó Grosinho—. Tú también, Mia. Y llévate al baño también a Alexandra. Que se despegue un poco de Marcus.

Las tres mujeres bajaron despacio las escaleras. Yamila se colgaba del cuello de Jana que la sujetaba con fuerza de la cintura.

—¿Los brazos fuertes los has sacado del mismo sitio que el reloj? —le preguntó al oído.

Jana sopesó la respuesta.

—Más o menos. Ambos son herencia de mi padre.

—Qué bonito —dijo la chica, y acto seguido apoyó su cabeza en el hombro de la espía.

Llegaron al baño. En la fila se cruzaban las mismas conversaciones que Jana escuchó tiempo atrás en su primera inspección del entorno de Grosinho.

—Celeste, ¿puedes ir a por Alexandra?

La chica, que parecía vivir sólo para cumplir órdenes, buscó a la prostituta. Cuando quedó engullida por la gente, Yamila se incorporó.

—Al grano. ¿Quién eres? —preguntó de sopetón.

—Sabía que no estabas borracha.

—Soy una esponja. Venga, dime quién eres.

—Estás un poco pesadita con eso. Me llamo Claudia. ¡No! Me llamo Mia.

—¡Y una mierda! —saltó Yamila. Por encima del hombro de Jana vio cómo se acercaban Alexandra y Celeste—. Mia, Claudia o como te llames, me la voy a jugar contigo. Sé que no eres quien dices ser, pero yo tampoco —La agarró por los hombros—. Soy espía del servicio secreto marroquí. Estamos tras Grosinho desde hace un par de años, cuando dejó un reguero de cadáveres en mi país.

La mandíbula de Jana cayó, dejándole la campanilla al descubierto.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Yamila, ahora con la voz temblorosa.

—No lo sé. Ya he perdido la cuenta... —respondió Jana con la cara desfigurada por las luces. Necesitaba ganar tiempo ante la revelación de la supuesta masajista de Grosinho.

—Ya estamos todas —dijo Celeste cuando llegó.

La rubia cogió de la mano a Yamila y se la llevó a uno de los urinarios. Jana y Alexandra se quedaron fuera.

—¿Estás bien? —le preguntó la prostituta.

—Sí, sí —respondió cuando pudo reaccionar. El gesto de confusión se tornó en enfado—. ¿Se puede saber qué haces con Marcus?

Alexandra se cruzó de brazos.

—Es un buen hombre. Mi caballero andante.

—Oh, vamos, Álex, ¿no te creerás esa patraña?

La mujer resopló molesta.

—Me ha sacado de la calle y está enamorado de mí. Con eso me vale. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí metida?

—¿Cómo que te ha sacado de la calle?

—Pues eso. Una noche vino con el coche por nuestra zona. No sé qué buscaba, pero dio conmigo y me metió al coche. Me dio una chaqueta de punto y me pidió que me la pusiera. Bromeé. Le dije que de normal los clientes me pedían que me quitara la ropa, no que me la pusiera. Él se rio y me dijo que me necesitaba para hacer un recado. Está guapísimo cuando sonríe, ¿a qué sí?

—Céntrate, ¿qué quería?

—Ah, no, no te lo voy a contar. Lo vas a poner en peligro —dijo Alexandra.

—Tú ya estás en peligro, Álex.

La prostituta se puso a la defensiva. No pensaba hablar más. Tampoco les quedaba tiempo. Las dos chicas de Grosinho salían del baño en ese momento.

—Vamos arriba —ordenó Yamila. Volvió a hacerse la borracha y a anclarse al cuello de Jana—. Dime que no me he equivocado contigo, Claudia —le susurró al oído—. Por favor...

—Me llamo Mia —le cortó Jana con la mandíbula apretada.

Yamila tragó saliva.

De vuelta al reservado, la marroquí se sentó junto a Grosinho fingiendo que todo estaba normal, que estaba borracha y sin muchas ganas de mantenerse despierta. Sólo Jana apreció el cambio en su expresión. Grosinho le había pedido que espiara a su propio sobrino. Bien podría haberle pedido a Yamila que la espiara a ella. Aunque su instinto le decía lo contrario, no podía bajar la guardia.

—Te veo bajo de forma, sobrino. Nos han cerrado ya un segundo

local —le soltó el capo.

Marcus se masajeó el puente de la nariz.

—¿Podemos dejarlo por una noche?

—No, no podemos. Ya conoces la expresión esa de los tiburones. En este negocio, si no te mueves todo el rato, te mueres.

Alexandra se sentó junto a Marcus y se ganó la mirada desconfiada de Grosinho.

—Mañana lo hablamos, ¿vale? Tengo un plan para afrontar los nuevos litigios. Descuida, tío.

Grosinho se reclinó en el sofá y tendió los brazos a lo largo. La cabeza de Yamila cayó sobre su regazo.

—Por favor, Mia, llévatela a casa —dijo con hastío—. Pero recuerda...

—Se mira, pero no se toca. Ya.

Grosinho hizo una pistola con sus dedos y la disparó.

Jana cogió el cuerpo de Yamila en bolandas y salió por la puerta de atrás. Con el aire de la calle, Yamila recuperó la compostura.

—Puedes dejarme en el suelo.

Se metieron en el coche y no cruzaron una palabra en todo el trayecto. De vez en cuando, Jana apartaba la mirada de la carretera para posarla en ella. El viento mecía las copas de los árboles con fuerza y el ruido se mezclaba con el ronroneo del motor.

—Tengo que cogerte en brazos —dijo Jana cuando llegaron—. Ya sabes, por las cámaras.

Yamila cedió.

—Lo hago sólo porque me gusta estar en tus brazos.

La chica encajó su nariz en el cuello de Jana, que la llevó a la habitación que compartía con otras chicas.

—¿Hay cámaras aquí? —le susurró, antes de dejarla en la cama.

—Sí.

Jana miró a su alrededor de manera disimulada, pero no vio nada.

—¿Cómo lo sabes?

Yamila sonrió. Estaba tumbada de medio lado, con la cabeza apoyada en la mano. El pelo le caía salvaje por los hombros y se extendía por la almohada.

—Ya te lo he dicho —Su voz sonó más cercana al sueño que a la realidad.

La espía se agachó y la besó en la frente. En algún rincón de su memoria guardó el aroma a vainilla que desprendía Yamila.

—Que descanses.

Se incorporó y la chica le agarró la mano suavemente. Sus dedos se deslizaron conforme Jana se alejó de la cama.

Cerró la puerta despacio, para conservar de alguna manera el

momento que habían tenido en aquella habitación. Las cámaras podían haber grabado un beso y unas manos que se acarician, pero jamás hubieran sido capaces de captar la relación que ahí nacía. Afortunadamente para ellas.

Sentada en el sofá del salón, Jana hizo repaso de todo lo que sabía. Tenía la espalda y los brazos cargados, y empezaba a notar el cansancio acumulado tras varios días con el horario del revés. Se acordó de SD y la llamó. Quizá ella pudiera ayudarle a ordenar sus pensamientos. Se remangó la americana de manera discreta.

«Tengo novedades».

En el tiempo que la hacker tardó en responder, Jana volvió a recordar el beso con Martina, pero ahora su aroma se mezclaba con el de Yamila.

«Adelante», contestó SD.

Jana no sabía por dónde empezar. Y aunque lo supiera, le costaría un mundo reducir los mensajes a código Morse.

«Pecera conectada a app», comenzó Jana. «Cámaras en red».

«Eso es oro», le dijo SD. «Modelo y número de serie».

A Jana le llevó un rato transmitirlo todo.

«Entraremos», contestó la hacker.

«Hay más info».

«Dispara»

«Solicito reunión».

«En persona?».

«Sí».

SD tardó unos segundos en responder.

«Tiempo», solicitó.

Jana se imaginó a su compañera subiendo por el montacargas y entrando al despacho de Braulio para consultarle. O quizá el jefe estuviera allí con ella, leyendo los mensajes en la pantalla, deliberando qué medidas tomar. La cautela de Braulio le impediría cerrar una reunión, pero sabía que si Jana lo pedía, era necesaria.

«Establece lugar y fecha», respondieron finalmente al otro lado.

«Os haré saber».

Se frotó las sienes con fruición. Ladeó la cabeza y miró a Trini, pero algo en la parte superior captó su atención. Encima de la pecera, donde había una buena colección de botellas de licor, vio una lucecita parpadeante dentro de una de ellas.

Jana hizo una pistola con los dedos y disparó a la cámara.

§

Al día siguiente, tal y como Marcus le había prometido, se reunieron en casa de Grosinho para hablar de sus negocios. Jana estaba en el salón junto con Pit y Bull, pero, a diferencia de ellos,

no miraba a los dos hombres; ella miraba a la botella con la cámara en su interior.

—Vamos, tío, ¿es que no te cansas, siempre lo mismo?

Tío y sobrino estaban sentados en los sofás, uno enfrente del otro. Estaban relajados, pero sus cuerpos se fueron tensionando conforme la conversación avanzaba.

—¿Cansarme de qué? —Grosinho se retorció los dedos de las manos.

—Viviendo de noche, durmiendo de día...

—Es cuestión de acostumbrarse.

Alexandra presenciaba la escena en silencio, sentada junto a su novio. Su indumentaria había cambiado. Llevaba un pantalón ajustado negro y una camisa blanca. Su maquillaje era natural, casi imperceptible, y Jana pudo apreciar una nueva belleza en el rostro sereno de su amiga. Se la notaba tranquila, segura. Las arrugas de expresión alrededor de los labios y entre las cejas, labradas por años de preocupaciones, casi habían desaparecido. Jana le sonrió, y Alexandra la miró con dulzura.

—Ya, pero debe ser agotador vivir siempre con miedo a que te pillen, o a que te pegue un tiro un traficante harto de pagarte comisiones —insistía Marcus.

—Así me ha tocado, sobrino. Tampoco creo que valga para otra cosa.

—¿Así toda la vida?

Grosinho rio.

—No creo que viva mucho, pero lo que viva, lo pienso vivir bien.

—¿Bien? ¿Rodeado de seguridad, siempre desconfiando?

—¿Te crees que a ti te quiere Alexandra? —Grosinho elevó la voz.

La prostituta dio un brinco en el sofá.

—Venga, no te hagas la ofendida. Sabemos de sobras que aquí ninguna mujer nos ama —El capo se echó para atrás y cruzó las piernas—. Chicas, iros a dar un paseo.

Yamila y las chicas enfilaron hacia la puerta, pero Jana no se dio por aludida.

—Tú también, Mia —dijo el capo.

—¿Yo?

—Sí —Grosinho le clavó la mirada, luego la dirigió hacia Alexandra.

La rusa miró a Marcus y este asintió. Se levantó y siguió a Jana.

La espía echó un último vistazo a la botella. El parpadeo de la cámara perdió el ritmo un momento, y luego lo recuperó.

«Estamos dentro», recibió en su reloj.

—Está bien —dijo Jana.

Fue extraño salir de casa a plena luz del día. El sol les hizo daño en los ojos, pero lo agradecían en su piel.

—Chicas —dijo Jana dirigiéndose a Yamila y Celeste—, id a dar una vuelta.

La rubia obedeció, pero Yamila se quedó parada. Estaba un poco encogida por el frío, con los brazos cruzados y las rodillas juntas. Cualquier temperatura era baja con un vestido tan corto.

—Luego hablamos. Te lo prometo.

La marroquí se quedó conforme y acompañó a Celeste haciendo equilibrios para caminar por la gravilla con sus enormes tacones.

Jana y Alexandra pasearon por el sendero que daba a la casa y se internaron un poco en el bosque que la rodeaba.

—Estás en peligro, Alexandra.

—Siempre lo he estado —respondió con amargor en la garganta.

—No, esto es diferente. Esto te puede matar.

—Jana, cualquier noche podía morir. He muerto y nacido muchas noches. Un cliente borracho, o un loco, o uno de los chulos rebotados por no haber sacado suficiente dinero. Al menos ahora ya no me molestarán más.

—¿Qué quieres decir?

Una ráfaga de aire levantó el tupé de Jana.

—Se los cargó. La noche que vino a por mí, después de hacer el recado, volvimos a nuestra zona, y me pidió que les señalara quiénes eran mis dueños. Dos disparos en la frente —Alexandra se señaló el punto donde impactaron las balas.

—¿Y aún así no ves que estás en peligro? —replicó Jana. Alexandra enmudeció. Hacía dibujos en la tierra con la punta del zapato—. ¿No sabrá que tienes un hijo?

—¿Cómo ocultarías tú que tienes un hijo? —saltó Alexandra.

Jana recordó a Martina y María y agitó la cabeza.

—Cuéntame qué hicisteis. ¿Para qué te quería Marcus?

—Fue raro al principio. Aunque él no me ha contado nada, lo entendí poco tiempo después —Levantó la cabeza y aspiró el aroma a pino—. Fuimos a una casa. Un piso en una de las calles aledañas a un local de Grosinho. Lo habitaba una mujer, una señora muy mayor. La casa olía a cerrado.

—¿Qué quería Marcus de ella?

—Comprarle el piso —respondió la ex prostituta con calma—. Le dio un adelanto ahí mismo, un fajo de billetes en una bolsa de deporte. Dijo que yo estaba embarazada, que necesitábamos un lugar para empezar nuestra familia, pero no tenía mucho dinero. La mujer les dijo que había mucho ruido por el *after*, que era imposible

vivir allí. Marcus le contó una milonga —Jana escuchaba paciente, pero le hizo gracia escuchar esa palabra con el acento búlgaro de Alexandra—. Le dijo que, de todas maneras, no íbamos a dormir mucho con el bebé.

—¿Y ya? ¿Eso era lo que quería? —preguntó la espía.

—Sí, lo hicimos un par de veces más esa noche. Todo gente mayor, sin parientes cercanos, cansada de no dormir por las noches.

—¿Qué pretende Marcus? ¿Hacerse con un imperio inmobiliario?

—Todos los pisos que compramos aquella noche estaban cerca de los *after* de su tío.

Jana se rascó la barbilla.

—Marcus tiene el poder de cerrar los locales de Grosinho. Sólo basta con dejar de litigar y que la administración haga su trabajo —pensó en voz alta—. ¿Y es eso de lo que quería hablar con Grosinho ahora?

—Lo dudo —dijo Alexandra—. Aunque Marcus quisiera compartir su estrategia, no se atrevería a contársela a su tío. Sabe que le mataría. Por eso quiere quitárselo de en medio.

—¿Quitárselo de en medio?

Alexandra se señaló de nuevo el centro de la frente.

—¿Asesinos a sueldo?

—No lo sé. No sé hasta dónde ha llegado a elaborar el plan Marcus.

—Vamos, que llevo días infiltrada en su banda para acabar con el jefe y al final va a ser su gente la que lo elimine.

—Jana, tú también estás en peligro. Esto no es un juego de niños, esto no va de robarle la receta a la competencia.

—Dime algo que no sepa.

Las dos mujeres se quedaron mirando los árboles. Una nube tapó el sol y les sobrevino el frío.

Alexandra tenía razón. Marcus no le dijo nada de sus planes a Grosinho. Cuando las chicas entraron en el salón, los hombres charlaban de manera distendida con un par de whiskys en las manos. El sobrino le habría contado otra milonga de las suyas y había conseguido relajar a Grosinho.

Antes de marcharse, Marcus prometió poner todas las trabas posibles a la justicia para evitar más cierres de locales.

Puro teatro. Los dos hombres lo sabían.

El abogado agarró de la mano a su chica y se fueron. Jana y Alexandra se miraron una última vez con la misma sensación que tenían cuando se despidieron en el rellano de la rusa.

—¿Le has sacado algo? —preguntó Grosinho a bocajarro cuando

los invitados se fueron.

—No mucho, la verdad. Tiene miedo.

—Me importan un *carallo* si tiene miedo —El golpe que dio a la mesa se oyó en toda la casa.

—Creo que tengo algo por donde tirar, pero necesitaré salir esta noche para averiguarlo.Sola.

Cuando escuchó esto, el capo se abalanzó sobre ella y la agarró del cuello. No dijo nada durante los segundos en los que a Jana le faltó el aire que, pese al sufrimiento, se mantuvo imperturbable. Su cara se iba poniendo cada vez más roja, y las venas de sus sienes eran incapaces de retener la sangre un segundo más.

—Más vale que sea así —susurró Grosinho. Luego la lanzó contra el sofá.

Jana soltó una bocanada de aire de golpe y tosió hasta recuperar la respiración. Yamila la miraba en la distancia, impotente.

§

Debía ser rápida. Golpeó en la esfera del cristal hasta entregar el mensaje del lugar y hora a la que podía quedar con alguien de su equipo. Sabía que la hora era intempestiva, pero SD le seguía el ritmo.

También era muy probable que alguien de la banda de Grosinho la siguiera, por lo que debía extremar las precauciones cuando salió de la casa con uno de los coches del capo.

—Una cerveza —pidió Jana en el bar donde se produciría el encuentro—. Perdón, mejor un café.

Se sentó en una mesa, bien visible desde el exterior. Se lo quería poner fácil a quien la estuviera siguiendo. Su enlace no tardó en llegar. Se sentó en la mesa de atrás, de manera que sus sillas quedaban espalda con espalda.

—Debemos ser rápidas —dijo Martina.

La voz de la doctora recorrió las venas de Jana y bombeó fuerte a su corazón.

—¿Qué haces aquí? —Jana quiso girarse, pero se contuvo—. ¿Y María?

—Al grano, Jana.

La voz de Martina sonaba dura. Casi irreconocible.

—No sé por dónde empezar. ¿Tenéis pinchadas las cámaras? —Apenas le dio tiempo a Martina de responder que sí cuando Jana le siguió preguntando—. No deberías estar aquí. Es peligroso. ¿Por qué no ha venido Dani?

—Lo he pedido yo.

—¿Por qué? —preguntó Jana extrañada.

—Quería verte —Martina chascó la lengua—. Bueno, verte o escucharte. Me da la sensación de que te hemos dejado

abandonada.

—Así son las misiones —dijo Jana, que hacía bolitas con la servilleta.

—Bueno, ya, pero la cosa se está poniendo re fea. Temo por ti.

—Y yo ahora temo por ti. Te estás exponiendo de manera innecesaria.

Jana escuchó a Martina removerse en su silla.

—¿Qué más tenés que contarme?

—Hay una mujer, una de las chicas de Grosinho. Dice ser una espía marroquí.

—Sí, es cierto. ¿Lo sabes?

—Sí, me lo dijo ella, decía que sospechaba de mí y me lo confesó.

—Vaya con la mora —dijo Martina algo molesta.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Es espía?

—Sí. Cuando pinchamos las cámaras, localizamos a todos los miembros de la banda. Los marroquís no falsifican las fichas policiales tan bien como nosotros. Vamos a contactar con ellos.

—Bien.

Intercalaban largos silencios para no comprometerse demasiado por hablar tanto solas.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—¿A qué te refieres?

—A la misión, boluda.

Jana suspiró aliviada.

—Aun no lo sé. Se está complicando. Marcus está comprando pisos en las calles de los *after* de Grosinho.

—¿Pisos?

—Sí, creo que los está comprando baratos, para luego venderlos más caros, cuando le vayan cerrando los locales.

—Especulación inmobiliaria *made in Spain* —dijo la argentina—. Ahora entiendo sus últimos movimientos en los juzgados.

—¿Qué pasaba?

—Se ha... relajado, por así decirlo.

—Grosinho está con la mosca detrás de la oreja. Me ha mandado espiarle. Tengo que llevarle algo al amanecer o... —Jana se quedó a mitad.

—¿O qué?

—Nada, no te preocupes.

El bar comenzaba a llenarse de gente y resultaba difícil entenderse entre el jaleo.

—Hay más —siguió Jana—. Marcus está planeando algo contra Grosinho. No sé si matones o qué. Lo quiere fuera antes de que se de cuenta de sus maniobras.

—Tenemos que sacarte de ahí —Martina estiró una mano por detrás y tiró de la chaqueta de Jana. Era lo más cercano que podía estar de acariciarla.

—Una última cosa —dijo la espía. Dudaba si contárselo.

—¿Qué? —preguntó con impaciencia Martina.

—Nada —Jana se echó para atrás—. No es de la misión.

—¿Y de qué es?

Jana no contestó.

—¿María está bien?

—Olvidá a María. ¿Qué más me tenés que contar? —el tono de la argentina empezaba a alterarse.

—El otro día recordé lo que me pasó las últimas veces que perdí la memoria.

—¿Recordaste?

—Rellené las lagunas.

La argentina se tomó su tiempo para reaccionar.

—¿Todas?

—Sí —Jana se arrepintió de habérselo contado—. Siento haberte besado.

—Yo... —comenzó a decir Martina con su suave acento, pero no siguió.

—Está bien. No hace falta que digas nada.

—En realidad, sí —dijo Martina. Jana volvió a notar cómo le tiraba de la chaqueta—. Te acabo de meter en el bolsillo una pastillita. Tómala media hora antes de beber alcohol para neutralizar sus efectos.

—¿Media hora?

—Sí, lo siento, no me ha dado tiempo a elaborar algo más inmediato.

—Gracias, Martina.

Ya era imposible entenderse hablando de aquella manera y las dos mujeres callaron. Aun sin cruzar una palabra, Jana se hubiera quedado ahí toda la noche, con Martina a su espalda. Cuando abrían la puerta del local, el aire empujaba el perfume de la argentina hacia su mesa, momento en que Jana cerraba los ojos y rememoraba sus besos.

Cuando no pudo estirar más su café, Jana dio por concluido el encuentro.

—Ahora me voy a levantar y me voy a ir. Tú quédate aquí. Te seguiré hasta casa para que no te pase nada.

—Me ha acompañado Dani.

—Ah —La revelación le pilló por sorpresa—. Claro. Bueno, nos vemos pronto.

—Te sacaremos de allí.

Jana se levantó y una volada de aire arrastró las bolitas de papel por la mesa.

«Cuidate», le dijo Martina cuando pasó a su lado.

§

Había una lluvia de estrellas, pero las luces de la ciudad la eclipsaban. De todas maneras, era lo que menos le interesaba a Jana en ese momento, cuando subía las escaleras de uno de los pisos de los que Alexandra le había hablado.

Pegada a la pared, peldaño tras peldaño, Jana recapituló la situación. Marcus tenía en sus manos el negocio de Grosinho, pero sabía de sobras que jugaba con fuego. Y la expresión no era una metáfora. Al capo le gustaba su forma de vida, donde tenía un poder incuestionado ganado a base de violencia y represión. Bajo la piel picada de Grosinho, se percibía la rabia. Una rabia producida por el miedo constante, a la traición, a la muerte en cada esquina. Sin haberla pisado, sus huesos se corroían con la humedad de las paredes de su cárcel interior. Jana sabía que Marcus no le había propuesto el nuevo negocio a su tío porque jamás lo aceptaría. No iba con él. Grosinho hacía tiempo que había muerto; Marcus sólo se encargaría de hacerlo material. Lo que sí había hecho Marcus era llenar el nido de su tío de víboras haciendo la vista gorda con las fichas policiales falsas de Yamila y Jana.

Se parapetó en la pared y subió sigilosamente los últimos peldaños hasta llegar al rellano en cuestión. En realidad, el esfuerzo por mantenerse sigilosa era estúpido en un barrio en el que la música del *after* lo inundaba todo. La puerta estaba cerrada con llave, por lo que no podría abrirla de manera discreta. Escuchó voces en su interior y aquello no le encajó. Salió del edificio y dio la vuelta a la manzana, hasta dar con la parte de atrás del bloque. Del agujero de una tubería salía un hilo de agua sucia que se escurría hasta el centro de la calle. Tres pisos no le parecían mucho. Se agarró a la tubería y trepó hasta alcanzar un hueco en el enladrillado. La subida era sencilla, más bien parecía una invitación a los ladrones a escalar y llevarse todo lo que quisieran. A Jana no le extrañó que la señora quisiera vender aquel inmueble.

Alcanzó el tercer piso. La ventana estaba abierta, pese a que la noche era fría. Entró despacio y sacó el arma. Al estirar la manga, vio el reloj de su padre. ¿A cuántos habría matado él en sus misiones?

Con cautela caminó por el pasillo de la casa, hacia donde provenían las voces. La mano le temblaba y sólo esperaba no tener que disparar. Sujetó la culata con la otra mano para afianzar el disparo.

Una puerta le separaba de la habitación de donde provenían las voces, y sólo entonces se dio cuenta de que no era una conversación lo que ahí dentro acontecía. Era algo más salvaje, parecido a una pelea.

Pegando la oreja a la madera, logró discernir dos voces femeninas y no tardó en caer que aquello tampoco era una discusión.

Dio una patada a la puerta y se plantó en el centro de la habitación de un salto, con los brazos bien tensos y perpendiculares al suelo, y el arma apuntando a la cama. Por la mirilla de la pistola vio a dos mujeres desnudas retozando sobre el colchón. Las chicas gritaron asustadas y se taparon con las sábanas.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

Una luz de neón morada que titilaba como si le costara decidirse si quedarse encendida o fundirse para siempre iluminaba la estancia jugando de manera caprichosa con la cabellera rojiza de una de las chicas.

Tras unos segundos de tensión, la mujer del pelo rojo se armó de valor y bajó la sábana hasta la nariz. Cuando logró discernir el rostro de Jana entre las sombras abrió los ojos con sorpresa.

—Tú —exclamó.

—¿Sofi? —Jana aguzó la mirada para cerciorarse de que la oscuridad no la engañaba—. ¿Qué haces aquí?

La espía bajó el arma a media altura. La otra chica también se asomó.

—¿Y tú? —Sofi retiró la sábana lo justo para que le tapara los pechos—. ¿Puedes apartar el arma, por favor?

Jana miró su pistola como si la viera por primera vez. Se la guardó a la espalda, pero se mantuvo alerta por si necesitaba volver a desenfundar.

—¿Qué haces aquí? —insistió la espía.

—¿A ti qué te parece? ¿Me estás siguiendo? —Sofi ayudó a la otra chica a retirar la sábana que la tapaba—. Vaya trazas tienes siempre de dar conmigo. O estás borracha, o me persigues mientras corro o, directamente, me apuntas con un arma.

Jana se rascó la frente y concedió que sus encuentros habían tenido unos inicios poco corrientes.

—Poco corrientes, dice —protestó Sofi dirigiéndose a la otra chica, que seguía aterrada.

—Escucha, Sofi, necesito saber qué haces aquí.

La pelirroja suspiró con impaciencia.

—Respóndele tú, anda —le pidió a su amante.

La otra chica miró a Sofi y luego a Jana.

—Pues... follar —tartamudeó.

—Bueno, ya, me lo imaginaba. Me refería a qué hacéis en este piso abandonado.

—¿Ahora vienes con pegas para hacer el amor en pisos abandonados? ¿O es que sólo lo puedes hacer tú y quien tú quieras? —preguntó Sofi.

—No, no van por ahí los tiros. Y que conste que yo no te llevé a un piso abandonado. El piso al que fuimos estaba habitado, pero su dueño estaba de viaje —Jana echó una ojeada a la habitación. Sobre el cabecero de la cama había un Sagrado Corazón de Jesús y las mesillas estaban decoradas con tapetes de ganchillo. Olía a sexo y a naftalina.

Sofi alargó la mano hacia su mesilla, lo que alertó a la espía. Echó la mano a la espalda y agarró la pistola.

—Tranquila, que no tengo ningún arma —dijo Sofi. Alcanzó el móvil que había sobre su mesilla y se lo tendió a Jana—. Hay una aplicación que te dice los pisos abandonados que hay sobre la zona. Cuando te metes en uno, haces check-in; cuando sales, check-out, y así se actualiza en tiempo real.

Jana miró la aplicación. Sobre el mapa, un icono de una cama indicaba los lugares libres. En el momento que lo miraba, un par de camas desaparecieron del mapa.

—¿Cómo se llama la aplicación?

—Asaltacamas —indicó la otra chica.

—¿Y quién lo actualiza? ¿En qué se basa?

—Ni idea —dijo Sofi—. Pero la información es fiable.

Jana pensó que el propio Marcus podría estar detrás de eso, ofreciendo un picadero gratis para hacer más inhabitable todavía el edificio a los vecinos y rebajar el precio de compra.

—Y cada noche hay más —dijo la amante de Sofi.

El abogado no perdía el tiempo.

—Tenéis que dejarlo. Es peligroso.

Sofi protestó.

—Pero si esto lo empezaste tú. Tú fuiste la primera asaltacamas.

Jana reflexionó un momento sobre eso. Su problema con el alcohol, su información como espía y sus ganas de follar habían iniciado una especie de movimiento sexual del que Marcus se podía haber aprovechado para sus intereses. De haber dicho que no a Braulio, quizá ahora ella estaría en la cama con Sofi, preguntándose por qué narices había una persona apuntándole con una pistola.

—Pues mejor me lo pones. Yo lo empecé, y ahora yo lo voy a terminar. Es peligroso —dijo Jana—. Ahora, vestíos.

Las chicas esperaron a que Jana saliera de la habitación, pero estaba plantada y no parecía tener pinta de moverse de ahí. Sofí cayó en la cuenta de que las dos mujeres que había ahí ya la habían

visto desnuda, así que se sacudió la timidez y salió de la cama en busca de su ropa. La otra chica la siguió.

—¿Peligroso por qué?

—No puedo decírtelo —Jana miró a Sofi vestirse—. Escucha, sé que no tenemos una relación normal, pero confía en mí. Corre la voz. Desinstalaos la aplicación y haced el amor en los portales, como se ha hecho toda la vida.

Sofi, ya vestida, se plantó frente a Jana con los brazos en jarra. Resopló y un mechón de su pelo salió volando.

—Tú antes molabas, tía.

La espía las escoltó hasta el exterior por la puerta principal.

Ahora sólo faltaba saber cómo le iba a explicar todo eso a Grosinho.

SE ACABÓ LA FIESTA

A Jana le parecía una chorrada, y por eso le hería que su padre le estuviera abroncando de aquella manera. Estaban en el salón de su casa. La chimenea chisporroteaba y, junto con una lámpara bajo la que su madre solía leer sentada en el sillón, era la única luz que iluminaba la estancia. Pero ahora su madre no estaba leyendo sino que era espectadora de la discusión entre su hija y su marido. Sus sombras se proyectaban agrandadas en la pared. Jana mantenía la cabeza agachada mientras su padre le hacía saber lo decepcionado que estaba con ella.

—Es que alucino contigo, Jana. ¿Cómo has podido hacer algo así? —Su voz sonaba más grave de lo habitual—. ¿Es que no vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga, papá?

—Joder, yo qué sé, que lo sientes o algo.

Podría haberlo dicho, pero Jana no se arrepentía. Sus compañeros habían acudido a ella para intentar sacar las preguntas del examen de historia del profesor Robledo. A nadie del colegio, ni del pueblo ni, se atrevería a decir, de la comarca, le caía bien Robledo.

—Que me da igual que no caiga bien, que lo que has hecho está mal —insistía su padre.

Robledo era tan malo como descuidado. Si no lo hubiera hecho Jana, lo habría hecho cualquiera, pero ella necesitaba el dinero. Había visto un juego de micros en una tienda de espías en la ciudad que quería conseguir a toda costa.

Aprovechó un momento en el que el profesor había salido de su despacho para entrar y rebuscar en su maletín, ese maletín de cuero que corrompía el aire de la clase. Robledo tenía una especie de lenguaje secreto con él. Si entraba en el aula balanceándolo, estaba de buen ánimo. Si lo sujetaba tenso, la jornada lectiva iba a ser dura, recitaría la lección como un autómata y no resolvería dudas ni, por descontado, repetiría nada. El que no fuera rápido tomando

notas podía darse por perdido. Esos días, todos se encomendaban a Pili, la mejor estudiante del curso.

Pero el día que Robledo entraba a clase con el maletín bajo la axila los alumnos se agarraban a sus asientos mientras maldecían: había examen sorpresa.

Sergi, que era el delegado de clase todos los años, se le acercó y se lo pidió.

—Necesitamos saber qué va a preguntar, porque si no, es imposible.

Apenas habría dos o tres personas en su clase que querían ir a la universidad. Pili, el propio Sergi y alguna persona más, pero todos querían aprobar el examen de Historia para darle en las narices a Robledo. Aun así, Jana tenía sus dudas. Si aprobaban todos, el resultado sería tan inverosímil que se descubriría el pastel. Pero si se enteraban los demás de que tenían las preguntas del examen y nos las habían compartido se enfadarían con ella.

—Hazlo por Pili —insistió Sergi.

Jana levantó una ceja.

—Se te nota mucho, Jana. Si dejaras de mirarle el culo cada vez que sale a la pizarra...

Lo que le faltaba. No sólo que la gente supiera que le gustaba el rollo espía sino que además fuera lesbiana. Se sintió desnuda ante la insinuación de Sergi.

—Bueno, vale —dijo Jana acalorada—. Lo haré.

El delegado la abrazó con fuerza. Tenían doce años, estaban entrando en la adolescencia y todo les parecía tremendamente grave o despreciablemente trivial. No había grises.

Jana notó las sacudidas de su padre. Le había agarrado del brazo y le pedía explicaciones.

—¡No me toques! —gritó Jana.

Su madre se quitó las gafas que se había puesto para leer e interrumpió la discusión.

—Calmaos los dos —dijo.

—No, que se calme él —exigió la hija—. A ver si no le voy a ver en toda la semana y cuando por fin aparece es para echarme la bronca.

—Me mato para sacar adelante esta familia. ¡Eres una desagradecida!

—¡Y una mierda! —saltó Jana—. Aquí la única que saca adelante la familia es mamá, que es la que está en casa, la que hace la comida, la que plancha, la que friega los platos... para que tú llegues el domingo y te tumbes en el sofá y no muevas un dedo.

La mano de Juan se estrelló en la cara de su hija tan fuerte que Jana estuvo a punto de caer. Durante un rato, siguió notando en su

mejilla las callosidades de las manos de su padre.

—A tu cuarto.

Su mujer le reprendió con la mirada, pero Juan ya no estaba en sus cabales y le resultó imposible razonar con él.

Al escuchar los pasos de Jana subir la escalera, el abuelo fue a su habitación. Encontró a su nieta tumbada en la cama con las botas pisando la colcha de ganchillo.

—No teníais que haber aprobado todos. Se os ha notado mucho —le dijo.

Jana tenía la almohada tapándole la cara y se la retiró.

—¿Qué dices? —dijo mientras se sorbía los mocos. Se hizo a un lado y su abuelo se sentó en la cama.

—Pues eso, que si tú y unos cuantos más hubieseis suspendido, no se habría notado el robo del examen.

—¿Y tú cómo sabes lo del robo? —preguntó Jana entre hipo e hipo.

El hombre se señaló la sien.

—Recuerda que soy un espía.

Jana rio.

—Un abuelo chocho eres tú.

—Eso también —El abuelo le tendió un pañuelo de tela. Jana vio que tenía sus iniciales bordadas en una esquina—. Escucha, tu padre tiene un trabajo difícil, a veces siente que no le compensa, que debería pasar más tiempo con su familia, estar más seguro en casa..., pero es su obligación.

—A ver, que es representante comercial, no se juega la vida —Jana dejó un rastro de mocos en el pañuelo, justo entre la J y la B —. Me da igual lo que me diga. Mañana se vuelve a ir y hasta la semana que viene no lo veré.

Cuando atardecía, era el único momento del día en que la casa estaba en calma. Todos habían pasado por el baño y se resguardaban en sus habitaciones. Su abuelo le golpeó en los talones y los pies de Jana salieron disparados.

—No pises la colcha de tu abuela.

Luego, con denotado esfuerzo, se levantó de la cama y limpió la marca de las suelas en el ganchillo. Tenía los ojos vidriosos, pero Jana ya no distinguía si era por la edad o por el recuerdo de su mujer fallecida pocos años atrás. El abuelo arqueó la espalda y le crujieron un par de vértebras.

—No dejes que se vaya sin despedirte de él —le dijo antes de salir de la habitación.

Jana despachó el consejo con un movimiento de la mano. Se metió bajo la manta y cerró los ojos. Su abuelo tenía razón. No tenían que haber aprobado todos. A ella le daba igual suspender o

no porque no pensaba ir a la universidad. Lo mismo que sus compañeros. Podían haberse sacrificado por el bien de la misión. La pérdida para ellos tampoco habría sido mucha y ahora Pili no tendría que repetir el examen. Y encima su padre le echaba la bronca por haber querido ayudar a sus compañeros. Odiaba discutir con él. Habían desaparecido las tardes de domingo jugando al fútbol. Su padre llegaba muy cansado a casa y ya no tenía ganas de nada. Apenas hablaba y, cuando lo hacía, solía estar de mal humor porque dormía entre poco y nada. Su madre le defendía ante las protestas de su hija. Argumentaba que su padre se estaba haciendo mayor para estar todo el día en la carretera, pero ni siquiera ella misma se convencía.

Jana se durmió deseando volver a tener doce años y jugar con su padre al fútbol en la puerta del granero.

Amanecía cuando Juan entró en la habitación. El chirriar de las bisagras coincidió con el canto de un gallo a lo lejos. Jana estaba despierta, pero se hizo la dormida. El hombre se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

—Te quiero —susurró—. Adiós, pequeña.

Se hizo una bola y contuvo sus ganas de saltar de la cama y darle un abrazo.

Tumbada en el suelo de la casa de Grosinho soñó que su primo Benja iba a buscarla a la laguna. Los amigos de Jana se reían de él al ver cómo su tripa botaba a la carrera, pero Benja los ignoraba.

En el sueño, que era a la vez recuerdo, Jana salía del agua y cuando llegaba a la altura de su primo, lo veía rojo y con las mejillas mojadas.

—¿Qué pasa, Benja?

Tal era el sofoco que llevaba el joven que casi no podía contestar.

—El tío Juan... Tu padre, Jana... —tomó aire para soltarlo al instante siguiente—. Ha muerto.

Bum.

Jana dejó de ver por un instante.

—¿Qué dices?

Benjamín hundía la cabeza en las rodillas. Jana se agachó y le obligó a mirarle. Pili se acercó a ellos.

—¿Qué ha pasado?

Entre la fatiga y la calamidad, al primo le costó un buen rato contárselo. Con cada resuello, iba guardando aire para una palabra.

—Tu padre... se ha matado... en un accidente de coche.

Jana saltó como un resorte.

—No, no, no... —Era incapaz de decir nada más.

Pili la abrazó y lo que en cualquier otro momento podía haber

sido el gesto más esperado por Jana, se convirtió en su peor pesadilla. Lloraba desconsolada sobre los pechos de su amiga, que sabía que su abrazo era lo único que podía entregarle a modo de consuelo.

§

Una mano igual de grande y callosa que la de su padre agitaba el cuerpo de Jana contra el suelo

—¿Estás bien? —escuchó como un eco—. Mia, ¿estás bien?

Jana logró despertarse. Tenía la cara contra la almohada, que estaba empapada.

—Estabas llorando —Pit le miraba desde arriba. Parecía preocupado, pero era difícil saberlo viéndolo desde tan abajo.

—Estoy bien —La espía logró levantarse. Había dormido de medio lado, echa una bola, y ahora le dolía el hombro derecho. Al ponerse frente a Pit identificó cierta inquietud en su mirada.

—No por mucho tiempo —dijo Bull con sorna.

—¿Qué hablas? —preguntó Jana.

Pit le puso una mano sobre el hombro.

—Tienes que darle el parte de tu salida de anoche al jefe —dijo Pit.

—Más vale que tengas algo bueno o no llegas a la noche —Bull se hizo crujir los nudillos.

—Si mi muerte depende de ti, estoy a salvo.

El chico se mordió el labio e hizo amago de lanzarle un puñetazo. Pit le puso una mano en el pecho para detenerlo.

—Grosinho te espera abajo. No tardes.

Los dos tipos salieron de la habitación. Tenían que pasar de medio lado por las puertas.

Como si estuviera esperando el momento en que dejaran sola a la espía, Yamila entró en la habitación.

—¡Qué mal huele aquí! —dijo nada más cruzar el umbral.

A Jana le sorprendió la visita de la joven. Miraron de soslayo a una esquina del techo.

—Dime que tienes algo —susurró Yamila.

Jana asintió.

—Yo también —contestó. Se mordió el labio para no contar nada más, pero a Jana no le hizo falta. Su reloj comenzó a picarle en la muñeca.

«Estamos coordinados con moros».

«Ok», contestó.

—Me quedo más tranquila, la verdad.

Los ojos de las chicas se quedaron enganchados unos segundos. Jana admiraba las sombras verdes y brillantes que lucían en los párpados de Yamila. Pensó que le daban un aire marciano y se

preguntó cómo sería en la vida real, sin tener que fingir ser una prostituta; si sería de vestidos o de vaqueros, si sería vegana o comería carne, o si sería de té o de café. También se la imaginó de niña, una niña entrometida y preguntona a la que le encantaba meterse en lío todo el rato. A Jana le hizo gracia su propia ocurrencia.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Yamila.

—Por nada. Vamos abajo o daremos de qué hablar —dijo.

El torrente de pensamientos se cortó ahí.

La banda estaba al completo en el salón. Los hombres de seguridad vestidos de negro. Las mujeres, de vivos colores. Grosinho iba de gris, a juego con el color de su piel y las escamas de Trini. Formaban una familia extraña, pero eran una familia al fin y al cabo, con sus jerarquías, sus papeles, su pasado descompuesto, y su futuro incierto, pero ligado. Jana, al igual que ellos, era una descarriada. Para su madre o para Martina sólo era un lastre, un punto negro, un pozo de preocupaciones, y pensó que no se merecían eso.

Trini nadaba a lo largo de la pared del salón. El capo le había echado algunos peces desde el móvil, ajeno a que con eso había abierto una grieta en su férrea seguridad. Grosinho era un tipo de cejas partidas y nudillos pelados. Heridas de guerra de peleas en callejones con las que se fue forjando su imperio. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que algo tan inocente como una aplicación móvil para alimentar a su anguila le podría poner en peligro.

—¿Y bien? —preguntó a Jana cuando la tuvo delante. Los huesos de su mandíbula bailaban bajo la piel.

—Marcus trabaja a tus espaldas.

El capo se dio la vuelta para ver a Trini. Tenía las manos en un puño, metidas en los bolsillos.

—Está comprando pisos cercanos a tus locales muy baratos. Así, cuando te los cierran, se revalorizan y podrá ganar un buen pellizco cuando los venda.

—¿Cuántos tiene ya? —La voz de Grosinho rebotaba contra el cristal de la pecera y le llegaba distorsionada. Jana recordó la pantalla de la aplicación que había en el móvil de Sofi.

—Una veintena. Quizá más —dijo omitiendo la parte de las asaltacamas.

—¿Por qué no me lo ha contado? —preguntó.

—Pensaba que no te interesaría, que lo interpretarías como una traición.

—¡Porque lo es! —gritó el capo. Trini se escondió tras unas rocas.

Los talones de Grosinho se clavaron al suelo y giró sobre ellos. Se rascó la barba de dos semanas, las que llevaba Jana infiltrada en su banda.

—Pit, llama a Arti. Pídele lo mismo que la última vez.

El jefe de seguridad tragó saliva.

—¿Es totalmente necesario?

Grosinho le clavó la mirada por su osadía a cuestionarle.

—Si quiere hacerlo por libre, tendrá que acabar conmigo antes.

—Está bien —dijo Pit. La piel de su rostro había perdido el color.

Bull dejó la mirada perdida en un punto indeterminado mientras su gesto se tornaba cada vez más infantil.

—¿Quién es Arti? —preguntó Jana corroída por la intriga.

—Mia, Mia, Mia —Grosinho se le acercó despacio. Cuando llegó a su altura, le agarró la cara con fuerza—. Sigues haciendo demasiadas preguntas —El capo la soltó con violencia y Jana estuvo a punto de caer—. Sólo necesitas saber una cosa: Arti viene de artificiero.

—¿Para qué quieres un artificiero aquí?

Grosinho rio, incapaz de creerse que Jana siguiera esperando respuestas por su parte.

—Vamos a invitar a Marcus a una fiesta y, cuando esté dentro, volaremos esto —dijo haciendo un círculo en el aire con el índice.

En el semblante de los miembros de su banda se veía que nadie, salvo el capo, deseaba esa fiesta.

—¡Alegrad esas caras! —dijo Grosinho—. Esta noche tenemos fiesta. Probablemente, la última de nuestras vidas.

La gente comenzó a moverse hacia direcciones opuestas. Las mujeres subieron arriba para arreglarse, los hombres tomaron posiciones y Grosinho se quedó de pie observando cómo Trini salía de su escondite con timidez.

Yamila y Jana se miraron una última vez antes de que sus caminos se separaran.

§

Pit tenía la mirada fija más allá de las copas de los árboles frente al gran ventanal del salón. Jana llevaba observándole un tiempo, preguntándose cómo acabó allí. El tipo estaba completamente estático, con las manos agarradas a la espalda y el gesto duro. Le recordó a Robledo. Sólo le faltaba su maletín apestando a cuero rancio debajo del sobaco. Esa noche Jana también se iba a examinar.

Por el camino llegó un furgón oscuro y ambos voltearon la

mirada hacia él.

—Arti ya está aquí —informó a su jefe.

—Bien. Vendrá cargado. Baja a ayudarle. Mia, acompáñale —ordenó Grosinho.

Jana alcanzó a Pit antes de que llegara al *hall*, escaleras abajo.

—¿Qué va a pasar, Pit? —le preguntó mientras trataba de detenerlo sujetándole del brazo.

—Que vamos a morir todos, seguramente —Miró con impaciencia a la puerta—. La última vez que hicimos esto perdimos al 90% de la banda. Es una locura. Fuego y disparos por todos los lados. Y las pobres chicas...

El timbre sonó y Pit abrió la puerta. Una sonrisa forzada se dibujó en su cara.

—¡Arti, cuánto tiempo! —Le estrechó la mano con fuerza.

El tal Arti era un tipo de brillante calva, pequeño y orondo. Mordisqueaba un palillo y sudaba copiosamente. Colgados de sus hombros llevaba fardos de explosivos como si fueran bolsos de mercadillo.

—Déjalo todo por aquí —le pidió Pit.

—Hay más en el furgón —dijo con voz cascada.

Entre los tres descargaron el resto de las cosas y las fueron dejaron en la entrada. De nuevo, a Jana le sorprendió la familiaridad con la que cargaba los explosivos programados para explotar poco tiempo después.

Cuando acabaron, las gotas que salpicaban el polo del artificiero a su llegada se habían convertido en ronchas de sudor que le empapaban toda la tela. Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se lo pasó por la frente. Una vez recuperó el aliento golpeó el hombro de Pit.

—Me alegro de que sigáis vivos —dijo.

Pit se encogió de hombros.

En el salón comenzó a sonar la música.

—¿Está arriba? —preguntó Arti. Pit asintió—. La verdad es que no entiendo estas fiestas que os montáis.

El artificiero se agarró al pasamanos y subió la escalera poco a poco. Cada escalón le parecía un Everest. Grosinho le esperaba arriba con un par de whiskys en la mano. Le ofreció uno cuando alcanzó la cima.

—Preferiría agua —dijo el artificiero entre resuellos.

—No tenemos —Grosinho le alargó el vaso y Arti se lo bebió de un trago—. Me alegro de verte, Arti. ¿Qué tal te trata la vida?

—Mal. A ver si me jubilo de una vez —protestó el tipo—. No vuelvo a subir estas escaleras, así que antes de bajar a colocar toda la carga quiero que me pagues.

Mientras Grosinho iba a por el dinero, el artificiero echó un vistazo al salón y comentó que era una pena destruir todo aquello.

—Una auténtica pena —dijo, y miró a Bull buscando su aprobación.

El segurata seguía con el rostro desencajado y apenas pudo decirle que sí. Algunas de las chicas aparecieron en el salón. Caminaban pegadas formando una piña, y la confusión se reflejaba en su cara. Arti no se esperaba la presencia de mujeres y no supo cómo encajarlas en el plan con los explosivos y la música. Grosinho sabía que al artificiero le costaría comprenderlo. Volvió al salón con una gran cartera de tela en las manos.

—¿Cuánto te debo? —dijo abriendo la cremallera, pero antes de que Arti pudiera contestar, sacó una pistola de la cartera y le apuntó en la frente—. No puedo dejar que salgas de mi casa con todo lo que has visto. Gracias por tus servicios. Buen viaje.

Los gritos de las mujeres taparon el sonido del disparo. Arti cayó al suelo con un agujero entre las cejas y con cara de no entender nada.

Grosinho se limpió las gotas de sangre que habían salpicado su cara.

—Qué puto asco, joder. Escóndelo abajo —le ordenó a Bull—. ¡Chicas, limpiad la sangre!

El capo se fue de la escena del crimen tratando de no pisar el charco rojo que se estaba formando bajo el cuerpo inerte de su fiel proveedor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jana a Pit. Seguían ordenando las cargas en la entrada.

—Mejor que no lo sepas.

Pit subió y Jana aprovechó el momento para mandar un mensaje a su equipo.

«Sacadnos de aquí».

§

Durante el tiempo que los hombres de la banda de Grosinho tardaron en colocar los explosivos alrededor de la casa hubo un silencio funerario. En lugar de poner flores, ponían cargas de dinamita escondidas entre arbustos, muebles, y recovecos. Y en lugar de llorar y consolarse unos a otros, apenas se miraban y se mostraban fríos entre ellos.

En la planta de arriba, el ambiente no era mucho más alegre, pero al menos sonaba la música. Las chicas bailaban en el salón tratando de olvidar el agujero en la frente de Arti, su cuerpo

desplomándose en el suelo y el charco de sangre creciendo como un río desbordado.

Cuando acabaron de colocarlo todo, los hombres se unieron a la fiesta con el ánimo de convertirla en la mejor fiesta de sus cortas vidas. Trataban de seguir el ritmo de la música al tiempo que manoseaban los cuerpos de las chicas. En cuestión de segundos se habían olvidado de lo que les deparaba el destino. O quizá eran más conscientes que nunca y prefirieron abandonarse a él. Tipos como ellos no llegaban a viejos. Grosinho se mostró benevolente con ellos.

—Hoy no os voy a prohibir que toquéis a las nenas.

Aun así, nadie se acercaba a Yamila. Era la favorita del jefe y este la tenía bien sujeta en el sofá. Jana permanecía de pie, con las manos entrelazadas en la espalda, viendo nadar a Trini.

—¿No bailas, Mia? —le preguntó el capo.

—No, estoy bien.

—No bailas, no bebes... Eres un poco aburrida —dijo. Grosinho miró a Yamila esperando que estuviera de acuerdo.

—Yo eso lo supe el primer día, cuando no quiso acostarse conmigo —dijo la chica.

El recuerdo le sacó una carcajada a Grosinho.

—Hay que ver, parece que haya pasado un año —dijo con melancolía. Soltó un momento a Yamila y se inclinó sobre la mesita para rellenarse el vaso de whisky—. No te he agradecido todo lo que has hecho por mí, Mia.

El capo se levantó y se acercó despacio a la espía con el licor en la mano. Los dos siguieron con la mirada el cuerpo de Trini serpenteando bajo el agua de un lado a otro de la pecera.

—En dos semanas has hecho más que muchos de mis hombres en toda una vida de servicios. Hemos huido de una redada en coche, te has deshecho de un cadáver y has destapado los planes que mi sobrino tramaba a mis espaldas—resumió—. Pit está impresionado contigo, no sólo con tus habilidades, sino también por tu discreción. E impresionar a Pit no es fácil.

Ambos miraron al jefe de seguridad que frotaba su pelvis en el trasero de Celeste. La chica bailaba completamente abandonada en sus brazos.

—Ya, ¿y de qué me sirve eso ahora?

Grosinho sonrió con tristeza. Puede que Jana atisbara una sombra de duda en los ojos del gallego. Puede que se arrepintiera, que se echara atrás, que les perdonara la vida. O puede que fuera la Muerte, que veía a través de sus ojos.

—Ven, Yamila.

La marroquí sopesó la orden unos segundos. Luego se levantó y

se acercó a ellos.

—Aquí la tienes, Mia —dijo Grosinho. Movía el brazo en dirección a Yamila, como si presentara el premio de un concurso—. Toda para ti.

—Yo no...

—No es ninguna prueba —la interrumpió—. Te lo prometo. Es un enorme sacrificio el que os estoy pidiendo esta noche y me gustaría agradecértelo con lo que más valoro en esta vida tan perra que me ha tocado.

Las palabras de Grosinho se clavaron en el pecho de Yamila.

—Sí, no me mires así. Ven, acércate —La agarró del brazo y tiró de ella hasta que estuvo nariz con nariz con Jana—. Besaos. Os doy mi bendición.

Era difícil discernir si en el tono de Grosinho había burla o hablaba completamente en serio.

Las chicas se miraron, pero ninguna se atrevió a dar el paso.

—Oh, por Dios —dijo Grosinho—, ¡Cómo sois las tías! Cualquiera de estos *toxos* ya se habría abalanzado sobre ella sin miramientos. ¿Qué queréis? ¿Intimidad?

Jana seguía paralizada ante lo que estaba presenciando. Tenía a Yamila a un palmo de su boca, pero era incapaz de moverse.

—Venga, subid arriba —ordenó el capo.

—¿De verdad? —preguntó Yamila con dulzura.

—Sí, yo voy a salir un rato. Me apetece disparar a los árboles.

La marroquí le dio un beso en los labios y luego tiró de Jana para llevársela a la habitación de las chicas.

Se quedaron de pie, frente a frente. Aquella habitación olía mejor que la que compartía Jana con Pit y Bull. Yamila sonrió y se llevó un mechón tras la oreja.

—¿También me vas a rechazar ahora? —le preguntó.

Apenas Jana negó con la cabeza, Yamila se lanzó y estalló sus labios contra la boca de la espía. Jana la agarró de las caderas con tanta fuerza que temió hacerle daño.

—Joder, qué ganas tenía —dijo Yamila mientras le quitaba la chaqueta.

—Un momento, un momento —Jana dio un paso atrás—. Esto es tan raro.

—Ya te lo dije. Todo con Grosinho es raro.

—Pero, ¿qué va a pasar? ¿Vamos a volar por los aires? ¿Nuestros equipos nos han dejado a nuestra suerte?

Yamila la miró con sus ojos pintados de verde y carboncillo.

—Siempre estamos al borde de la muerte, Jana. Somos espías, ¿no?

Empujó a Jana hacia la cama y se sentó a horcajadas sobre ella.

Yamila seguía con su maquillaje marciano que deslumbraba a una Jana. La espía todavía no acababa de creerse la situación.

—Si no quieres, no lo hacemos, eh —dijo Jana. Evitaba mirar a Yamila y revelar su inseguridad.

—Claro que quiero —Yamila le acarició la mejilla—. Grosinho tiene razón. Debemos aprovechar los que pueden ser nuestros momentos con vida.

De nuevo, llevó la iniciativa y atrapó los labios de Jana con sus dientes. La espía se rindió. Lanzó la chupa al suelo y agarró con fuerza la cintura de Yamila. Sus lenguas jugaban tímidas durante los primeros compases. Jana, envalentonada, mordió el cuello de Yamila, que ronroneó mecida en los brazos que tanto había deseado que la rodearan.

Se deshicieron de sus ropas y dieron la vuelta sobre el colchón completamente desnudas, dejándose embriagar por el olor de sus sexos.

Las orejas de Jana enrojecían al ritmo que aumentaba el movimiento de caderas de Yamila.

—Qué graciosa —dijo la marroquí dándole un lametón en el lóbulo—. Te quema la oreja.

Jana la agarró de la espalda y la volteó. Sujetó sus manos con fuerza y las inmovilizó contra el cabecero de la cama. El vello de sus sexos se enredaba entre las piernas.

—Necesito saber una cosa, Yamila.

—No, Yamila no es mi verdadero nombre —se adelantó la mujer entre jadeos.

—No era eso.

—¿Entonces qué? —Yamila dejó de besarla para mirarle con atención.

—Tú... ¿eres más de té o de café?

Yamila la miró confundida.

—¿Es algún mensaje en clave?

A Jana se le escapó la risa.

—No, nada de eso. Déjalo.

Yamila se sentó sobre la mano de Jana, que metió los dedos en su interior. Movió las caderas siguiendo un ritmo propio, el que le marcaban los latidos de su corazón, cada vez más rápido. Jana le puso la otra mano en el pecho. Podía sentirlo.

Pum, pum, golpe de cadera.

Pum, pum, apertura de piernas.

Pum, el culo hacia adelante, pum, el culo hacia atrás.

Puuum, más lento.

Pumpumpum, más rápido.

La cabeza de Yamila se descolgó del cuello, la melena caía sobre

su espalda.

Jana se incorporó y movió su mano con rapidez y la marroquí puso los ojos en blanco, como si hubiera volteado los ojos en busca de algo en su interior. Extasiada, devoró los labios de la espía. Los gemidos sonaban rotos en el interior de sus bocas.

Cayeron exhaustas sobre el colchón, tratando de recuperar la respiración.

—Casi me da un infarto —dijo Yamila llevándose una mano al pecho sudoroso.

Jana asintió. Intentaba tragar algo de saliva, pero los besos la habían dejado seca. La chica se inclinó hacia ella, sujetándose con la mano la cabeza, y se quedaron mirando en silencio durante unos minutos.

Era el cierre perfecto a su más que probable última noche con vida, hasta que Jana cayó en la cuenta de una cosa.

—Mierda, mierda, mierda —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Las cámaras.

Yamila miró al techo.

—Nos han grabado. Nos han grabado y nos han visto.

—¿Grosinho? Es probable.

—No, mi equipo. Y el tuyo, seguramente.

—Ups —Yamila se llevó la mano a la boca de manera teatral. Parecía no importarle, pero Jana no podía quitarse de la cabeza la idea de que Martina le podía haber visto acostándose con otra mujer.

—¿Tienes a alguien ahí fuera? —le preguntó Yamila preocupada, en vista de lo consternada que estaba su amante.

Jana trató de responder a esa pregunta, pero no estaba segura de qué decir. Entre ella y Martina no había nada. Algo de atracción por su parte, eso seguro, y un revolcón mal dado en el sofá de su casa. Y le había cogido cariño. Su amabilidad y dulzura la habían hecho sus días con la gente de Braulio más fáciles y felices. Incluso la había enseñado a conocerse mejor a sí misma. Sí, la había traicionado.

Alguien golpeó la puerta. Las chicas saltaron como un resorte.

—Salid de la cama, guarras —dijo Bull al otro lado—. Es la hora.

La marroquí se llevó la mano a la frente y se dejó caer sobre la cama, mientras Jana seguía sentada, sin poder reaccionar. Por fin, Yamila se levantó, dio una vuelta a la cama hasta llegar a la espía y le sujetó de la barbilla para que la mirara.

—Ha sido un placer conocerte.

Le dio un beso en los labios. Cuando se separó, Jana le agarró la muñeca, pero no dijo nada. Sólo la miró con tristeza.

§

Yamila y Jana bajaron al salón. La música había subido de volumen y a Trini no se la veía en la pecera pese a los intentos de Grosinho de atraer su atención con golpecitos en el cristal.

—Igualita que mi madre: en cuanto ve problemas, se larga —dijo—. Oh, ¿ya estáis aquí?

El capo aspiró el olor a sexo que desprendía Yamila a su paso.

—¿No ha venido Marcus todavía? —preguntó Jana.

—Está al caer.

El rostro de satisfacción y relajo que tenían las dos espías contrastaba con el ambiente tenso de la estancia. Las chicas ya no bailaban, sino que mecían las caderas con desgana. Los hombres tenían los ojos clavados en ellas, pero era inercia: sus orejas estaban pendientes de cualquier ruido extraño y sus manos, listas para desenfundar.

La noche carbonizaba el cielo en el que la Luna no se atrevía a brillar. Jana se acercó al ventanal y echó un vistazo al exterior. En el firmamento pudo ver el rastro blanquecino de la Vía Láctea y decenas de constelaciones, pero ninguna de ellas era la de la mejilla de Martina.

Una luz que entró por el ángulo inferior de la ventana la cegó. Era el coche de Marcus.

El corazón le dio una punzada. Qué más le daba Martina si iba a morir en un momento.

—Ya viene —dijo.

Pit se acercó para certificarlo, y se fue a su posición. Eso le impidió ver lo que Jana sí vio. Tras Marcus, a una distancia de unos veinte metros y con las luces apagadas, venía un furgón negro que se detuvo en un recodo del camino, amparado en la oscuridad. El coche del sobrino aparcó en la puerta. Bajó Marcus, que se dirigió raudo a la puerta del copiloto.

—No me jodas... —susurró Jana.

Del vehículo descendió Alexandra, vestida con un elegante vestido rosa palo salpicado de flores. Tenía el pelo recogido y el fucsia de sus labios resplandecía en la noche.

«Álex está aquí», transmitió por su reloj. «Y hay un furgón».

«Recibido», fue la lacónica respuesta que recibió.

No daba crédito. Quiso preguntarles si pensaban darle alguna instrucción o iban a dejarla morir como a una rata, pero no tenía tiempo que perder. La pareja ya estaba arriba.

Las chicas de Grosinho dieron un repaso a la prostituta con sus miradas afiladas.

—Querido sobrino —Grosinho se acercó con los brazos abiertos —, ¿qué tal estás?

El capo tiró de Marcus que se vio obligado a soltar a Alexandra. Esta quedó de pie junto a la entrada del salón, con las manos enlazadas por delante. Las curvas y los pómulos sonrosados le hacían parecer una de sus *matrioshkas*. Miró un instante a Jana, lo justo para interpretar todo el terror que la corroía por dentro.

—He hecho esta fiesta por ti, ¿sabes? —Grosinho se llevó la mano a la cadera. Parecía casual, pero estaba calculado. Al retirar la americana quedaba a la vista la culata de su pistola.

—¿Por mí? ¿Y a qué debo el honor? —preguntó Marcus con cierta sorna. Había visto lo que su tío quería que viera, pero no se encogió. Estiró el cuello y lució su barbilla recién afeitada.

—Por lo del otro día. Hubo algo de tensión que me dejó con mal cuerpo.

—¿Con remordimientos? —tentó el abogado.

—Bueno, tampoco te pases, ¿eh?

El capo le dio un amistoso golpe en la espalda con excesiva fuerza y luego le sirvió un vaso de whisky. Reían fuerte para tapar las vibraciones que el miedo hacía al atravesar sus gargantas.

—Brindemos —dijo Grosinho alzando el vaso—. No, un momento. Brindemos todos. Yamila sirve copas para todos. Para las chicas también.

Jana se desabrochó un botón de la camisa para que le entrara algo de aire por el cuello.

—Venid, venid.

Sobre la mesita del salón había vasos suficientes para emborrachar a un regimiento de cosacos. Grosinho invitó a su banda a que cogieran un vaso. Jana estaba situada junto al capo, que le rodeó con el brazo.

—Me harás el honor de beber un poco, ¿verdad, Mia? —le pidió al oído—. Ya sabes, el alcohol envalentona y vamos a necesitar *xente afouta* en unos minutos.

La espía tragó saliva.

—Por la banda de Grosinho, siempre unida —El capo alzó el vaso y todos le imitaron—. Para adentro.

El whisky comenzó a correr por la sangre de los que iban a morir.

Grosinho aulló y soltó a Jana para bailar con Yamila. Alguien subió el volumen de la música. O al menos, así se lo pareció a Jana. Decenas de ojos podían pillarla, pero con todo el disimulo que pudo sacó del bolsillo del pantalón la pastilla que le había dado Martina y deseó con fuerza que le hiciera efecto.

Mientras la gente se dispersó de nuevo por el salón, fingiendo vivir una vida que no se iba a terminar, Jana comenzó a perder la definición de las figuras.

La pastilla no hacía su efecto.

Los coloridos vestidos de las chicas se mezclaban con la espesa negrura de los trajes de los hombres.

Notó su cuerpo esponjoso, blando, y todo lo que quería era hacerse una bola y dejar que pasara la noche. Trató de mantenerse consciente, pero apenas era capaz de intuir el paso del tiempo. Lo que ocurría en segundos, le parecían horas. Lo que percibió en minutos fue apenas unos segundos. Se agarró a una banqueta que había junto a la barra de bar del salón y fijó la mirada en un punto. Que ese punto fuera el trasero de Yamila fue pura casualidad.

—¿Estás bien? —le preguntó alguien. Jana se giró y vio una figura que ocupaba todo su campo de visión.

—Sí, gracias.

—Céntrate —le dijo Pit—. En cuanto Grosinho de la señal, saca el arma y dispara a todo lo que se mueva.

Jana parpadeó con fuerza. La habitación se disipaba en una nube lechosa.

—¿Y cuál es la señal?

En ese instante, el vaso de Grosinho se deslizó entre sus dedos y cayó lentamente al suelo. La base se estrelló junto a sus pies y decenas de pequeños trozos de salieron disparados en todas las direcciones. Nadie reparó en ello porque al estruendo del vaso rompiéndose le siguió el de los resortes que hacían saltar los seguros de las pistolas, todas apuntando a Marcus, salvo la suya, que apuntaba a su tío.

Hubo un coro de gritos femeninos en el que Jana pudo distinguir el de Alexandra. Su vieja amiga se había agachado de manera instintiva, pero no tenía un refugio tras el que protegerse. Al contrario que las chicas de la banda, que huyeron escaleras abajo, organizadas por Yamila.

—Hijo de puta —dijeron Grosinho y Marcus a la vez.

—Dispara, cabrón —le provocó el capo—. Ten agallas y dispara.

Se apuntaron entre las cejas unos segundos. O eso es lo que ellos creían. Un correaje de nervios les atenazaba las manos, pese a que se esforzaban en parecer impasibles. Si se prestaba atención, podía escucharse el latido acelerado de sus corazones.

—Estás muerto, Grosinho —dijo Marcus—. Estás muerto.

Jana abrió los ojos todo lo que sus cuencas daban de sí, pero apenas distinguía figuras y colores: el rosa palo de Alexandra hecha una bola al fondo y las figuras negras que salpicaban el borrón en el que se había convertido el salón. Sacó su arma llevada por los sonidos. Se notaba lenta pero no podía ser la única que no hubiera desenfundado. Agarró la culata a su espalda y, al sacar la pistola del cinto, la mano golpeó con un mueble y el arma cayó al suelo.

—Perdón, perdón —dijo mientras se agachaba y tanteaba con las manos el suelo para localizar su pistola.

Todos la miraron sin comprender hasta que otra cosa llamó su atención. El golpe de la pistola contra la tarima alertó a los hombres de Marcus, que entraron al salón como una manada de rinocerontes disparando indiscriminadamente. Iban de negro, como los de la banda de Grosinho, lo que aumentó la confusión en el salón. Comenzó el fuego cruzado.

Jana se fue al suelo y se arrastró hasta alcanzar aquel punto negro y difuso que era su pistola. Junto a ella cayó un cuerpo. La sangre que derramaba le mojó la mano. La notó viscosa, pero sólo era capaz de ver una mancha roja.

Alcanzó el arma, reculó y se sentó pegada a la pared. Intentó localizar el vestido rosa palo y los ojos de marciana, pero no dio con ninguno de los dos.

Agitó la cabeza y la habitación dejó de girar unos instantes. La gente se había parapetado detrás de los sofás y las mesas.

—Ríndete, cabrón. Tengo todo esto lleno de dinamita —gritaba Grosinho entre la confusión de impactos de bala y cuerpos muertos contra el suelo.

Una mano agarró a Jana y la arrastró tras la barra del bar como si su cuerpo fuera una muñeca de trapo.

—Ya te tengo —dijo la voz de Bull.

Jana notó algo duro en la mejilla y tardó en caer que era la pistola del matón. Apretaba tanto que pensó que le iba a romper el pómulo. A Jana le costaba cada vez más mantenerse consciente, pero luchó contra ella misma. Si iba a morir aquella noche, no quería que fuese a manos de aquel tío.

Soltó un rodillazo que se hundió en un punto indeterminado del cuerpo de Bull, pero este apenas se inmutó.

—Puta zorra —Bull le escupió mientras hablaba—, ¡qué ganas te tenía!

Con cada bala perdida que cortaba el aire viciado del salón Jana pensaba que salía de la pistola de Bull, que había llegado su final, que se reuniría con su padre, y vio a su madre llorar por ella. Y también a Martina. A Yamila no. Yamila sabía que, al fin y al cabo, la muerte era un gaje del oficio.

Luego cayó en la cuenta de que si escuchaba las balas era porque seguía viva.

Hendió sus dedos en la carne de Bull, forcejeando contra aquella mole que cada vez pesaba más. Le respiraba encima con esfuerzo. Parecía que quisiera matarla por aplastamiento, y lo estaba consiguiendo. El espacio en su pecho se reducía y casi no le entraba aire en los pulmones. Movió las piernas en un intento desesperado

de hacerse un hueco, pero Bull la tenía bien atrapada.

Tiró la cabeza hacia atrás y dejó de luchar.

Un fogonazo de luz la cegó, pese a que tenía los ojos cerrados. Hizo un esfuerzo por recordar cuáles habían sido sus últimas palabras y no le gustaron. No quería irse pidiendo perdón. Pese a todo, no se arrepentía.

Una banqueta voló por el techo y, un segundo después, Bull cayó con todo su cuerpo sobre Jana para luego rodar a un lado. El aire entró en sus pulmones de golpe, lo que le provocó un ataque de tos.

—Vamos.

Jana se aferró a la mano que le ofreció el borrón con ojos de marciana.

—Tenemos que salir de aquí. Nos esperan fuera —dijo Yamila.

Las palabras entraron en el cerebro de Jana con eco. Con una mano, se aferraba a la segunda vida que le había regalado la espía marroquí; con la otra iba disparando en ninguna dirección en concreto. Si estando consciente tenía mala puntería, en aquel estado de letargo no esperaba grandes resultados. Lo justo para proteger la retirada. No veía el camino, pero la huida era clara: del bar a la pecera, y de la pecera a las escaleras que bajaban al sótano.

La voz de Pit se oyó por encima de los disparos. La llamaba, pero no lo escuchó. Disparó en dirección a las espías, y el cristal de la pecera estalló en mil pedazos. El agua las empujó al suelo y Jana ya no supo si lo que le mojaba las piernas era agua o sangre. Algo le golpeó en el muslo y luego en los tobillos. Miró a sus pies y vio algo que se agitaba en el suelo con agonía desesperada. Se concentró en aquello y enfocó. Cuando logró definir las formas, se vio reflejaba en los ojos de Trini que boqueaba mientras miraba a la espía preguntándose cómo habían llegado a esa situación.

Yamila tiró de ella otra vez y Jana se desenganchó de los ojos de la anguila. Lograron alcanzar las escaleras y bajaron al sótano.

—¡Jana! —Alexandra se le acercó y la abrazó.

—Álex, estás viva.

—Vamos, hay que salir de aquí —las apremió Yamila.

—Pero, no podemos dejarlas aquí —le dijo Alexandra.

Yamila miró desafiante a la prostituta y luego a las chicas que estaban sentadas en el suelo, tiritando de frío y miedo con sus vestiditos cortos. Jana sólo era capaz de distinguirlas por los brillos de las lentejuelas y la bisutería. Estaba al borde del colapso, pero ya era más de lo que había imaginado que podría aguantar.

—¿Sabes conducir? —le preguntó la marroquí a la rusa.

—Más o menos.

Salieron al exterior. La noche seguía negra, pero a Jana le daba

igual. Corría de la mano de Yamila, que la guiaba en la escapatoria.

Yamila se asomó al interior del furgón de los hombres de Marcus.

—Están las llaves puestas —dijo dirigiéndose a Alexandra—. Mete a las chicas y salid de aquí.

Apenas escucharon aquello, las mujeres entraron en el furgón. Alexandra se descalzó y subió al asiento del conductor con determinación. Antes de arrancar, miró a Jana por última vez.

—Sal viva de aquí, Jana, por lo que más quieras.

—Descuida, Álex —la lengua de Jana le pesaba en el interior de su boca—. Está todo controlado.

Alexandra arrancó el furgón y enfiló el camino por el que había entrado. Las luces de los faros iluminaban los pinos que escoltaban el sendero y les otorgaba un aspecto fantasmal. Las espías volvieron la mirada hacia la casa. Las ventanas eran recuadros amarillos en un mar de oscuridad. Los fogonazos de los disparos restallaban en la noche, pero cada vez con menos frecuencia.

—¿Y nosotras? —preguntó Jana esforzándose en vocalizar. Las piernas comenzaban a flaquearle y se apoyó en Yamila.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Yamila—. Es igual, no hay tiempo.

Un coche llegaba a gran velocidad.

—Ahí está —dijo la marroquí señalándolo.

—¿Quién?

—Tomás.

—¿Qué Tomás?

Un Nissan destartalado derrapó delante de ellas levantando la gravilla con la frenada. Yamila abrió la puerta de atrás y apremió a Jana para que se metiera dentro.

Una bala impactó contra el vehículo.

—Hijas de perra —gritó Pit que había salido al exterior. Del garaje salió un coche deportivo, y el segurata se subió en él—. ¡A por ellas!

—Abróchense los cinturones, señoritas —dijo Tomás. Tenía un espeso bigote que le resbalaba por la comisura de los labios.

—¿Que qué? —preguntó Jana, a la que le seguían llegando las voces lejanas por el túnel en el que estaba metida su cabeza.

Tomás metió primera y la espalda de Jana se pegó contra el asiento. El deportivo de Pit les seguía de cerca y los disparos silbaban junto a las ventanillas.

—¿Cómo va tu amiga? —le preguntó Tomás a Yamila. La espía marroquí se giró y vio a Jana ir de un lado a otro del coche según la curva era a izquierda o derecha.

—Va bien.

Una gran explosión iluminó el cielo. Cientos de pájaros aletearon en lo alto, despavoridos por la onda expansiva. Luego le siguieron varias detonaciones más. La fiesta de Grosinho había llegado a su fin.

Jana cayó al suelo tras los asientos delanteros y descubrió que era un buen sitio donde estar porque no le afectaban tanto los volantazos de Tomás. En posición fetal y con la mirada más allá de la luna trasera podía ver el cielo arder. El humo y el fuego tomaron las nubes y las tiñeron de naranja. Se acordó de los labios de Martina hablando de la importancia de la conciencia y la conexión espiritual con el universo.

La habilidad de Tomás al volante no era suficiente para dar esquinazo a Pit, que seguía disparando desde el asiento de copiloto. Así iba a ser muy difícil establecer un estado de paz y sintonía con el cosmos.

El Nissan serpenteaba por el bosque a gran velocidad, pero el motor del deportivo de Pit rugía pocos metros detrás.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Yamila al piloto.

—Hay que ir al puerto.

—¿Al puerto? Eso es una ratonera. ¡Nos pillarán! —protestó, pero Tomás no le hizo caso, concentrado en la conducción.

Saltaron al asfalto por una carretera secundaria donde el deportivo recortó distancias. Pit tenía más estabilidad y pudo apuntar mejor con su pistola. Una de sus balas impactó en la luna trasera y la dejó hecha añicos. Un segundo impacto la destrozó por completo. Un tercer disparo rompió el retrovisor delantero. Tomás dio un volantazo, pero pudo mantener la línea recta. El deportivo aceleró y golpeó el guardabarros del Nissan.

—Mia, tu arma, ¡úsala!

Aunque le llegara con cierto retardo, la espía entendía lo que Yamila le decía, pero no era capaz de mover su cuerpo.

—¡Vamos, reacciona! Nos van a matar.

Si Tomás perdía el control del volante, este se cruzaría, perdería el rumbo y el coche acabaría chocando contra algún árbol o despeñándose por el corte de la montaña. Así fue el final de su padre. Esa podía ser la conexión con el universo que le había pedido Martina.

El deportivo les embistió de nuevo.

—¡Claudia, Mia! ¡¡Dispara!! —gritó Yamila con la voz rota.

Jana pestañeó un par de veces. Sabía que tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Se palpó la espalda y dio con su arma. Sin embargo, algo extraño ocurría con sus manos. Las volteó para verlas mejor. Eran más anchas y tenían pelo y callosidades en los dedos. Había visto antes esas manos sujetando un balón de fútbol, rendidas

ante los goles de una niña. Pero jamás las había visto así, dibujadas al carboncillo. Jana miró al cielo que ardía como la chimenea de su casa, de donde cogían los restos quemados para dibujar. Volvió los ojos a sus nuevas manos y agarró la pistola con la seguridad con la que lo hacía su padre. Se incorporó hasta notar el aire en su cara. Ahí supo que tenía el coche de Pit delante de sus narices. Sacó el brazo y disparó hasta vaciar el cargador.

Escuchó derrapar al deportivo.

El coche de Tomás tomó cierta ventaja, pero por su retrovisor, Yamila vio cómo Pit abría la puerta del piloto y lanzaba su cuerpo a la cuneta. El guardaespaldas tomaba el volante y aceleraba dispuesto a darles caza.

Con la ventaja que habían tomado, se incorporaron a la autopista y condujeron al límite de la legalidad, dirección al puerto. Zigzagueaban adelantando al resto de coches. Tomás pudo ver por su espejo a Pit recuperando poco a poco la ventaja perdida.

—Ese cabrón es indestructible —dijo. Su bigote se movía con nerviosismo.

Pit logró darles alcance instantes antes de tomar el desvío al puerto. Tomás intentó hacer una maniobra para despistarle, pero Pit no picó y se metió con ellos al embarcadero.

La persecución continuó por el muelle. Los coches destrozaban las tablas con sus maniobras. Se estaban quedando sin salida. O mejor dicho: con una única salida, el mar.

—Agarraos fuerte —dijo Tomás.

Hundió el acelerador y el coche salió disparado en dirección al agua.

—¿Qué coño haces? —preguntó Yamila, que ya no se atrevía a mirar hacia adelante.

Volteó la cara y vio a Jana en el suelo de los asientos traseros mirándose las manos desde todos los ángulos.

El coche saltó el muelle y voló por encima del agua antes de aterrizar en firme con un fuerte frenazo. El estómago de Yamila se hundió y le apretó la vejiga. Notó mojada la entrepierna y abrió los ojos convencida de que estaba hundida en el agua, pero no era así. Delante de sus narices seguía brillando el mar más allá del horizonte negro. El Nissan había aterrizado en un pequeño portaaviones, a pocos metros del muelle.

—¿Dónde estamos?

Tomás resoplaba, todavía aferrado al volante.

—No lo sé. Os he traído donde me han mandado.

—¿Quién? ¿Quién te ha mandado traernos aquí? —Yamila le agarró de las solapas—. Como nos hayas traicionado te juro que te arranco las pelotas a bocados.

Oyó un silbido a sus espaldas. Un tipo alto, de pelo y ojos claros y vestido de traje les observaba a través de la luna trasera.

—Va a ser cierto lo que dicen de ti, agente Mukhtar —dijo Braulio. Metió la cabeza por el hueco de la ventana y miró a Jana —. ¿Está bien?

Yamila lo miraba confusa.

—¿Quién es usted?

Braulio extendió la mano, pero la espía no la recibió.

—Me llamo Braulio, soy el jefe de Jana.

—¿Así se llama?

—Sí... —respondió Jana en un susurro. Le costaba un mundo articular cada palabra, pero necesitaba decirlas—. Soy Jana Báñez, y soy espía.

§

Jana se hizo un zumo con dos naranjas pochas y se lo bebió directamente del exprimidor. Luego volvió a la cama. Fue todo lo que hizo durante las siguientes 48 horas. Zumo y cama. Su cuerpo había colapsado y su mente estaba exhausta tras el esfuerzo por mantenerse consciente durante la fiesta de Grosinho. Se sentía débil y la sola idea de volver al edificio del servicio secreto le daba dolor de cabeza. Habían pasado demasiadas cosas desde la última vez que vio a sus compañeros y, desde luego, ya no era la misma.

Sus recuerdos de lo vivido eran un puzzle cuyas piezas encajaban a puñetazos. Desconocía qué había sido de Grosinho, Marcus o Pit. Ni siquiera sabía si Alexandra estaba bien.

Se acarició la muñeca donde había estado el reloj de su padre, que ahora descansaba en la mesilla. Sus pulsaciones estaban por los suelos.

Encajó una de las piezas a la fuerza, esa en la que dudó de su equipo, en la que pensó que la habían abandonado. Al final su madre iba a tener razón cuando dijo que el espionaje era un acto de fe mientras fingían que lo tenían todo bajo control.

Se sentía en deuda con SD, con Braulio y con Dani. Con Martina no sólo se sentía en deuda, también sentía vergüenza y se le ponía un nudo en la garganta con la idea de tenerla en frente. Tuvo que hacer acopio de valor para salir de casa, subirse al tiburón y volver al polígono donde se escondía su equipo.

Dejó el coche en el garaje y subió directa al despacho de Braulio por el montacargas, rezando por no toparse con la doctora.

—¿Cómo estás?

—Agotada —dijo Jana.

El día estaba nublado y la luz que entraba a la habitación suavizaba los detalles. Jana estaba sentada frente a Braulio, con la mesa entre ellos. Echó un vistazo a las carpetas que había sobre el escritorio.

—Pit fue detenido, no creo que vea la luz del sol en mucho tiempo —le resumió—. Grosinho y Marcus murieron en la explosión. El alcalde nos ha felicitado. No de manera pública, por su puesto. Una vez gane las elecciones comenzará su plan de remodelar algunos barrios.

—¿Remodelar?

—Sí, ya sabes, garitos modernos, cadenas de ropa, algún ensanche.

Jana chascó la lengua.

—Claro, era lo que buscaba Marcus. Enriquecerse a costa de los vecinos de toda la vida.

Braulio se encogió de hombros.

—No van a reconocerlos ni la madre que los parió —Jana jugueteó con los cordones de sus zapatillas. Al final, Grosinho había sido un tonto útil para llevar a cabo las políticas del alcalde—. ¿Qué fue de las chicas? ¿Alexandra está bien?

—Están bien. Alexandra volvió a su casa.

—A la buena vida —dijo Jana con ironía.

Braulio se levantó y se puso de espaldas a la ventana con las manos en los bolsillos.

—Tiene información de Marcus y su entorno que nos puede ser de utilidad.

—¿Por qué no la dejas tranquila?

—A eso iba. Tengo pensado algo para ella —Braulio se acercó a Jana y le puso una mano en el hombro—, pero necesito tu ayuda.

La puerta se abrió de manera repentina y entró Dani.

—Aquí está mi campeona —dijo y, sin esperar a que Jana se levantara de la silla, la abrazó por detrás y le dio un beso en la coronilla.

—Pero si no hice nada... Al final han acabado entre ellos.

—¿Que no hiciste nada? —preguntó el joven que miraba a Braulio como si no diera crédito a lo que escuchaban sus oídos—. Mataste a Grosinho.

—¿Perdona? —se sorprendió la espía. Luego se dirigió a Braulio —. ¿No me habías dicho que había muerto en la explosión?

Braulio se rascó la cabeza. Abrió el portátil de su mesa y le mostró un vídeo.

—Oficialmente, sí, pero antes de la explosión, recibió un disparo en el cráneo que lo tumbó.

En el vídeo se veía a Jana con expresión desencajada, arrastrada

por Yamila y pegando tiros sin control.

—Ahí se ve cómo Pit ve caer al suelo a Grosinho, y luego os ve huir.

Pit rastreaba los bolsillos del capo hasta que encontró lo que andaba buscando.

—El detonador.

—Eso es —le confirmó el jefe—. Él mismo lo activó cuando os perseguía.

—La que tenía la puntería en el culo va y se carga al malo —dice Dani.

—Dani, por favor, ¿puedes dejarnos a solas?

—Sí, sí —dijo el chico—. Sólo quería entrar para felicitar a la trabajadora del mes.

Jana le agarró del brazo antes de que se fuera.

—Sabes que no hubiera sido capaz de hacerlo sin tu ayuda, ¿verdad?

El chico sonrió y su nariz partida se arrugó.

—En realidad —dijo Jana cuando Dani se hubo marchado—, no lo podría haber hecho sin ninguno de vosotros.

Braulio suspiró con esfuerzo y se sentó de nuevo en su silla.

—Tengo que pedirte disculpas, Jana. No calculé los riesgos de la misión y puse tu integridad en peligro —El jefe hizo una pausa para sopesar la reacción de Jana, pero esta le devolvió una mirada vacía —. ¿No quieres saber qué ha sido de tu Yamila?

—Seguro que está bien, es una tía fuerte —Jana se miró las uñas en busca de alguna piel suelta que poder arrancar. Temía cruzarse con los ojos de Braulio. No podía quitarse de la cabeza la idea de que la hubieran visto hacer el amor con ella.

—Sí, lo es. Ha vuelto a Marruecos.

—Estupendo.

—Dejó esto para ti —dijo Braulio, que le extendió un sobre lacrado en el que ponía escrito a mano «para Jana, de Amina»—. Supongo que imaginarás que Yamila no era su verdadero nombre.

Jana se incorporó y cogió el sobre.

—Luego lo leeré —dijo, aguantándose las ganas de abrirlo en ese mismo instante—. Ahora quiero ir a darle una cosa a SD.

La espía se levantó y se guardó la carta en un bolsillo interior.

—¿Qué tengo que hacer ahora? Es decir, tengo que venir aquí mañana, o me llamaréis si hay alguna nueva misión, o...

—Sí, Jana, te llamaremos en cuanto tengamos algo nuevo.

La espía hizo amago de irse, pero se arrepintió a medio camino.

—¿Pero la nómina la seguiré cobrando?

Braulio se echó a reír lo que desencajó a Jana.

—Perdona, es que fue la misma duda que planteó tu padre tras

la primera misión —Hizo un esfuerzo para dejar de reír—. Sí, tranquila. Disfruta de tus vacaciones.

§

Jana bajó por las escaleras despacio. Necesitaba repasar mentalmente lo que le diría a Martina. El corazón se le aceleraba conforme sus pasos la acercaban a su laboratorio.

—No te molestes, se ha ido a casa a comer —le dijo SD, que había sacado la cabeza de su cueva cuando la vio pasar.

—Ah —Jana se mostró aliviada.

La informárica empujó su silla hasta que salió al pasillo.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Estoy cansada.

—Normal, han sido unos días muy... intensos.

Jana ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

SD la miró con complicidad y la invitó a entrar a su taller.

—Ya lo sabes, Jana. Discotecas, armas, explosiones, sexo...

Jana la tomó con una pegatina que que había en la mesa y comenzó a rascar la esquina con nerviosismo.

—No te preocupes por eso. Sólo lo vi yo.

—¿El qué? —preguntó.

SD le dio un manotazo en la mano para que dejara de rascar su pegatina de Pokémon.

—No te hagas la tonta.

Jana torció el labio.

—Comprenderás que no quiera mencionarlo.

—¿Por qué no? Fue un polvazo.

—¡SD!

—Sólo digo la verdad —La hacker mostró la palma de las manos —. Muy... ilustrativo.

Jana resopló y fue hasta la salida, pero SD se impulsó con los pies y rodó con su silla hasta la puerta, para bloquearle el paso.

—Perdona —le dijo. Tenía una pierna en alto apoyada en el marco de la puerta.

—Te veo las bragas.

—Mal día para ponerse falda.

A pesar de eso, no bajó la pierna. Jana volvió a sentarse en la mesa de la informática.

—Entonces... ¿No lo vieron todos? —Insistió con la pegatina.

—No, y deja la pegatinita de una vez —SD le apartó la mano—. Yo hacía un primer filtro. Era como ver un *reality*.

—Ya, un *reality* bastante acojonante.

—Un poco sí, aunque sabía que la protagonista saldría bien parada.

—Pues yo pensaba que era mi final.

—Si no lo decía por ti, lo decía por Yamila.

—¿Dejas ya de vacilar, o qué? —protestó Jana.

—Hablo en serio, tía. Cuando descubrimos que también era espía y dimos con su equipo supimos que estabas a salvo. Tiene mucha experiencia y grandes habilidades. Y los marroquíes no se andan con chiquitas. Fueron ellos los que movieron el portaaviones al muelle. Cuando conocí a Yamila ayer estuve a punto de pedirle un autógrafo. Es la hostia.

—Ya, dime algo que no sepa —La voz de Jana sonaba triste.

—No te pongas así, seguro que vuestros caminos se cruzan más pronto que tarde. El mundo es un pañuelo.

Las chicas se quedaron en silencio un rato hasta que Jana saltó de la mesa.

—Tengo una cosa para darte como agradecimiento, ¿sabes?

—¿Agradecimiento por qué? —SD se llevó la mano al pecho.

—Bueno, ya sabes, al otro lado del reloj —Jana mostró la muñeca, pero estaba desnuda.

—Espero que lo que tengas que darme sea algo material y no un abrazo porque me decepcionaría bastante.

Jana se metió la mano al bolsillo y sacó un papel doblado con esmero.

—Toma.

SD lo desplegó con ansia.

—¿Qué es?

—La receta de tus alitas favoritas.

—¿De verdad? —SD se puso en pie de un salto.

La espía asintió mientras sonreía con media boca.

—No me digas que llevan glutamato de ese.

—No —rió Jana—. En realidad es más casero. Mezclan un chorrito de vinagre en leche y sumergen las alitas en el mejunje durante media hora.

—¿Sí o qué?

Jana asintió. SD se impulsó de nuevo con la silla hasta ir al otro extremo de la mesa, donde cogió una pequeña caja transparente.

—Esto es para ti.

—¿Qué es?

—Es una tarjeta SD. Ahí tienes el vídeo con Yamila.

—¿El del...?

—Sí, el del polvo.

Jana miró la tarjeta preguntándose cómo algo tan intenso podía contenerse en unos y ceros.

—Espero que no esté editada ni que hayas hecho un montaje con música y cámara lenta.

—No prometo nada —SD se rió—. Ahora en serio. Es la única copia que hay. He eliminado todo rastro físico y en red. Como te comenté, yo era el primer filtro. Ni siquiera su equipo lo sabe.

—Está bien —Jana daba vueltas a la cajita entre sus dedos—. En realidad no sé muy bien qué hacer con ella.

SD se lavó las manos.

—Eso ya no me incumbe.

—¿Tú qué harías?

Las piernas de la hacker fueron a parar de nuevo a la mesa, pero esta vez, se bajó la falda para no enseñar las bragas.

—Yo una vez estuve en una situación parecida. Tenía una tarjeta SD en mi poder con información delicada. No mía, pero sí de alguien a quien yo quería.

—Joder, SD, estás llena de sorpresas.

—Algún día te contaré cómo llegue aquí.

—Me encantará oírlo —afirmó Jana—. ¿Qué hiciste con la tarjeta?

—Me la comí.

Los ojos de Jana se abrieron con sorpresa.

—Me vacilas...

La hacker negó con suficiencia.

—Esa historia la quiero oír —dijo Jana que se acomodó en una silla, pero antes de que SD pudiera ordenar sus recuerdos para contar un relato que tenía casi olvidado, Martina llamó a la puerta.

—Hola, chicas —saludó. Tenía el pelo suelto y ondulado. Jana supo que había hecho una visita a Esther recientemente—. ¿Cómo estás? —le preguntó a la espía.

Jana se levantó para contestarle.

—Bien, un poco cansada, pero bien.

Martina tenía la mandíbula pegada al marco de la puerta. Durante un momento nadie dijo nada, y el silencio se volvió incómodo. SD tomó la iniciativa.

—Me encantaría dejaros a solas para hablar, pero es que esta es mi cueva.

—Claro, claro —dijo Jana—. ¿Nos tomamos un café, Martina?

La doctora aceptó la propuesta y salieron del taller de SD, que las siguió con la mirada a través de la cristalera.

§

El extraño ruido de la máquina de café hacía de contrapunto al silencio que había entre Jana y Martina. La espía le preguntó de qué sabor quería la cápsula. Martina echó una ojeada a la caja y eligió uno al azar.

—Este es un poco fuerte —le dijo Jana.

—No sé, sólo lo elegí porque me gusta el color.

Jana sonrió y dejó caer la cápsula en el agujero.

—Cuando tenés demasiadas opciones te bloqueas y eliges un poco al alzar, y luego trabajas para convencerte a ti misma de que elegiste bien.

La espía dudó si las palabras de la doctora iban con segundas. Le ardía la tarjeta SD en el bolsillo y la carta en el pecho. Deseaba llegar a casa y leerla, pero delante tenía a Martina y el tiempo se había parado. No sabía qué debía esperar de aquella conversación, qué pensaba la doctora de ella, de su beso y de su conversación espalda con espalda en el bar.

El aroma amargo comenzó a brotar de la cafetera. Martina se atusaba el pelo y se miraba las puntas con detenimiento, como si pudiera leer en ellas lo que quería decirle a Jana.

—¿Te has hecho algo en el pelo? —le preguntó la espía.

—Sí, unas mechas así como hacia abajo. No sé, creo que se llaman californianas. Yo me puse en manos de Esther y ya está.

—Entonces, estuviste en buenas manos —dijo Jana atusándose el tupé—. Yo tengo que volver. Tengo raíces ya.

Las luces de la máquina indicaron que el café estaba listo.

—Lamento que la pastilla no funcionara —dijo Martina tras su primer sorbo de café.

—Oh, sí que me funcionó. No llegué a estar inconsciente del todo hasta el final, cuando ya estábamos en el portaaviones —Se arrepintió de usar la primera personas del plural porque no quería traer a Yamila a la conversación bajo ningún concepto.

Se sentaron en una mesa, frente a frente. Las manos de la doctora sudaban y dejaban su rastro húmedo sobre la superficie de aluminio.

—Me asusté mucho porque estabas como muerta.

—¿Estabas allí? —preguntó Jana, intrigada con la idea de que Martina y Yamila se hubieran visto en persona.

—Sí, fui con Braulio al portaaviones —Martina daba vueltas al café—. También tú estabas en buenas manos.

Jana sintió las palabras de la argentina como una puñalada. Su voz dulce se le clavó en los oídos y tardó en reaccionar.

—Es una buena agente la tal Amina —dijo Martina—. Son buenos los marroquíes —añadió.

Pasó un ángel, y luego una bandada entera.

—¿Sabes? —dijo Jana por fin—. Tú también me ayudaste, Martina.

—¿Con qué cosa?

—Me ayudaste a salir viva de allí.

—¿Yo? ¿Cómo? Si la pastillita apenas te hizo efecto.

—Con todo lo de la conciencia y el yoga.

—Ah, ¿sí? —preguntó Martina incrédula.

—Sí. En el coche estaba así, boca abajo, con la frente pegada al suelo, luchando por no perder el conocimiento. Y lo que encontré fue como un estado de conciencia paralela o algo así.

Martina la miraba con admiración.

—Vi a mi padre. O yo era mi padre, no sé. Y también vi a mi madre.

—¿Te dijo algo tu mamá?

—No, sólo sufría.

—¿Sufría? ¿Por qué sufría?

—Porque amaba a un espía, y a los espías no hay que amarlos, nunca, porque nunca van a estar, nunca vas a saber si vuelven a casa o no, nunca vas a saber nada de ellos durante las misiones, ni una llamada, ni un mensaje... Nada.

El dedo corazón de Martina hacía círculos sobre la mesa. Apenas se fijaba en los ojos de melocotón de Jana. Si acaso, la miraba de soslayo, de vez en cuando.

—Lo dices como si pudiéramos elegir de quién enamorarnos —dijo Martina con las pupilas perdidas en un punto impreciso de la mesa.

Jana adelantó la mano sobre la tabla, buscando la de Martina, pero se arrepintió a medio camino.

—¿Qué tal María? —preguntó.

—Bien, bien —respondió Martina saliendo de su letargo—. Ahora está con las decenas y las unidades, y le está costando comprenderlo.

—La entiendo. Todo me fue bien en el cole hasta que dejamos de pintar con las manos y nos obligaron a coger los lápices.

La cucharilla de la argentina tintineaba contra la cerámica de la taza.

—Ahora tengo que irme, Martina.

—¿Cuándo volverás? —le preguntó la argentina. Había ansia es su tono de voz.

Jana le dedicó una media sonrisa.

—No lo sé.

Se bebió lo que le quedaba de café y se levantó. Quería darle un beso en la mejilla a Martina, pero no se atrevió.

—Claro —dijo Martina—, la incertidumbre del espía.

Jana sonrió con tristeza. Por un momento, se había olvidado de que tenía un mensaje de Yamila pendiente de leer.

§

Jana llegó sin resuello a su casa. Había subido los escalones de dos en dos, algo que, en condiciones normales no le suponía ningún

esfuerzo, pero que en su estado le pasó factura.

Cuando entró en casa, se tiró larga en el sofá, tratando de recuperar la respiración. El techo daba vueltas y se acordó de cuando Bull se le tiró encima e intentó ahogarla. El pobre Bull. Un crío sin cerebro que se metió donde no debía y que ahora sólo era un montón de ceniza.

Despacio, se incorporó hasta quedar sentada, y miró el sobre. No tenía nada de especial. Era un sobre blanco, neutral. Lo mismo podía contener una factura que una apasionada declaración de amor. La letra era alargada y rápida. La nota era breve, así que leyó despacio.

«Ya te lo dije en nuestra última noche, pero quería volver a decírtelo: ha sido un placer conocerte, Jana. En todos los sentidos. Personas como tú hacen que esta profesión tenga sentido. Estoy segura de que nos volveremos a ver. Un beso. Amina (sí, este es mi verdadero nombre). PD: Prefiero el te al café».

Jana no pudo ocultar su decepción. Esperaba encontrar unas señas o algo para poder dar con ella fácilmente. Tampoco vio entre las palabras de Amina signos de sentir algo más que atracción sexual o respeto profesional.

La releyó una y otra vez, tratando de encontrar algún mensaje secreto escondido entre las palabras, pero nada tenía sentido.

Se acostó en el sofá y tardó un tiempo en comprender que había caído en su propia trampa. Se había enamorado de una espía.

§

Así había sido siempre: su madre bajo el quicio de la puerta, saliendo de casa con cualquier excusa, —enderezar la enredadera, barrer el camino de entrada, ver de qué lado soplaba el viento—, con la esperanza de que en alguna de esas salidas su marido apareciera sano y salvo. Y ahí se la encontró Jana cuando llegó con su coche, sólo que ahora no esperaba a su marido, sino a su hija. Manuela levantó la vista y vio a Jana bajar del coche. Soltó la escoba, corrió hacia ella y le dio una bofetada. Luego le acarició la mejilla y la abrazó. El mismo ritual que hacía con su padre.

Fue un abrazo esponjoso y cálido. Manuela se agarraba fuertemente a la espalda de su hija, palpando sus músculos, cerciorándose de que estaba ahí, viva. Lloraba en su pecho, sorprendida de que aun le quedaran lágrimas por derramar.

—Lo siento mucho, mamá.

—No digas que lo sientes —dijo con la voz ahogada—, tu padre lo decía y era una mentira. No lo sentís para nada.

Empezaba a refrescar y en el interior de la casa ya era invierno.

Al menos, esa sensación de invierno que recordaba Jana: la chimenea encendida, las mantas sobre el sofá y olor a chocolate caliente saliendo de la cocina. Jana dio un beso a su abuelo, que estaba sentado en el sillón frente a la lumbre, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor.

—Primera misión completada con éxito, yayo —le susurró, aunque era consciente de que era como hablarle a una pared.

Su madre volvió al salón con dos tazones de chocolate. Jana recordó aquellas tazas. Su madre las había conseguido coleccionando puntos en un supermercado. En su momento, tenían el filo dorado y unas figuras humanas de estilo victoriano en tonos pastel.

—Cuida, que quema —le informó su madre.

Desde pequeña, a Jana le encantaba la telilla de nata que quedaba encima de la leche. Su madre la sacaba cuando rompía a hervir y se la ponía sobre una tostada de pan con azúcar.

Recogió con la cucarilla la lámina de nata chocolateada que había sobre el cacao y se la metió a la boca. Cuando se le derritió en la lengua, cerró los ojos y volvió a su niñez.

—Tu padre nunca fue capaz de explicármelo —dijo su madre.

—¿El qué?

—Lo de vuestro trabajo. Es una locura.

—Lo cierto es que yo tampoco podría explicártelo. Adrenalina, supongo.

—¿Adrenalina? —preguntó Manuela—. Para eso te subes a una montaña rusa.

Jana pensó acerca de aquello. Quiso decirle que el riesgo merecía la pena por salvar al mundo, pero era mentira. Ella no había salvado a nadie. Podía ser que lo hiciera por puro orgullo, por vanidad o por sentir que seguía viva mientras todo a tu alrededor se derrumbaba. Era una manera de vivir.

—Cuando te subes a una montaña rusa al principio tienes miedo, pero luego quieres volver a revivir la sensación y te montas una y otra vez —dijo Jana.

Por eso era, concluyó la espía, por las sensaciones. Estar cerca de la muerte le hacía apreciar la vida.

—Tengo que pedirte un favor.

Su madre la miró por encima de la taza.

—¿De verdad te crees en condiciones de pedirme favores?

—Es por una amiga.

Manuela entornó los ojos.

—No estoy de humor para acoger en mi casa a tus amantes —dijo.

—No es una amante, mamá. Es una amiga. Necesita un sitio

donde quedarse durante un tiempo.

—¿Profesión? —preguntó su madre, temiéndose la respuesta.

—La más antigua del mundo.

La madre suspiró cansada y dejó la taza sobre la mesita.

—¿Hijos?

—Uno —respondió Jana—. Pero se porta muy bien y es buen estudiante.

Un tronco se deshizo y rodó hasta convertirse en brasas. Manuela se levantó, arrimó las ascuas al centro de la chimenea y echó un tronco nuevo. Le costó incorporarse. Se llevó una mano a los riñones y gimió levemente.

—Está bien. La casa se nos empieza a hacer grande a tu tíos y a mí. Puede echar una mano.

—Sí, sí, es una chica muy trabajadora —Jana se levantó y abrazó a su madre.

El fuego se reflejaba en sus ojos.

—Te lo voy a compensar.

—No digas eso tampoco. Tu padre me decía que me llevaría a un todo incluido en alguna playa y nunca lo hizo.

—Pues yo sí, yo te voy a llevar. Te lo juro.

Manuela sonrió al ver a su hija prometer con la ilusión de quien cree que puede cumplir.

§

El polvo se posó lentamente sobre el capó del coche. Braulio vio el sol atravesar las hojas de los grandes árboles, haciendo dibujos con su luz y su sombra. Miró por el retrovisor interior.

—Ya hemos llegado.

Salió del coche y se abotonó la americana. Se detuvo a contemplar la casa familiar de Juan. Hacía años que no había estado allí. Los cipreses estaban más altos, y la parra se había adueñado ya de toda la fachada. Apenas había dado un par de pasos, cuando Manuela salió de casa. Su zancada era rápida, casi corría.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —decía conforme se acercaba a Braulio.

Cuando llegó a su altura comenzó a propinarle puñetazos en el pecho. El jefe aguantó los envites porque su puño era flojo y las lágrimas derraban por sus mejillas. Agotada, Manuela apoyó su cabeza en el pecho de Braulio, que la abrazó. Le sacaba más de una cabeza y el cuerpo menudo de la madre de Jana quedó hundido entre sus brazos.

—Vas a acabar con toda mi familia —dijo entre sollozos.

Braulio dejó que Manuela se desahogara. Un golpe de aire levantó una polvareda e hizo un remolino que los rodeó

momentáneamente.

La puerta de la casa se abrió.

—¿Pasa algo, tía? —preguntó Benjamín a lo lejos.

Manuela se secó las mejillas con disimulo.

—No, cariño. Todo está bien.

—¿Puedes acercarte? —le pidió Braulio.

Mientras el sobrino iba hasta ellos, el jefe abrió la puerta de atrás. Del coche bajaron Alexandra y su hijo. A Benjamín se le iluminó la cara cuando vio a la rusa.

—Toma el equipaje —Braulio abrió el maletero y sacó un par de bolsas de gimnasio y una mochila pequeña de unos dibujos animados.

—Pero... —Benja miraba a su tía y a Alexandra.

—Está bien, Benja, es una amiga de Jana. Se quedará un tiempo.

Alexandra sonrió a Manuela y le hizo una leve referencia. Tenía la muñeca rusa descolorida acurrucada en sus manos.

—Espero que te guste la vida de campo. Es un poco aburrida —se disculpó Manuela.

—De aburrida nada —la corrigió Benjamín—. Yo te enseñaré cosas divertidas que hacer por aquí.

A la ex prostituta le agradó la figura redonda del primo de Jana, así como sus mejillas sonrosadas y su cara de bonachón. Benjamín se arrodilló para quedar a la altura de Álex.

—¿Y a ti qué te gusta hacer? —le preguntó.

—Jugar al fútbol —dijo el pequeño, que no se despegaba de las faldas de su madre.

Benjamín le desordenó el pelo y fue a coger las maletas. El niño cogió su mochila y Benjamín cargó con el resto del equipaje hasta la casa. Alexandra les siguió.

—Te lo agradecemos mucho —le dijo Braulio a Manuela.

—No lo hago por ti. Lo hago por Jana —respondió con sequedad la mujer—. Y ahora, largo de aquí.

A Braulio se le amargó el gesto, pero obedeció.

—Adiós, Manuela.

Entró al coche y se desabotonó la americana preguntándose si volvería a ver a Manuela algún día, aunque sólo fuera un segundo.

Era todo lo que deseaba.

§

El sol estaba en lo alto del cielo, pero su piel apenas notaba el ardor. Una avioneta surcaba el aire con un mensaje publicitario en un cartel. Era imposible no verla, hacía un ruido ensordecedor. Jana se quitó los auriculares del reproductor de música y se retiró el sombrero panameño de la cara para ver qué era aquel ruido. A lo lejos, su madre volvía del chiringuito con un par de cócteles. Iba

cubierta con una pamela de paja y unas enormes gafas de sol. Jana se retiró el tupé hacia atrás y volvió a calarse el sombrero.

—Qué mono el camarero —dijo cuando llegó—. Aunque no le he entendido nada de lo que me ha dicho.

Le dio una copa a su hija y se tumbó en la hamaca exhalando un suspiro de placer.

—Esto es el paraíso.

Jana asintió mientras bebía de la pajita de su San Francisco. El color del cóctel combinaba con su camisa floreada.

—He hablado con Alexandra para ver cómo iban por allí.

—¿Se apaña? —preguntó Jana.

—Oh, sí, sí. Lleva la casa por la mano —Se incorporó y le puso una mano en el brazo—. Y Benjamín también. A tu tía al principio no le hacía gracia, pero se le ve maja chica.

—Lo es. Ha tenido una vida muy dura. Te puedes imaginar.

—Sí, ya me hago cargo —Manuela volvió a tumbarse en la hamaca—. Ya era hora de que tu primo encontrara una mujer, que el pobre tampoco pedía nada del otro mundo. Pero claro, él es tan así, tan tímido, tan suyo. ¡Al final resulta que sí le ha llegado la mujer sin salir de casa!

—Es un buen hombre y seguro que Alexandra cuidará bien de él. Y él de Alexandra, por supuesto.

—Y del pequeño —apuntó la madre—. Lo tiene loco. Lo lleva y lo trae a la escuela, le ayuda con los deberes, lo lleva al estadio, que a Benja no le hace mucha gracia el fútbol, pero por el crío se está aficionando. Y como igual suben a Primera este año, están muy enganchados.

Pasó una chica en bikini y Jana la siguió con la mirada. A pesar de que tenía sombrero panameño calado hasta la nariz, la madre advirtió el objeto de deseo de su hija.

—Sólo mirar —le dijo.

—Sólo mirar —repitió Jana.

Una brisa levantó la tela del vestido de Manuela y jugueteó por su piel.

—Ay, Jana, de verdad, qué bien se está aquí. Con tu padre nunca me fui de vacaciones. El trabajo, ya sabes, en cualquier momento podían llamarle y no era plan de estar fuera del país...

Manuela siguió disertando, pero Jana ya no la escuchaba. Su reloj vibró y su corazón se aceleró:

«Tenemos una misión para ti. B».

Jana sonrió.

EPÍLOGO

Las primeras noches, el pequeño Álex durmió angustiado, pero no le dijo nada a su madre. Por primera vez en su vida la veía feliz, relajada, y con cierto brillo en la mirada. Como él después de subir de la calle tras pasarse toda la tarde jugando con sus amigos del barrio.

Su angustia no venía de haber dejado atrás a sus amigos, su colegio y su barrio. En aquel nuevo hogar tenía mucho terreno para jugar, el colegio tenía pinturas para todos y sus compañeros le acogieron muy bien desde el principio. Era bueno con el balón en los pies y todos le querían en su equipo.

Lo que le angustiaban era dormir en una habitación con un señor mayor en la cama de al lado. Las primeras noches no pegó ojo. Lo miraba desde su colchón temiendo que se levantara y le hiciera algo. Sus antiguos amigos le habían contado historias terribles en las que personas mayores, a veces muy mayores, les pedían hacer cosas extrañas.

Pero el abuelo no se movía en toda la noche. Y le venía justo para sorber la sopa como para pedirle hacer cosas raras. La angustia se fue disipando con los días y Álex pudo dormir a pierna suelta.

Una noche, tras una pesadilla, Álex se despertó en mitad de la madrugada. Estaba empapado, pero estaba a salvo. La angustia volvió cuando miró hacia la cama del abuelo y la vio vacía. En cierto modo, se sentía responsable de él y comenzó a buscarlo por los lugares más inverosímiles de la habitación. Debajo de las camas, dentro del armario, tras las cortinas... En todos esos sitios en los que un niño ocultaría a un monstruo, pero no dio ni con el monstruo ni con el abuelo.

Un ruido a su espalda aplastó su corazón contra la boca del estómago.

Álex no daba crédito a lo que veían sus ojos. El hombre que apenas miraba a los ojos a su hija, al que se le caía la baba cada dos por tres, al que dejaban aparcado al abrigo en la silla de ruedas,

estaba delante suyo, tieso como un roble.

El abuelo se supo descubierto por el pequeño. Era inútil tratar de engañarlo con alguna de sus triquiñuelas. Sonrió, le guiñó un ojo y se llevó el índice a los labios esperando que el niño le comprendiera y se hiciera cómplice de su secreto.

Sobre la autora

A. M. Irún (Zaragoza, 1983), autora de novela lésbica desde 2015, cuando publicara su ópera prima *Nico, por favor*.

Engánchate a sus historias en nicoporfavor.com